



DGCL  
A

# OBRAS POÉTICAS

DE DON J. N. GALLEGO.

t. 98345

La Real Academia Española publica esta colección con anuencia de la Sra. D.<sup>a</sup> Felipa Gallego, heredera del Autor, la cual conserva para las reimpresiones sucesivas el exclusivo derecho de propiedad que por las leyes le corresponde.

# OBRAS POÉTICAS

DE

DON JUAN NICASIO GALLEGO,

SECRETARIO PERPETUO

DE LA

Real Academia Española,

PUBLICADAS

POR LA MISMA ACADEMIA.



MADRID: 1854.

Imprenta del Diccionario Universal del Derecho Español Constituido,  
á cargo de J. DE M. GONZALEZ, Leganitos, 64.



R.77101



# APUNTES

SOBRE LA VIDA Y ESCRITOS

DEL

**Excmo. Sr. D. Juan Nicasio Gallego.**

---

Una biografía completa del ilustre escritor cuyas obras poéticas, reunidas por primera vez en una colección ordenada y cabal, publica hoy la Academia, debería contener, á más de las noticias de su vida que vamos á dar, un análisis detenido de cada una de sus composiciones, ó cuando ménos, de las principales. Este trabajo, sin embargo, aunque útil para la juventud estudiosa que se dedica al cultivo de las letras, no entra por ahora en el plan que se ha propuesto la Academia: acaso tampoco es llegada todavía la ocasión de emprenderle con entera probabilidad de acierto, por cuanto ni es fácil juzgar bien de los objetos que se miran muy de cerca, ni desprenderse bastante de los afectos personales para que no se trasluzca rastro de ellos en la crítica. Día vendrá en que el autor de la elegía al *Dos de Mayo* sea colocado por la opinión desapasionada de la posteridad

en el lugar que verdadera y legítimamente le pertenece entre los poetas de este siglo: hoy, vivo aún el recuerdo de las raras prendas de ingenio y de carácter que tan respetado y querido de todos sus amigos hacian á nuestro inolvidable compañero; viva aún la dolorosa impresion producida por su reciente pérdida, no es dado asignarle aquel lugar con la imparcialidad debida. La Academia, sobre todo, á la que por tantos años y con tan estrechos lazos estuvo unido el personaje que es objeto de estas líneas, se reconoce inhábil en la ocasion presente para hacer otra cosa, con respecto á él, que lamentarse una vez más de tan sentida muerte, unir su voz al coro de justas alabanzas que nunca negó al señor Gallego la opinion pública, y dedicar á su memoria este modesto tributo de estimacion debida al literato eminente, al buen ciudadano, al fiel amigo. Vamos pues á limitarnos por estas razones á consignar aquí, desnudo de análisis y comentarios, y ciñéndonos en todo á relaciones dignas de entero crédito, un resúmen de la vida y de las principales producciones literarias del Sr. D. Juan Nicasio Gallego.

Nació en la ciudad de Zamora, el 14 de Diciembre de 1777, siendo sus padres D. Felipe Gallego y D.<sup>a</sup> Francisca Hernandez del Crespo, ambos de acreditada nobleza; y despues de cursar primeras letras y latinidad bajo la direccion de un tal Pelaez, buen humanista, pasó á la edad de trece años á Salamanca á emprender su carrera de filosofía y derecho civil y canónico, que concluyó en 1800. Frutos de su vehemente aficion á la poesía fueron en aquella época algunas composiciones, de las que solo se han conservado pocos fragmentos; pues ya fuese efecto de excesiva modestia, ya de natural indolencia en el autor, es lo cierto que siempre fué descuidadísimo con sus propias obras, al paso que nadie con más vivo desvelo que él se interesaba por las de los demas. •El Sr. Gallego (escribia en 1845 uno

de sus biógrafos) es el protector nato, el amigo de confianza de todos los jóvenes que aspiran al glorioso timbre de poetas: él los aconseja, los anima, les corrige sus obras, y á todas horas están abiertas su puerta y su benevolencia para cuantos de buena fe van á reclamar el auxilio de sus luces y larga práctica en el arte.» Al mismo tiempo que el literato de quien escribimos merecia y justificaba con una bondad verdaderamente paternal este hermoso elogio, sus propias composiciones eran objeto para él de una indiferencia muy parecida al desden. Citamos este hecho, observado por los amigos del Sr. Gallego en todas las épocas de su vida, y que él mismo solia confesar con laudable ingenuidad, porque á más de dar la explicacion natural de la escasez de composiciones suyas que se conservan, constituye en cierto modo uno de los rasgos característicos de lo que pudiéramos llamar su personalidad literaria. Digamos, ántes de pasar adelante, que en efecto el Sr. Gallego fué en vida tan apreciado ó más por su gusto exquisito en literatura y su bondadosa facilidad en dar seguros consejos á cuantos acudian á consultar con él alguna produccion, que por el número é importancia de las suyas propias. El Sr. Gallego es sin duda un acabado modelo en el arte de bien decir; su entonacion poética rara vez deja algo que desear; pero los amigos de las letras no pueden ménos de lamentar vivamente que su fecundidad, ó acaso su aplicacion para los trabajos literarios en que tanta gloria hubiera podido ganar, fuesen en todo tiempo tan inferiores á lo que de su privilegiado talento y vasta instruccion debia esperarse.

Pocos años despues de concluir sus estudios, de tomar sus grados de Licenciado y Doctor, y de recibir las sagradas órdenes, vino el Sr. Gallego á la Corte, donde en Mayo de 1803 hizo oposicion á una capellanía de honor de S. M.

En Octubre del mismo año le nombró el Rey director eclesiástico de sus caballeros pajes, empleo que sirvió hasta la entrada de los Franceses en Madrid. Por entónces empezó á darse á conocer al público como poeta, con varias composiciones ligeras, que vieron la luz en los periódicos de aquella época, y otras que corrieron de mano en mano con grande aprecio entre los inteligentes.

Al volver los Franceses á Madrid capitaneados por Napoleon, tomó el Sr. Gallego el camino de Sevilla, siguiendo al Gobierno legítimo, y pasando de allí á Cádiz, donde se mantuvo hasta la vuelta de éste á la capital del Reino. Antes habia obtenido una prebenda de Murcia, y la primera Regencia le nombró para la dignidad de Chantre de la Isla de Santo Domingo, de que no llegó á tomar posesion. En tan considerable período de tiempo no se oyeron los acentos de su musa sino muy rara vez, siendo esto en verdad no de extrañar, pues era natural que absorbiesen por entónces toda su atencion los arduos deberes de Diputado en las Córtes generales que se instalaron en la Isla de Leon el 21 de Setiembre de 1810. Ya antes la Junta central le habia nombrado individuo de una Comision encargada de reconocer, clasificar y extractar multitud de planes, informes y memorias sobre la convocacion de Córtes, reformas de leyes y otros proyectos remitidos al Gobierno por todas las corporaciones y personas notables del Estado, invitadas por una circular de la misma Junta. En premio de estos servicios y de sus méritos anteriores se le confirió la dignidad arriba citada, de la cual le impidió ir á tomar posesion su eleccion de Diputado á Córtes. En ellas se mostró defensor constante, aunque siempre templado, de las nuevas doctrinas, y muy particularmente de la libertad de imprenta, de cuya Comision fué individuo y Secretario, habiendo sido redactados por él los varios pro-

yectos sobre esta materia que sucesivamente fueron elevándose á la categoría de leyes del Reino. Aquella primera y última excursion del Sr. Gallego por el terreno de la política le fué fatal bajo dos conceptos; impidiéndole dedicarse á las letras en la edad más á propósito para cultivarlas con aplauso, y suscitándole una persecucion cuyos efectos se hicieron sentir para él casi hasta el fin del reinado último. Restituido el Monarca al trono de sus mayores, el Sr. Gallego se vió sucesivamente preso en una cárcel pública durante diez y ocho meses, confinado por cuatro años en la Cartuja de Jerez, trasladado de ella en 1816, á peticion suya por enfermo, al monasterio de la *Luz* junto á Moguer, y pocos meses despues al convento de Loreto, en el ajarafe de Sevilla, á dos leguas de esta ciudad. En él le encontró la revolucion de 1820, á la que debió su libertad y su reposicion en la direccion eclesiástica de los caballeros pajes de S. M., en Abril de aquel año, siendo al poco tiempo promovido á la dignidad de Arcediano mayor de Valencia, que disfrutó y poseyó hasta los primeros meses de 1824, en que vuelto el Rey de Cádiz, se le despojó de ella por una Real órden fundada en el célebre decreto que declaró nullo cuanto habia hecho S. M. desde el 7 de Marzo en adelante. Reclamó una y muchas veces de aquel despojo, de que no habia idea ni ejemplo en la Iglesia española, por ser contrario á la disciplina y leyes eclesiásticas; pero léjos de ser oido, sufrió una nueva persecucion que le obligó á refugiarse en Barcelona, bajo la salvaguardia de la guarnicion francesa que ocupaba aquella plaza, en la cual permaneció hasta que, evacuada tres años despues por las tropas extranjeras, tuvo que emigrar á Francia.

Cuatro meses no más pasó en Mompeller, al lado de sus intimos amigos los Duques de Frias: el natural deseo de activar la pretension de su arcedianato le movió á regresar

á Barcelona en Abril de 1828, calmados ya algun tanto, al parecer, los furores de la reaccion absolutista. De allí fué obligado á trasladarse á Valencia, donde por fin, despues de vejaciones sin cuento, que mal podriamos recordar sin pena y rubor, lució para él una aurora feliz en ocasion del enlace del Rey con la augusta Madre de nuestra actual Soberana. Relajado grandemente á resultas de aquel suceso el rigor de las persecuciones politicas, fué ya permitido venir á Madrid y adelantar de cerca sus justísimas pretensiones, con tan buena suerte y tan eficaces apoyos, que dos meses despues del nacimiento de nuestra actual Soberana, el poeta era agraciado con una canongía de Sevilla, la cual fué á residir inmediatamente. Hasta entónces puede decirse que habian durado las consecuencias de su malhadada diputacion de 1810: añadamos ahora que entónces tambien tuvieron definitivo término las agitaciones y desgracias de su vida pública.

Por no interrumpir esta narracion, hemos omitido un hecho muy digno de recordarse, por decoro de las letras, y por cuanto honra mucho al escritor de quien hablamos, no ménos que á otro á quien la Academia tenia á dicha hace pocos años contar en el número de sus individuos. Nos referimos á la traslacion de los restos mortales del insigne restaurador de nuestra poesia lirica D. Juan Melendez Valdes, desde la parroquia de la aldea de Montferrier, donde estaban depositados provisionalmente, al digno monumento que les consagró en el cementerio de Mompeller el Duque de Frias; piadoso y patriótico pensamiento debido al Sr. Gallego, cuyos son igualmente el epitafio y los elegantes dísticos latinos que se esculpieron en la losa sepulcral y forman parte de esta coleccion.

Otro suceso feliz para el Sr. Gallego ocurrió aquel mismo año de 1850: su entrada en esta Real Academia, de

la cual llegó á ser Secretario perpétuo en 1839, por haber ascendido á Director el Sr. D. Francisco Martinez de la Rosa. Ya en el año de 1814 habia sido nombrado Académico de honor de la de Nobles Artes de San Fernando, en cuyo cargo, como más adelante en los de Consiliario y Presidente de la misma corporacion, desplegó siempre notable celo y consumada inteligencia.

Residió en Sevilla su prebenda hasta Mayo de 1853 en que volvió á Madrid á disfrutar las vacaciones; y cuando en Setiembre se disponia á restituirse á su Iglesia, le retrajo de hacerlo la aparicion del cólera morbo en aquella ciudad. Precisado á quedarse en Madrid, obtuvo de S. M. el nombramiento de conjuez del Excusado, y poco tiempo despues una plaza supernumeraria en la Rota de la Nunciatura Apostólica, de cuyo tribunal era Auditor honorario desde el año de 1820. Al ejercicio de la judicatura eclesiástica en ambos tribunales se le agregó por entónces, y posteriormente hasta la época de su fallecimiento, el desempeño incesante de varias comisiones literarias y sólo una política, aunque ésta nada más que por pocos meses, cual fué la censura de varios periódicos que le confió el Gobierno en 1854. De aquellas fueron las principales la de formar un plan general de estudios, en union con los Sres. Quintana, P. La Canal y Liñan; la plaza de número de Director de estudios, cuando se restableció la Direccion en 1855; la presidencia de la Comision de exámen de libros de texto para la enseñanza, y últimamente el cargo honorífico y gratuito de Vocal del Real Consejo de Instruccion pública. En remuneracion de tantos y tan desinteresados servicios, S. M. se dignó agraciarse en 1844 con la gran cruz de Isabel la Católica, de cuya órden era Comendador desde el de 1854. En 15 de Agosto de 1845 fué nombrado Senador del Reino. Por último en 20 de Abril de 1852, mereció ser pro-

movido á la dignidad de Arcipreste del Pilar en la Santa Iglesia de Zaragoza, de la cual no llegó á tomar posesion por su avanzada edad y habituales dolencias.

Creemos no haber omitido hecho alguno importante relativo á la vida pública del Sr. Gallego. Si hubiéramos ahora de entrar en el exámen de sus varios trabajos políticos y literarios, y más aún en el de sus inolvidables prendas como hombre privado, mucho habríamos de añadir para dar á los que no han tenido la fortuna de conocerle, una idea cabal de aquella inteligencia tan elevada y recta, de aquel corazon tan honrado, de aquel trato amenísimo, de aquella sólida virtud que tan caro le hacian á sus numerosos amigos; pero ya hemos dicho que no es esta la ocasion oportuna de juzgar al poeta ni de pintar al hombre. Lo primero es tarea reservada á la posteridad: para lo segundo, no nos sentimos con fuerzas ni serenidad de ánimo bastantes. Le quisimos demasiado y está todavía harto reciente su irreparable pérdida para que pudiéramos hacer de él otra cosa más que un panegírico apasionado, lo cual tampoco sería propio de este lugar. Limitémonos pues á cumplir la última y más dolorosa parte de nuestro encargo, recordando en breves líneas la postrera enfermedad y muerte del Sr. Gallego. Fué ocasion de aquella una caída que dió en la noche del 22 de Diciembre de 1851, hallándose en la plaza de Oriente contemplando la lucida iluminacion del Real Palacio con que se solemnizó el nacimiento de la señora Princesa de Asturias. El golpe que recibió cayendo de espaldas y procurando aunque en vano sostenerse asido á un árbol, fué tan violento, que le originó la rotura, ó más bien, la luxacion de la cabeza del hueso del muslo izquierdo: esta lesion, grave siempre, y que lo era mucho más, atendida la avanzada edad del paciente; complicada además con una fuerte afeccion asmática que ya de an-

tigo le agobiaba, abrevió el fin de sus dias, que vió llegar con cristiana y ejemplar resignacion, preparándose á la muerte como quien sabe que despues de ella comienza la verdadera vida: la limpieza de su conciencia mitigaba sin duda para él las amarguras de aquel duro trance. Por último, en la madrugada del 9 de Enero de 1855, rodeado de su familia y de sus amigos, en el cuarto segundo de la casa propia de la Academia, que está señalada con el número 26 en la calle de Valverde, y en la que tenía su habitacion como Académico Secretario, entregó su espíritu al Criador, y en la tarde del siguiente dia su cuerpo á la tierra en el cementerio de S. Justo y S. Millan, donde una sencilla inscripcion recuerda los principales títulos y las virtudes que tanto le recomendaron en vida.

Era el Sr. D. Juan Nicasio Gallego de aventajada estatura, grueso á proporcion, de grave y expresiva fisonomía, agudo en el decir y muy consecuente y afectuoso con sus amigos. El mejor retrato suyo que se conserva es el que ejecutó al óleo, y litografió despues para el periódico titulado *El Artista*, el acreditado pintor D. Federico de Madrazo.

Varias de sus obras poéticas fueron reunidas y publicadas en coleccion el año de 1829 por el apreciable literato habanero D. Domingo del Monte, en Filadelfia; mas sin conocimiento del autor y algunas en vista de textos poco fieles; por lo cual dicha coleccion alcanza hoy poco crédito entre los inteligentes. Movida de esta consideracion, no ménos que de un cordial afecto y singular estimacion á su último Secretario, resolvió la Academia, por unanimidad, en la sesion inmediata siguiente al fallecimiento del señor Gallego, publicar una coleccion selecta y esmerada de sus obras poéticas, nombrando al efecto una Comision de su seno encargada de recoger y ordenar, no solo las que ya

eran conocidas por hallarse impresas y diseminadas en multitud de periódicos, mas tambien todas las que pudiese obtener entre las varias que de notoriedad corrian manuscritas en poder de algunos amigos del autor, además de las que naturalmente debian encontrarse entre los papeles dejados á su muerte. Cumplió la Comision su encargo con diligente esmero, hecho lo cual, procedió á un escrupuloso cotejo entre los diferentes textos reunidos, á fin de fijarse en el que pareciese más fidedigno, y á un desapasionado exámen de las composiciones que definitivamente habian de figurar en la edicion de la Academia, haciendo de ellas tantas divisiones como son las clases á que correspondea, y adoptando para su respectiva colocacion el órden de fechas, hasta donde fué dable. Con este motivo, vamos á hacer una advertencia importante, adelantándonos á un reparo que tal vez se nos pondrá por no haber comprendido en esta coleccion todas las producciones que contiene la publicada en Filadelfia, y algunas otras que, con más ó ménos fundamento se atribuyen al Sr. Gallego. La razon es muy sencilla. La Academia ha creido que solo debian incluirse en este libro composiciones en un todo dignas de la alta reputacion literaria de su autor, y reconocidas además expresamente por él como suyas: en una palabra, ha creido que debia hacer en este punto lo que, á su juicio, hubiera hecho el mismo autor, si por dicha le hubiera sido dado desempeñar por sí propio la tarea que voluntariamente se ha impuesto la Academia, de lo cual muchas veces manifestó deseos y propósito, nunca realizado.

Por último, es para este Cuerpo un motivo de satisfaccion á la par que un acto de justicia, manifestar públicamente que son muchas las personas á quienes ha debido señaladas muestras de deferencia y una desinteresada cooperacion en su proyecto de hourar con este modesto ob-

sequio la memoria del Sr. D. Juan Nicasio Gallego; debiendo citar particularmente á los Sres. D. Juan José Bueno y D. Angel Fernandez de los Rios, que, con espontaneidad y celo muy laudables, han comunicado á la Academia datos y materiales importantes para esta publicacion, la cual confiamos que será grata á los amigos de las letras.

---



# **ELEGÍAS.**

---



## EL DOS DE MAYO.

---

*Animus meminisse horret, luctuque refugit.*

VIRG. EN.

**N**OCHÉ, lóbrega noche, eterno asilo  
 Del miserable que esquivando el sueño  
 Profundas penas en silencio gime,  
 No desdeñes mi voz: letal beleño  
 Presta á mis sienes, y en tu horror sublime  
 Empapada la ardiente fantasía,  
 Da á mi pincel fatídicos colores  
 Con que el **TREMENDO DIA**  
 Trace al fulgor de vengadora tea,  
 Y el odio irrite de la patria mia,  
 Y escándalo y terror al orbe sea.

¡Dia de execracion! La destructora  
 Mano del tiempo le arrojó al averno;  
 Mas ¿quién el sempiterno  
 Clamor con que los ecos importuna

La madre España en enlutado arreo  
Podrá atajar? Junto al sepulcro frio,  
Al pálido lucir de opaca luna,  
Entre cipreses fúnebres la veo:  
Trémula, yerta y desceñido el manto,  
Los ojos moribundos  
Al cielo vuelve que le oculta el llanto;  
Roto y sin brillo el cetro de dos mundos  
Yace entre el polvo, y el leon guerrero  
Lanza á sus piés rugido lastimero.

¡Ay! que cual débil planta  
Que agosta en su furor hórrido viento,  
De víctimas sin cuento  
Lloró la destruccion Mantua afligida!  
Yo ví, yo ví su juventud florida  
Correr inerme al huésped ominoso.  
Mas ¿qué su generoso  
Esfuerzo pudo? El pérfido caudillo  
En quien su honor y su defensa fia  
La condenó al cuchillo.  
¿Quién ¡ay! la alevosía,  
La horrible asolacion habrá que cuente,  
Que, hollando de amistad los santos fueros,  
Hizo furioso en la indefensa gente  
Ese tropel de tigres carniceros?

Por las henchidas calles  
Gritando se despeña  
La infame turba que abrigó en su seno.  
Rueda allá rechinando la cureña,  
Acá retumba el espantoso trueno,  
Allí el jóven lozano,  
El mendigo infeliz, el venerable  
Sacerdote pacífico, el anciano  
Que con su arada faz respeto imprime,  
Juntos amarra su dogal tirano.  
En balde, en balde gime  
De los duros satélites en torno  
La triste madre, la afligida esposa  
Con doliente clamor: la pavorosa  
Fatal descarga suena  
Que á luto y llanto eterno las condena.  
¡Cuánta escena de muerte! ¡Cuánto estrago!  
¡Cuántos ayes do quier! Despavorido  
Mirad ese infelice  
Quejarse al adalid empedernido  
De otra cuadrilla atroz. «¡Ah! ¿qué te hice?,  
Exclama el triste en lágrimas deshecho.  
«Mi pan y mi mansion partí contigo,  
«Te abrí mis brazos, te cedí mi lecho,  
«Templé tu sed, y me llamé tu amigo:

«¿Y hora pagar podrás nuestro hospedaje  
 «Sincero, franco, sin doblez ni engaño,  
 «Con dura muerte y con indigno ultraje?»  
 ¡Perdido suplicar! ¡Inútil ruego!

El mónstruo infame á sus ministros mira,  
 Y con tremenda voz gritando ¡fuego!,  
 Tinto en su sangre el desgraciado espira.

Y en tanto ¿do se esconden,  
 Do están, oh cara Patria, tus soldados,  
 Que á tu clamor de muerte no responden?  
 Presos, encarcelados  
 Por jefes sin honor, que haciendo alarde  
 De su perfidia y dolo  
 Á merced de los vándalos te dejan,  
 Como entre hierros el leon, forcejan  
 Con inútil afan. Vosotros solo  
 Fuerte DAÓIZ, intrépido VELARDE,  
 Que osando resistir al gran torrente  
 Dar supisteis en flor la dulce vida  
 Con firme pecho y con serena frente;  
 Si de mi libre Musa  
 Jamas el eco adormeció á tiranos  
 Ni vil lisonja emponzoñó su aliento,  
 Allá del alto asiento  
 Á que la accion magnánima os eleva

El himno oid que á vuestro nombre entona,  
Mientras la fama aligera le lleva  
Del mar de hielo á la abrasada zona.

Mas ¡ay! que en tanto sus funestas alas  
Por la opresa metrópoli tendiendo,  
La yerma asolacion sus plazas cubre,  
Y al áspero silbar de ardientes balas,  
Y al ronco són de los preñados bronce  
Nuevo fragor y estrépito sucede.

¿Ois cómo rompiendo  
De moradores tímidos las puertas,  
Caen estallando de los fuertes gonces?  
¡ Con qué espantoso estruendo  
Los dueños buscan que medrosos huyen!  
Cuanto encuentran destruyen  
Bramando los atroces foragidos  
Que el robo infame y la matanza ciegan.

¿No veis cuál se despliegan  
Penetrando en los hondos aposentos  
De sangre, y oro, y lágrimas sedientos?

Rompen, talan, destrozan  
Cuanto se ofrece á su sangrienta espada.  
Aquí matando al dueño se alborozan,  
Hieren allí su esposa acongojada:  
La familia asolada

Yace espirando, y con feroz sonrisa  
Sorben voraces el fatal tesoro.  
Suelta, á otro lado, la madeja de oro,  
Mustio el dulce carmin de su mejilla  
Y en su frente marchita la azucena,  
Con voz turbada y anhelante lloro  
De su verdugo ante los piés se humilla  
Tímida vírgen de amargura llena;  
Mas con furor de hiena,  
Alzando el corvo alfanje damasquino,  
Hiende su cuello el bárbaro asesino.

¡Horrible atrocidad!.. ¡Treguas, oh Musa,  
Que ya la voz rehusa  
Embargada en suspiros mi garganta!  
Y en ignominia tanta  
¿Será que rinda el español bizarro  
La indómita cerviz á la cadena?  
No, que ya en torno suena  
De Pálas fiero el sanguinoso carro,  
Y el látigo estallante  
Los caballos flamígeros hostiga.  
Ya el duro peto y el arnes brillante  
Visten los fuertes hijos de Pelayo.  
Fuego arrojó su ruginoso acero:  
¡Venganza y guerra! resonó en su tumba;

¡Venganza y guerra! repitió Moncayo;  
Y al grito heróico que en los aires zumba  
¡Venganza y guerra! claman Turia y Duero.  
Guadalquivir guerrero  
Alza al bélico son la régia frente,  
Y del Patron valiente  
Blandiendo altivo la nudosa lanza,  
Corre gritando al mar ¡Guerra y venganza!  
¡Oh sombras infelices  
De los que aleve y bárbara cuchilla  
Robó á los dulces lares!  
¡Sombras inultas que en fugaz gemido  
Cruzais los anchos campos de Castilla!  
La heróica España, en tanto que al bandido,  
Que á fuego y sangre de insolencia ciego  
Brindó felicidad, á sangre y fuego  
Le retribuye el don, sabrá piadosa  
Daros solemne y noble monumento.  
Allí en padron cruento  
De oprobio y mengua, que perpétuo dure,  
La vil traicion del déspota se lea,  
Y altar eterno sea  
Donde todo español al mónstruo jure  
Rencor de muerte que en sus venas cunda  
Y á cien generaciones se difunda.



### III.

#### À LA MUERTE DEL DUQUE DE FERNANDINA,

HIJO DE LOS SEÑORES MARQUESSES DE VILLAFRANCA.

---

*Cartuja de Jerez. 1816.*

¿QUÉ triste son, qué canto dolorido  
Detiene el curso al raudo Guadalete  
Y en tono sepulcral hiere mi oído?  
Entre el manso rüido  
Del fúnebre ciprés que arrulla el viento  
¿No escucho el caro acento,  
Los tiernos ayes de mi ilustre amigo (1)  
Que, solo, al pié de un túmulo suspira?  
Estos ¿no son los ecos de su lira?  
Si, que mi pecho en llanto se deshace,  
Y allá en el polvo, do olvidada yace,  
Se escuchan ¡ay! por dulce simpatía  
Tristes gemir las cuerdas de la mia.

¿Será ¡miseró yo! que infausta estrella  
Del caro fruto de su amor le prive,  
Ò el sol hermoso, en cuya lumbre vive,

(1) Alude á una composicion al mismo asunto, que acababa de escribir el señor duque de Frias.

Llore eclipsado de su esposa bella?  
¡Antes la santa huella  
Del lento cenobita oprima el mio  
Que ver, oh Aspasia, tu sepulcro frio!  
Mas no: de su lamento  
Es otra la ocasion. En son agudo  
Clamar las torres de Sidonia siento,  
Que redobla el pavor del campo mudo.  
Ya la fúnebre nueva  
Por los góticos claustros se difunde  
Rápida como el viento que la lleva,  
Y el eco de la noche en el desierto  
Repite ¡ay Dios! que Fernandina es muerto.  
¡Ah! ¿Y es verdad? ¡Ni su inocente vida  
Que el verdor no gozó de veinte abriles  
De tan aciago fin salvarle pudo!  
¡Ni el vigor de sus años juveniles,  
Ni el alto alcázar, ni el dorado techo  
Fueron al golpe atroz bastante escudo!  
¡Y en tanto satisfecho  
De lustros y de crímenes cargado  
Triunfa el protervo y la virtud oprime!  
¡Y en tanto el desgraciado,  
Que en la amargura gime  
Y á quien más que el morir la vida espanta,

Mal su grado encanece

Y á par que en años en miserias crece!..

¡Oh Providencia inescrutable y santa!

¡Cuánto de aquellos días

El recuerdo me aflige en que la ausencia

Del cautivo monarca lamentando

El lento curso de la edad sentias!

Te ví, te ví mil veces

Probar el temple á la flamante espada,

Y la clin del bridon con blanda mano

Impaciente halagar bañado en gozo.

Yo ví tu faz de cólera inflamada

(Que del naciente bozo

La débil sombra matizaba apénas)

Al son del parche y al marcial estruendo,

Y en noble saña hirviendo

La sangre de Guzman henchir tus venas.

Mas ¿à qué de esta suerte

Con pasadas memorias devaneo,

Cual con sueño fugaz, si en solo un punto

Tanta esperanza ¡ay Dios! marchita veo

Al rudo soplo de áspera fortuna?

Tú que mi llanto ves, pálida luna,

Tú que el usado giro terminando

Una vez y otras dos, al jóven viste

Entre las garras del dolor luchando,  
 Que al fin con rabia inusitada y fiera  
 Fundió sus huesos, como el sol la cera;  
 Al contemplar que ni un momento aplaca  
 Su cólera inclemente,

Entre el negro crespon de nube opaca  
 De horror velaste la argentada frente.

¿Y quién en tanto al afligido padre  
 Dar consuelo sabrá? ¿Quién la agonía  
 Pintar al vivo de la tierna madre  
 Que junto al hijo exánime gemía?

«¡Ay triste!, prorumpia:

«¿Dónde mis dulces ilusiones fueron

«Para nunca tornar? El rico estado,

«Los tesoros ni el arte ¿qué valieron?

«¡Quién me dijera, oh niño desgraciado,

«Que para verte en tan atroces penas

«El ser te di, te alimenté á mi pecho!

«¿Á quién ¡ay! al morir le falta un lecho?

«El mendigo infelice

«Hállalo en pobre paja ó suelo frio;

«¡Y el cielo se lo niega al hijo mio!» (1)

Dice: y alzando al lastimado acento

(1) El duque pasó la enfermedad y murió sentado en una silla, porque la angustia y la fatiga no le permitieron estar acostado un solo punto.

Su voz el duque y lánguida cabeza  
En que el sello de muerte  
Grabado estaba y la filial terneza:  
«No así al dolor rendida  
«Querais, dijo, señora, de esta suerte  
«Perder conmigo tan preciosa vida.  
«Esos niños mirad que en torno lloran  
«Y tiernamente os aman:  
«Tambien los inocentes madre os llaman  
«Y vuestro afecto y proteccion imploran.»  
No dijo mas: lanzando un ay profundo,  
Que recorrió los altos artesones,  
Selló la Parca el labio moribundo  
Y al alma abrió las fúlgidas regiones.

Vióse al letal gemido,  
Cual bella palma que derriba el rayo,  
Bajar envuelta en súbito desmayo  
La triste madre al alfombrado suelo.

No tornes á vivir, que angustia y duelo  
Te aguardan solo y eternal quebranto,  
¡Desgraciada mujer! Mas ¡ay! que en tanto  
Vuelve á la vida: inmóviles los ojos,  
Con voz quebrada, sin accion, sin llanto,  
Llama al hijo infeliz que no responde:  
Álzase y azorada,

La trenza al aire por los hombros suelta,  
Vaga en su busca sin mirar por dónde:  
De su prole angustiada,  
Que sus pasos detiene y la rodea,  
No oye la voz querida,  
Ni ve la luz febea;  
Que en un mar de tinieblas sumergida  
Sin él se juzga, y desamada y sola.

¡Musa, no mas! Las nubes arrebola  
Ya el alba soñolienta, á mis mejillas  
Las lágrimas se agolpan, y embargada  
Mi lengua de dolor repugna el canto.  
Cesa, y en raudo vuelo,  
Pues á mí no me es dado, á las orillas  
Del Manzanares torna,  
Y en la tumba sagrada  
Depon la adelfa que tu sien adorna.  
Si allí por dicha á la matrona hallares  
El hijo caro demandando al cielo,  
Dile, y á sus pesares  
Dar logrará tu voz dulce consuelo,  
Que ya ceñido de inmortal corona  
En el empíreo coro  
Himnos de gloria venturoso entona  
Al Dios omnipotente en arpa de oro.

Á LA MUERTE DE LA REINA DE ESPAÑA

# Doña Isabel de Braganza.

(1819.)

---

*Ostendent terris HANC tantum fata, neque ultra  
Esse sinnent. . . . .*

VIRG. EN.

**P**OR qué revuelta en pavoroso velo  
 Cubres la augusta faz? ¿Qué agudas penas  
 De imprevisto clamor turban tu cielo?  
 ¿Ves, oh patria infeliz, de sangre llenas  
 Tus hazas al furor de Marte crudo  
 Y á tu adorado rey entre cadenas?  
 ¿Será forzoso que el potente escudo  
 De nuevo embraces y la lanza fuerte  
 Que los grillos romper del orbe pudo?  
 ¡Ay! No será; que el fallo de la muerte  
 Ni el valor lo revoca ni el acero:  
 Llorar, solo llorar es hoy tu suerte.

¿No hay esperanza? ¿Es cierto que su fiero  
Soplo extinguió la antorcha lusitana  
Que inundaba de luz el campo ibero?

¿Es verdad que tu excelsa soberana  
Brilló tan solo el término de un día,  
Como la rosa del abril temprana?...

¡Ay! Vuelve al triste son, cítara mía;  
Vuelve otra vez al querellar doliente,  
Nunca avezada al gusto y la alegría.

Ciña el ciprés las canas de mi frente,  
Que argentó del pesar la mano adusta,  
Más bien que de los años la corriente;

Y el claro nombre de Isabel augusta  
Oigan estas olivas y nopales  
Mudos testigos de mi suerte injusta.

Que no es dado á mi canto los reales  
Palacios penetrar, y en grato acento  
De Fernando infeliz templar los males.

Tú, Reina hermosa, que á tan alto asiento  
Por mil virtudes encumbrada fuiste,  
Dejando á España lágrimas sin cuento,

Tú sí que escucharás el eco triste  
De un desdichado, que de angustia y duelo  
Más que de luto estéril se reviste.

¿Por qué tan pronto del hispano suelo,

Sorda á nuestra afliccion, huyes, Señora,  
Sumido ya en eterno desconsuelo?

¿No hallaba aquí tu mano bienhechora  
Mejillas que enjugar, do guerra impía  
Vertió sin fin su copa asoladora?

¡Oh! Torna, torna á la mansión que un día  
De alma 'delicia y de placer colmaste',  
Y hora se cubre de tiniebla umbría,

Y del pueblo leal que abandonaste  
La atruena el grito y túrbala el quebranto  
Buscando en vano el bien que le robaste.

¿Y adónde, adónde en infortunio tanto  
Los ojos volverá, si tú le dejas?

¿Quién cegará las fuentes de su llanto?

Mas ¡ay! que en balde me deshago en quejas;  
Que en balde emprende de la Parca dura  
Desarrugar mi voz las torvas cejas.

¿Ni del régio semblante la dulzura  
Detuvo impía el brazo á tu venganza,  
Ni en tan florida edad tanta hermosura?

¿Qué te ofendió la perla de Braganza,  
Que así empañaste su esplendor divino  
Cortando de dos mundos la esperanza?

¿Y es este, oh cielo, el inclito destino  
Que España á su inocencia prometía

Cuando cubrió de alfombras el camino?

¡Duran tal vez las flores todavía  
Que holló su planta! ¡Oh tiempo venturoso  
Presente en mi inflamada fantasía!

Ostentosa su entrada fué: ostentoso  
Bajel Favonio con halagos puros  
Meció de Cádiz en el golfo undoso ;  
Y al bronco estruendo de los bronces duros  
Bella, como la Diosa de los mares,  
La saludaron los hercúleos muros.

Aun el rumor de aplausos á millares  
Oír y el grito de las torres creo,  
Y el festivo sonar de mil cantares.

Al fulgor de la antorcha de Himeneo,  
Modesta, hermosa, plácida, lozana,  
Llegar la ven las playas de Mnesteo,

Y al dulce lado de su dulce hermana  
Con ansia noble y anhelante prisa  
La cerca el pueblo fiel, corre y se afana.

Ella, que en este afan su amor divisa,  
Responde grata con galan saludo,  
Su labio de coral bañado en risa.

Por verla el padre Bétis, con nervudo  
Brazo apartó los juncos de su frente,  
Y á espectáculo tál paróse mudo.

En triunfo la llevó la hispana gente  
Con júbilo sin par y altos loores,  
Manzanares humilde, á tu corriente;

Y entre marciales salvas y entre flores  
Llegó á los brazos del augusto esposo  
Sembrando hechizos y cogiendo amores.

Mas ¡ay de mí! ¿qué vale que engañoso  
Prestigio alegres horas me recuerde,  
Si ya son hoy tormento doloroso?

Que no mas pronto ¡oh Dios! su aliento pierde  
Por el pérfido plomo sorprendida  
Blanca paloma entre la grama verde,

Que en flor le arrebató la dulce vida  
Como rayo veloz muerte villana  
Abriendo un solo golpe tanta herida.

¡Oh frágil pompa! ¡Oh condicion humana!  
¿En qué cimiento tu firmeza estriba,  
Vago sueño, humo leve, sombra vana?

Por más que el globo círculos describa,  
No olvidará Madrid la infausta escena  
Que en lágrimas bañó de sangre viva.

Ajada vió en tu cuello la azucena,  
Malograda Isabel, y á los leones  
Del desierto dosel rugir de pena.

Mal suplida en los lúgubres salones

De tus ojos miró la muerta lumbre  
Por el triste fulgor de cien blandones.

Del alcázar la inmensa pesadumbre  
Tembló de espanto al súbito alarido  
Que lanzó la aterrada muchedumbre.

Uno madre la llama; enardecido  
Otro á los cielos su oracion levanta  
Del alto sollozar interrumpido;

Anhelan estos por besar la planta  
De su Reina infeliz; aquel postrado  
Susurra triste su plegaria santa.

Cerca, despues, del féretro agolpado  
Con gemidos el pueblo la seguia  
Al sordo son del parche destemplado,

Y á par que el eco vago repetia  
Confusas quejas contra el hado ingrato,  
Dobló un anciano su rodilla fria.

Miró lloroso el fúnebre aparato,  
Y al viento dió su trémula querella,  
Del profundo dolor suspenso un rato.

«¡Adios por siempre, dijo, Reina bella,  
«De madres y princesas gran modelo,  
«Gloria de Portugal, de España estrella!

«¡Cuántas semillas de tristeza y duelo  
«De perpetuo crecer y hondas raíces

«Deja tu ausencia al castellano suelo!

«Ya más no te hallarán los infelices

«Que socorrió tu mano, ni el guerrero

«Te mostrará sus largas cicatrices.

«Ni escucharás el viva placentero

«Del pueblo aclamador, que, en tierra fijos

«Sus ojos, cambia en luto lastimero.

«De ti esperaba el fin á los prolijos

«Y acerbos males, que discordia impura

«Sembró con larga mano entre tus hijos.

«No pocos ¡ay! no pocos en oscura

«Mansion, al deudo y la amistad cerrada,

«Redoblan hoy su llanto de amargura.

«Otros gimiendo por su patria amada

«El agua beben de extranjeros rios

«Mil veces con sus lágrimas mezclada.

«Mas si oye el cielo los sollozos míos;

«Si un ángel lleva al solio refulgente,

«Mensajero de paz, los votos pios,

«Por tí tendrá del Padre omnipotente

«Mi Rey consuelo en su mortal quebranto,

«Prosperidad y union la hispana gente.»

Dijo, y tornó á llorar. Callada, en tanto,  
Con ademan doliente se acercaba

La régia comitiva al templo santo.

Ya el cántico sagrado se escuchaba  
Del cóncavo metal al rónico trueno  
Que en los átrios inmensos resonaba.

¡Ay! que ya para siempre aquel sereno  
Rostro, en medio á las preces funerales,  
Marmórea tumba recibió en su seno!

Dándola entónces los eternos vales,  
Cayó la losa : al lúgubre rüido  
Retemblaron las urnas sepulcrales,  
Y en su centro se oyó largo gemido.

---

## IV.

### Á LA MUERTE

## DE LA DUQUESA DE FRIAS.

(1830.)

---

**A**L sonante bramido  
Del piélago feroz que el viento ensaña  
Lanzando atrás del Turia la corriente;  
En medio al denegrido  
Cerco de nubes que de Sirio empaña  
Cual velo funeral la roja frente;  
Cuando el cárabo oscuro  
Ayes despide entre la breña inculta,  
Y á tardo paso soñoliento Arturo  
En el mar de occidente se sepulta;  
Á los mustios reflejos  
Con que en las ondas alteradas tiembla  
De moribunda luna el rayo frio,  
Daré del mundo y de los hombres lejos

Libre rienda al dolor del pecho mio.

Si, que al mortal á quien del hado el ceño  
Á infortunios sin término condena,  
Sobre su cuello mísero cargando  
De uno en otro eslabon larga cadena,  
No en jardin halagüeno,  
Ni al puro ambiente de apacible aurora  
Soltar conviene el lastimero canto  
Con que al cielo importuna.  
Solitario arenal, sangrienta luna  
Y embravecidas olas acompañen  
Sus lamentos fatídicos. ¡Oh lira  
Que escenas solo de afliccion recuerdas;  
Lira que ven mis ojos con espanto,  
Y á recorrer tus cuerdas  
Mi ya trémula mano se resiste!  
Ven, lira del dolor: ¡Piedad no existe!  
¡No existe, y vivo yo! ¡No existe aquella  
Gentil, discreta, incomparable amiga,  
Cuya presencia sola  
El tropel de mis penas disipaba!  
¿Cuándo en tal hermosura alma tan bella  
De la corte española  
Más digno fué y espléndido ornamento?  
¡Y aquel mágico acento

Enmudeció por siempre, que llenaba  
De inefable dulzura el alma mía!  
Y ¡que! fortuna impía,  
¿Ni su postrer adios oír me dejas?  
¿Ni de su esposo amado  
Templar el llanto y las amargas quejas?  
¿Ni el estéril consuelo  
De acompañar hasta el sepulcro helado  
Sus pálidos despojos?  
¡Ay! Derramen sin duelo  
Sangre mi corazón, llanto mis ojos.  
    ¿Por qué, por qué á la tumba,  
Insaciable de víctimas, tu amigo  
Ántes que tú no descendió, Señora?  
¿Por qué al menos contigo  
La memoria fatal no te llevaste  
Que es un tormento irresistible ahora?  
¿Qué mármol hay que pueda  
En tan acerba angustia los aciagos  
Recuerdos resistir del bien perdido?  
Aun resuena en mi oído  
El espantoso obus lanzando estragos,  
Cuando mis ojos ávidos te vieron  
Por la primera vez. Cien bombas fueron  
Á tu arribo marcial salva triunfante.

Con inmóvil semblante  
Escucho amedrentado el son horrendo  
De los globos mortíferos, en torno  
Del leño frágil á tus piés cayendo,  
Y el agua que á su empuje se encumbraba  
Y hasta las altas grímpolas saltaba.

El dulce soplo de Favonio en tanto  
Las velas hinche del bajel ligero,  
Sin que salude con festivo canto  
La suspirada costa el marinero.  
Ardiendo de la patria en fuego santo,  
Insensible al horror del bronce fiero,  
Fijar te miro impávida y serena  
La planta breve en la menuda arena.  
¡Salve, ó Deidad!, del gaditano muro  
Grita la muchedumbre alborozada;  
¡Salve, ó Deidad!, de gozo enajenada  
La ruidosa marina  
Que á tí se agolpa y el batel rodea;  
Y al cielo sube el aclamar sonoro,  
Como al aplauso del celeste coro  
Salió del mar la hermosa Citerea.

Absortas contemplaron  
El fuego de tus ojos  
Las bellas ninfas de la bella Gádes;

Absortas te envidiaron  
El pié donoso y la mejilla pura ,  
El vivo esmalte de tus labios rojos,  
El albo seno y la gentil cintura.  
Yo te miraba atónito: no empero  
Sentí en el alma el pasador agudo  
De bastarda pasión , que á dicha pudo  
Del honor y el deber la ley severa  
Ser á mi pecho impenetrable escudo.  
Mas ¿quién el homenaje  
De afecto noble , de amistad sincera  
Cual yo te tributó, cuando el tesoro  
De tu divino ingenio descubria ,  
Que en cuerpo tan gallardo relucia  
Como rico brillante en joya de oro?  
¡Cuántas ¡ay!, qué apacibles  
Horas en dulces pláticas pasadas  
Bétis me viera de tu voz pendiente!  
¡Cuántas en las calladas  
Florestas de Aranjuez el eco blando  
Detuvo el paso á la tranquila fuente;  
Ya el primor ensalzando  
Que al fragante clavel las hojas riza  
Y la ancha cola del pavon matiza;  
Ya la varia fortuna

Del cetro godo y del laurel romano;  
Ó el poder sobrehumano  
Que de un soplo derroca  
Del alto solio al triunfador de Jena,  
Y con duras amarras le encadena,  
Como al antiguo Encélado, á una roca.

Pero otro don magnífico, sublime,  
Más alto que el ingenio y la hermosura,  
Debiste al Criador, vivaz destello  
De su lumbre inmortal, alma ternura.  
¿Cuándo, cuándo al gemido  
Negó del infeliz oro tu mano,  
Ayes tu corazón? El escondido  
Volcan que decoroso  
Tu noble aspecto revelaba apenas,  
Un infortunio, un rasgo generoso  
Un sacrificio heróico hervir hacía.  
Entonces agitado  
Tu rostro angelical resplandecía  
De mas purpúreo rosicler cubierto:  
Del seno relevado  
La extraña conmoción, el entreabierto  
Labio, las refulgentes  
Ráfagas de tus ojos  
Que entre los anchos párpados brillaban,

Las lágrimas ardientes  
Que á tus negras pestañas asomaban ,  
El gesto, el ademan, los mal seguros  
Acentos, la expresion... ¡Ah! Nunca, nunca  
Tan insigne modelo  
De estro feliz, de inspiracion divina  
Mostró Casandra en los dardanios muros  
Ni en las lides olímpicas Corina.  
Y solo al santo fuego  
De un pecho tan mágnanimo pudiera  
Deber tu amigo el aire que respira.  
Solo á tu blando ruego  
La Amistad se vistiera  
Máscara y formas del Amor su hermano.  
¿Quién sino tú, Señora ,  
Dejando inquieta la mullida pluma  
Ántes que el frio tálamo la Aurora,  
Entrar osara en la mansion del crimen?  
¿Quién sino tú del duro carcelero,  
Méno al son del oro empedernido  
Que al eco de los míseros que gimen,  
Quisiera el ceño soportar? Perdona,  
Cara Piedad, que mi indiscreta musa  
Publique al mundo tan heróico ejemplo,  
Y que mi gratitud cuelgue en el templo

De la santa Amistad digna corona.

En el mezquino lecho

De cárcel solitaria

Fiebre lenta y voraz me consumia,

Cuando sordo á mis quejas

Rayaba apénas en las altas rejas

El perezoso albor del nuevo dia.

De planta cautelosa

Insólito rumor hiere mi oido;

Los vacilantes ojos

Clavo en la ruda puerta estremecido

Del súbito crujir de sus cerrojos,

Y el repugnante gesto

Del fiero alcaide mi atencion excita,

Que hácia mí sin cesar la mano agita

Con labio mudo y sonreir funesto.

Salto del lecho, y sígole azorado,

Cruzando los revueltos corredores

De aquella triste y lóbrega caverna

Hasta un breve recinto iluminado

De moribunda y fúnebre linterna.

Y á par que por oculto

Tránsito desaparece

Como vision fantástica el cerbero,

De nuevo extraño bulto

Sombra confusa, que se acerca y crece,  
La angustia dobla de mi horror primero.  
Mas ¡cuál mi asombro fué cuando improvisa  
Á la pálida luz mi vista errante  
Los bellos rasgos de Piedad divisa  
Entre los pliegues del cendal flotante!  
¿Por qué, por qué benigna,  
Clamé bañado en llanto de alborozo,  
Osas pisar, Señora,  
Esta morada indigna  
Que tu respeto y tu virtud desdora?  
¡Ah! si á la fuerza del inmenso gozo,  
Del placer celestial que el alma oprime  
Hoy á tus plantas espirar consigo,  
Mi fiebre, mi prision, mi fin bendigo.

Á este oscuro aposento

No á que de pena ó de placer espire  
La voz de la amistad mis pasos guia,  
Sino á esforzar tu desmayado aliento  
Contra los golpes de la suerte impia.  
Su cuello al susto y la congøja doble  
El que del crimen en su pecho sienta  
El punzante aguijon; que al alma noble  
Do la inocencia plácida se anida,  
Ni el peso de los grillos la atormenta,

Ni el son de los cerrojos la intimida.  
Recobra, amigo caro,  
La esperanza marchita  
Y el digno esfuerzo del varon constante.  
Pronto será que el astro rutilante,  
Que jamas estas bóvedas visita,  
De la calumnia vil triunfar te vea:  
Mi fausto anuncio tu consuelo sea.

    Serálo, sí; lo juro;

Y aunque ese llanto que tu rostro inunda  
Vaticinio tan próspero desmiente,  
No me hará de fortuna el torvo ceño  
Fruncir las cejas ni arrugar la frente;  
Que el dichoso mortal á quien risueño  
Mira el destino... No acabé. Á deshora  
La aciaga voz del carcelero escucho,  
Diciendo: es tarde; baste ya, Señora.

    ¡Adios! ¡adios! Del vulgo malicioso  
Que al despuntar del sol sacude el sueño  
Temo el labio mordaz. ¡Adios te queda!  
Aguarda... ¡Adios!.... Y en soledad sumido  
Oigo ¡ay de mí! del caracol torcido  
Barrer las gradas la crujiente seda.  
¡Oh digno, oh generoso  
Dechado de amistad! ¡Oh alegre dia!

¿Y en dónde estás, en dónde,  
Angel consolador, Duquesa amada,  
Que no te mueve ya la angustia mia?  
¡Gran Dios, y ni responde  
De su esposo infeliz al caro acento,  
Aunque en la tumba helada  
Lágrimas de dolor vierte á raudales!  
¡Ni de su triste huérfana el lamento,  
Con ambos brazos al sepulcro asida,  
Ablanda sus entrañas maternales!  
¡Oh dulces prendas de su amor! Al mármol  
En balde importunáis. Hará el rocío  
Del venidero Abril que al campo vuelva  
La verde pompa que abrasó el estío;  
Mas no esperéis que el túmulo sombrío  
La devorada víctima devuelva,  
Ni á sus profundos huecos  
Otra respuesta oír que sordos ecos.

En él de bronce y oro,  
Íncrito vate (1), entallarán cinceles  
Vuestro heróico blason, entretejiendo  
Con sus antiguas palmas tus laureles...  
¡Inútil afanar! La sien ceñida

(1) El duque de Frias.

De adelfa y mirto, pulsará tu mano  
La dolorosa cítara, moviendo  
Con sus blandas querellas  
El orbe todo á compasion... ¡En vano!  
Resonarán con ellas  
Mis gemidos simpáticos, y el coro  
De cuantos cisnes tu infortunio inspira  
Alzar podrá á su gloria  
Noble trofeo en canto peregrino (1).  
Mas ¡ay! ¿podrá su lira  
Forzar las puertas del Eden divino,  
Y el diente ensangrentado  
Del áspid arrancar en tí clavado?  
    Á más alto poder, mísero amigo,  
Los ojos torna y el clamor dirige  
Que entre sollozos lúgubres exhalas.  
Al Ser inmenso que los orbes rige,  
En las rápidas alas  
De ferviente oracion remonta el vuelo.  
Yo elevaré contigo  
Mis tiernos votos, y al gemir de aquella,  
Que en mis brazos creció, cándida niña,

(1) Alude á la Corona fúnebre escrita en loor de la difunta Duquesa por varios poetas contemporáneos, y de la cual formó parte esta elegía.

Trasunto vivo de tu esposa bella,  
Dará benigno el cielo  
Paz á su madre, á tu afliccion consuelo.  
Sí; que hasta el solio del Eterno llega  
El ardiente suspiro  
De quien con puro corazon le ruega,  
Como en su templo santo el humo sube  
Del balsámico incienso en vaga nube.

---



**ODAS.**

---



I.

EL RIZO DE CORINA.

(1801.)

---

¡O H dulce prenda por mi bien hallada,  
Don amoroso de mi amante dueño,  
Tú que halagüeño á su belleza diste  
Nuevos hechizos;

Lindo cabello, que escuchaste un dia  
Los tiernos ayes de mi Ninfa ausente,  
Cuando en su frente te meció travieso  
Manso Favonio!

Dime, te ruego, si de mí se acuerda;  
Si por su amigo suspirar la oiste;

Dime si viste de la ausencia el llanto  
Vivo en sus ojos.

Así seguro de voraces llamas  
Gozarte puedas en su faz hermosa,  
Seña amorosa con ardid formando,  
Cifras y flores.

¿Callas? ¿Qué anuncia tu silencio triste?  
¿Tal vez que el soplo del olvido pudo  
Matar sañudo de mi amor la llama  
Mustia en su pecho?

No; que yo he visto en mi cruel partida  
De sus luceros lágrimas fogosas  
Correr copiosas hasta el albo seno  
Nido de amores.

¿Callas? Te entiendo: venturoso un día  
Plácido ornabas su gentil cabeza,  
Y hoy en tristeza y soledad envuelto  
Lloras tu estado.

Ni ya los ojos de mi bien me ocultas;  
Ni te ensortijas de su sien en torno;

Ni el simple adorno de tus bellos rizos  
Luce en su cuello.

Ni ya te ostentas con primor cogido  
De rica joya, ó cándida guirnalda;  
Ni por su espalda jugueton ondeas  
Libre y airoso.

Débil juguete de fortuna instable  
Gloria tan alta mísero perdiste.  
Así yo triste de la excelsa cumbre  
Vine al abismo.

Desde la cumbre de sus dulces brazos  
Vine al abismo de insondable pena,  
En donde llena de despecho el alma  
Yace sumida.

Tú solo puedes de tan dura ausencia  
Rizo precioso, suavizar el ceño:  
Tú de mi dueño mudamente hablando  
Templas mis males.

Grato recuerdo de mi fiel Corina,  
Mi amante pecho tu morada sea,

Que en él campea su gallarda imágen  
Copia de Vénus.

Verásla siempre de mi fé señora,  
Gloria y encanto y esperanza mia  
Hasta aquel dia que la madre tierra  
Cubra mis huesos.

---

II.

Á CORINA AUSENTE,

EN SU CUMPLEAÑOS.

(1801.)

---

YA al esplendor de Febo  
Brilla del Áries el vellon dorado,  
Corina, y ya de nuevo  
De flor se viste el prado,  
Y alegre salta el tímido ganado.

Ya el leon carpentano  
La nieve arroja de su helada greña,  
Que hasta el sediento llano  
Baja de breña en breña,  
Y en arroyos de plata se despeña.

Ya vuelve Primavera  
Dando al cielo fulgor, y al campo flores;

Ya su voz hechicera  
Sueltan los ruiseñores  
A la dulce estacion de los amores.

Ya del zagal sencillo  
Se oye el tierno cantar, y en pos resuena  
Su blando caramillo,  
Y la campiña amena  
De alegres juegos y placer se llena.

Ya en fin se acerca el dia,  
En que abrumada del invierno triste  
Recobró su alegría  
La tierra, y tú naciste,  
Y nuevo ser con tu beldad le diste.

Así dió vida al suelo  
Del primitivo Abril la fértil huella:  
Así en oscuro cielo  
Nació brillante estrella,  
Y en su concha de nácar Vénus bella.

Que de tu rostro hermoso  
Tanto la luz se esparce y reverbera,  
Cual tiende el sol fogoso

La rubia cabellera  
Bañando en oro la oriental ribera.

Y mas vivos colores  
Tu boca ostenta de carmin divina,  
Que entre nevadas flores  
La fresca clavellina  
Al sonreir del alba matutina.

¡Ay! tan gentil belleza  
Goza, Corina, impenetrable al sello  
Del tiempo y la tristeza,  
Y en rosa y lirio bello  
Cien Mayos enguirnalden tu cabello.

Yó triste á crudo invierno,  
Y á llorar en tu ausencia condenado,  
Ni oigo á Favonio tierno  
Suspirar por el prado,  
Ni el trino de las aves concertado.

El fecundo rocío  
Igual al hielo estéril se me ofrece  
Iguales hallo el río  
Que hinchado se embravece.

Y el manso arroyo que las flores mece.

¿Do fueron ¡ay!, Corina,  
Las dulces horas de delicia llenas,  
Cuando á la hojosa encina  
Entre mirto y verbenas  
Sombra debió tu lecho de azucenas?

En mi laúd sonaban  
Mi fé, mi dicha, y mi amoroso orgullo,  
Y con él alternaban  
Las tórtolas su arrullo,  
Y de la fuente el plácido murmullo.

¡Oh! Deme Amor que pueda  
Tus gracias ensalzar, como solia,  
Con voz sonora y leda,  
Cuando la vida mia  
Por tí, contigo, y para tí queria.

Hora el dolor que siento  
Con ayes solo desfogar me place;  
Que en triste desaliento  
Sumida el alma yace  
Y en su propio delirio se complace.

### III.

## Á LA DEFENSA DE BUENOS-AIRES.

(1807.)

---

**T**ú, de virtudes mil, de ilustres hechos  
Fecundo manantial; á quien consagran  
Su vida alegres los heróicos pechos;  
Patria, deidad augusta,  
Mi númen es tu amor. Su hermoso fuego,  
Que aun hoy las piedras de Sagunto inflama;  
El que arrojó la chispa abrasadora,  
Baldon y estrago de la gente mora,  
Que aun brilla desde el Cántabro hasta Alhama,  
Da que pase á mi voz: sublime el eco  
Del éter vago los espacios llene  
Sus glorias celebrando,  
Y atras el mar atlántico dejando  
Hasta el remoto Patagon resuene.

De allí no léjos las britanas proras  
Viera el indio pacífico asombrado  
Sus costas invadir, y furibundo  
Al hijo de Albion, que fatigado  
Tiene en su audacia y su soberbia al mundo,  
Cual lobo hambriento en indefenso aprisco,  
Entrar, correr, talar. Montevideo,  
Que ya amarrado á su cadena gime,  
Con espanto en sus muros orgulloso  
Ve tremolar su pabellon, ansiando  
Lanzar del cuello el yugo que le oprime,  
Mientras la rienda á su ambicion soltando  
El anglo codicioso,  
La rica poblacion (1) domar anhela,  
Que de Solís el rio  
En su ribera occidental retrata,  
Cuando á la mar con noble señorío  
Rinde anchuroso su raudal de plata.

¡ Cuán presta ¡oh Dios! la ejecucion corona  
Las empresas del mal! El anglo altivo  
Tiempo ni afan perdona.  
Vese en la playa las inmensas naves  
Presurosa ocupar la isleña gente  
Dè muertes mil cargada,

(1) Buenos-Aires.

Y en pos hender la rápida corriente.  
Ya la soberbia armada,  
Batiendo el viento la ondeante lona,  
Vuela, se acerca y á la corva orilla  
Saltan las tropas. Ostentoso brilla  
El padre de la luz, y á los reflejos  
Con que los altos capiteles dora,  
La sed de su ambicion la faz colora  
Del ávido insular. Así de léjos  
Mira el tigre feroz la ansiada presa  
Y con sangrientos ojos la devora.

Álzase en tanto, cual matrona augusta,  
De una alta sierra en la fragosa cumbre  
La América del Sur: vese cercada  
De súbito esplendor de viva lumbre  
Y en noble ceño y majestad bañada.  
No ya frívolas plumas,  
Sino bruñido yelmo rutilante,  
Ornan su rostro fiero:  
Al lado luce ponderoso escudo,  
Y en vez del hacha tosca ó dardo rudo  
Arde en su diestra refulgente acero.  
La vista fija en la ciudad; y entónces  
Golpe terrible en el broquel sonante  
Da con el pomo, y al fragor de guerra

Con que herido el metal gime y restalla,  
Retiembla la alta sierra

Y el ronco hervir de los volcanes calla.

«¡Españoles!, clamó: cuando atrevido  
«Arrasar vuestros lares amenaza  
«El opresor del mar, á quien estrecho  
«Viene el orbe, ¿será que en blando lecho  
«Descuidados yazgais, ó en torpe olvido?  
«Ó acaso, echando á la ignominia el sello,  
«Dareis al yugo el indomado cuello?  
«¿Do mis Incas están? ¿Adónde es ido  
«El imperio del Cuzco? ¿Quién brioso  
«Domeñó su poder? ¿No fué trofeo  
«Del castellano esfuerzo poderoso?  
«¿Y hora vosotros, sucesion valiente  
«De Pizarro y Almagro, envilecidos  
«Ante el tirano doblareis la frente?  
«¿Cederá el español? ¡Oh! Nunca sea  
«Que América infeliz con viles hierros  
«Al carro de su triunfo atar se vea!

«No; jamas se verá; que en noble saña  
«Siento inflamarse yá los fuertes pechos  
«De los hijos magnánimos de España  
«De la patria á la voz. Caigan deshechos  
«Y á cenizas y polvo reducidos

«Templos y torres y robustos techos,  
 «Primero que rendidos  
 «El mundo os vea al ambicioso isleño.  
 «Ni la ciudad, al enemigo abierta,  
 «Sin reforzado adarve y bastiones,  
 «El brio arredre del heróico empeño.  
 «Cuando la fama aligera os aclame  
 «Por remotas regiones,  
 «Nueva Numancia occidental la llame,  
 «Mostrando á las atónitas naciones,  
 «Que no hay mas firmes muros  
 «Que un ánimo constante y pechos duros.»

Dijo; y cual se oye en la estacion de Tauro  
 De volador enjambre numeroso  
 El sordo susurrar, así incesante  
 Bélico afan en la ciudad se escucha,  
 Que sin que el fuego del breton la espante  
 Se apresta osada á la tremenda lucha.

Ya doce mil guerreros  
 De mortíferos bronces precedidos  
 Á las débiles puertas se abalanzan,  
 Y los limpios aceros  
 Del rayo brillan de Titan heridos;  
 Ya sus columnas en las anchas calles  
 Intrépidas se lanzan;

Por montes y por valles  
Del militar clamor retumba el eco,  
Y el trémulo batir del parche hueco.

Trábase yá la desigual pelea  
Y del fiero enemigo el paso ataja  
Furioso el español; cruza silbando  
El plomo; inexorable se recrea  
Sus víctimas la Parca contemplando;  
Crece la confusion; al cielo sube  
El humo denso en pavorosa nube,  
Y al bronco estruendo del cañon britano,  
Que muertes mil y destruccion vomita,  
Impávido el esfuerzo castellano  
Lluvias arroja de letal metralla.  
No hay ceder; no hay ciar. De nuevo estalla  
Retumbante el metal del anglo fiero,  
Que el horizonte atruena,  
Mas el valiente ibero  
Ni el ruido escucha ni al estrago atiende;  
Que en almas grandes, que el honor enciende,  
Más alto el grito de la patria suena.

Suena, y el pecho del esclavo inflama,  
Y es un guerrero ya. Los moradores  
Invictos héroes son. ¡Cuál multiplican  
La ciega rabia y bélicos clamores

Las artes de dañar! Inmensas traves,  
Y lumbre y peñas por los aires bajan  
Sobre el mísero inglés; profundo foso  
Y alta trinchera su furor atajan.  
Él en tanto animoso  
Redobra el fuego y el teson, y truenan  
Contra su hueste horribles cañones  
Rios de sangre de Albion vertiendo.  
Desplómense los fuertes torreones  
Con rancos estallidos,  
Y al espantoso estruendo  
Con que los altos techos se derrumban,  
Se oyen gemir los vientos comprimidos  
Y hasta en las cuevas de los Andes zumban.

Tiende la noche el pavoroso velo  
Cubriendo tanto horror. Do quier se escucha  
Del triste isleño el lúgubre gemido,  
Que con la muerte irrevocable lucha.  
Su caudillo infeliz (1), que estremecido  
El fiero estrago entre tinieblas mira,  
De su domada hueste  
Los restos junta, y pálido suspira.  
Al fin vertiendo su esplendor celeste  
La nacarada Aurora

(1) Witheloke.

Su vista aparta de la horrible escena.  
¡Cuál de pavor se llena  
El britano adalid! Allí, en confuso  
Tropel, de sus soldados  
Rotas armas y cuerpos hacinados  
Contempla, y se horroriza,  
Y el abatido ardor buscando en vano  
De su fiereza brava,  
El pelo se le eriza,  
Desampara el baston la yerta mano,  
Y un espanto glacial sus miembros traba.

América triunfó. ¿No veis cuál brilla  
Tremolado en su diestra el estandarte  
De las excelsas torres de Castilla?  
Ve el pueblo valeroso  
Sitiado al sitiador; del fiero Marte  
Depone el rayo, y al Olimpo eleva  
Clamor de triunfo en himno placentero.  
Muéstrase entonces el caudillo ibero (1)  
Al britano, que atónito enmudece,  
Y de la salva América las playas  
Dejar le ordena: el anglo le obedece.  
Á las naves temblando  
Los restos suben del vencido bando;

(1) Liniers.

Y cual suele medrosa  
La garza huir del sacre furibundo,  
Así la escuadra huyendo presurosa  
Surca asombrada el piélago profundo.

Lauros, palmas traed, y ornad, iberos,  
La frente al vencedor. De la victoria  
En alas vuela tan brillante hazaña  
Al templo de la gloria.

Feliz anuncio sea  
De nuevos timbres al blason de España,  
Y en letras de oro en su padron se lea.  
Y vosotros, del Tajo  
Canoros cisnes, cuya voz divina,  
Cuando en ardor patriótico se enciende,  
El blando son del agua cristalina  
Y el coro de sus Náyades suspende;  
Vuestra lira sonora,  
De la rama inmortal dispensadora,  
Al cielo alzando tan heróico brio  
Las altas glorias de la Iberia cante,  
Y en sus alas levante  
El tono humilde del acento mio.

---



## IV.

Á LA INFLUENCIA

# DEL ENTUSIASMO PÚBLICO

EN LAS ARTES.

Leida en la Real Academia de San Fernando en su junta general,  
para la distribucion de premios, celebrada el dia 24 de Setiembre de 1808.

---

¿CUÁL en rápido vuelo  
El Númen fué que á Píndaro y á Apéles  
Al remoto cenit alza y encumbra  
Del estrellado cielo  
Sobre el astro inmortal que al mundo alumbra?  
¿Quién es el poderoso  
Genio que al vate y al pintor valiente  
La débil línea y el fugaz sonido,  
Venciendo al orgulloso

:

Atlas que erguida la marmórea frente  
Sobre los montes de África descuella,  
Con marca fiel de eternidad les sella?

¿Quién? Solo el corazon. Cuando inflamado  
De vehemente pasion oprime el pecho,  
La osada fantasía  
Cede á su ardor, y el cerco de la esfera  
Siendo ya á su poder límite estrecho,  
Sus obras inmortales  
Del tiempo vencen la veloz carrera.  
Él fué quien blando suspiró en Tibulo;  
Trazó los celestiales  
Rasgos que á Vénus dan gracia y belleza;  
Él la noble osadía  
Fijó de Apolo en la gentil cabeza;  
Y á par que en el sonoro  
Canto de Homero al implacable Aquiles  
El penacho agitó del yelmo de oro,  
Y en su seno encender los ayes supo  
Con que la triste Andrómaca suspira,  
Dió el intenso gemir al noble grupo  
Dó en lastimero afan Laoconte (1) espira.

(1) La Vénus de Médicis, el Apolo de Belvedere y el Laoconte estaban en el salon de la Academia en que se leyó esta oda, y á estas estátuas se hace alusion en ella.

Él solo fué. Si la espartana gente  
Ardiendo en sedicion calmó Terpandro ;  
Si Timoteo audaz con prestos sonos  
Logró encender el alma de Alejandro  
En el vario volcan de las pasiones,  
Primero las sintió. Quien á los ecos  
De virtud y de gloria no se inflama ,  
Ni al tierno sollozar del afligido  
Súbito llanto de piedad derrama ;  
El que al público bien ó al patrio duelo  
De gozo ó noble saña arrebatado,  
Cual fuego que entre aristas se difunde ,  
Ó como chispa eléctrica invisible  
Que en instantáneo obrar rápida cunde ,  
Su corazon de hielo  
Hervir no siente en conmocion secreta ,  
Ni aspire á artista , ni nació poeta.

¡En balde ansioso el mármol fatigando,  
Puliendo el bronce , en desigual contienda  
Pugnará con teson! Por mas que hollando  
De insuficiente imitacion la senda  
Al Corregio sus gracias pida ¡en vano!,  
Alma al gran Rafael, brillo á Ticiano,  
Nunca en su tabla el hijo de Dione  
Maligno excitará falaz sonrisa ,

Ó al fiero ardor de los combates Ciro;  
Ni hará gemir la moribunda Elisa,  
Ni Hécuba sierva arrancará un suspiro.

¿Y ¡qué! en las artes solo  
Ejerce el corazon su noble influjo?  
Cuanto el hombre en magnánima osadía  
Digno, grandioso y singular produjo,  
Obra es suya tambien. Dadme que un dia  
Su frente un pueblo alzando  
Al baldon de extranjera tiranía  
Temblar de justa indignacion se vea;  
Que la máscara hipócrita arrojando  
Que al bien opone el sórdido egoismo,  
El honor, la virtud su númen sea;  
Y ántes que, en muda admiracion suspenso,  
Sus rasgos de heroismo,  
Su saber, su valor, sus glorias cuente,  
Podré el cauce agotar del mar inmenso,  
Y á par de Sirio levantar mi frente.

¡Oh tu, claro esplendor del griego nombre,  
Célebre Aténas, de las Artes templo,  
Y hora mísero polvo y triste ejemplo  
De la barbarie y del furor del hombre!  
Ya sus leyes dictando  
Contemple á tu Solon, ó á Fídias mire

La gran deidad del Ática animando (1);  
Ya embebecido admire  
Del dulce Anacreon la voz divina,  
Ó al fuerte impulso de tu heróico brio  
Hollada en Maraton y en Salamina  
La soberbia de Jerjes y Darío;  
De tu gloria, asombrado,  
Ante el coloso excelso me confundo,  
Y veces mil te aclamo enajenado  
Modelo, envidia, admiracion del mundo.

Mas ¿quién podrá del público entusiasmo  
Los portentos medir? Su hermosa llama  
No bien lució en tu seno, oh patria mia,  
Y ya al indico mar vuela tu fama.  
Tú que atenta me escuchas,  
Amable juventud, y en lid activa  
Entre las armas y las artes luchas,  
Contempla ¡cuán hermosa perspectiva  
De grandeza y de honor se abre á tus ojos!  
Tú de fervor patriótico inflamada,  
En tanto que entre bélicos despojos  
Aterra al domador de cien naciones  
La saña de los héspedes leones,

(1) La famosa Minerva de este escultor, que estaba en el Parthenon de Aténas.

Por cuanto el mar abarca con sus olas  
Extenderás sus hechos generosos  
Y el blason de las Artes españolas.

Sí; yo os lo anuncio: Zéuxis y Lisipos  
De la Hesperia sereis. Si en vano un día  
Atónito el viajero  
Del Cid el bulto y de Cortes buscando  
Los términos corrió del campo ibero,  
Á vuestro genio ardiente  
Tanta dicha el destino reservando,  
Respirar los verá. Que de repente  
En firme pedestal se alce Pelayo  
Y al pérfido opresor del orbe espante:  
Haced que su semblante  
En santo fuego y cólera encendido  
Llene de horror las playas agarenas,  
Y en su tumba Tarif lance un gemido  
Que haga temblar las libicas arenas.

Mas ¡qué! ¿la antigua España  
Modelos de heroísmo y bizarría  
Á vuestro noble afan concede solo?  
¿Ya en su seno fecundo no los cria?  
¡Qué! ¿no oís el rumor de tanta hazaña  
La ancha esfera llenar de polo á polo?  
Ellos harán eterno vuestro nombre;

Vosotros su valor. Patente veo  
La edad futura, y la espaciosa entrada  
Descubro del magnífico Museo,  
Donde entre claros timbres y blasones  
Su sien de lauro ornada  
Íncultos héroes á Castilla ostentan;  
Y en los régios salones,  
Que en usos viles profanados fueron (1),  
Subir las Artes miro  
Á más alto esplendor que nunca vieron  
Grecia ni Roma, ni Sidon ni Tiro.

Allí pincel fogoso,  
De Polignoto envidia y de Timántes,  
Las proezas brillantes  
De Cataluña indómita renueva:  
El galo, aquí, medroso  
Sueltas las riendas al brido lozano  
Huye el furor del ágil edetano:  
Allá en acento rudo,  
Como acosada fiera de Jarama,  
Dupont soberbio entre cadenas brama,  
Mientras Bétis sañudo

(1) Las magníficas galerías del Museo del Prado sirvieron de caballerizas á los franceses desde su entrada en Madrid hasta la batalla de Bailén.

Petos y cascos y águilas sãngrientas  
Revuelve entre sus aguas turbulentas.

No léjos, tremolando

Las barras de Aragon, á Augusta veo  
Contra el teson del vándalo luchando;

Y como roca altiva, que resiste

Una vez y otras mil la rabia suma

Del mar hinchado que feroz la embiste

Y al cielo arroja la sonante espuma,

Domando así su bárbara porfía

Opone al galo fiero

Pechos de pedernal, brazos de acero.

¡Oh mágia del pincel! Sobre el glorioso

Monton de escombros de la antigua torre

Que á la horrisona bomba se desploma,

Allí el aragonés su frente asoma

Indómita y serena,

Y al terco sitiador de espanto llena.

Mas ¿qué otra imágen tu atencion cautiva

De amor tu pecho y de placer colmando,

Parnáside feliz? ¿No ves orlada

De fresco lauro y de naciente oliva

La régia sien del séptimo Fernando?

El Rey ¿no es este que Madrid gozosa

Con vivas mil y çantos de alegría

Del sol de Tauro á la esplendente lumbre  
Vió en majestad bañado y lozania?  
¡Cuán grande, cuán augusto  
Ya de Pirene en la enriscada cumbre  
Huella con firme planta  
De su aleve opresor la infiel garganta!  
¡Grata esperanza! Tan dichoso día  
¿Será que luzca al horizonte ibero?  
Sí, no dudeis: lo decretó el destino.  
El español guerrero  
Romperá, Rey amado, tus prisiones,  
Y enemigos pendones  
Tenderá por alfombras al camino.  
Nuevo Tito serás: benigno el cielo  
En júbilo tornando los clamores  
Con que la patria fiel por tí suspira,  
Mis ojos te verán; faustos loores  
Daré á tu nombre... y romperé mi lira.

---



V.

## Á CELMIRA

EN SUS DIAS.

(1809.)

---

**R**ASGANDO alegre el nebuloso velo  
Con sus dedos de rosa,  
Ufana vuelve Primavera hermosa  
Á dar vida al verjel, fulgor al cielo.

Vuelve, y do quier derrama  
De su rocío el inmortal tesoro,  
Que al sacudir su cabellera de oro  
La flor recoge y la sedienta grama.

Desde el brillante carro señorea  
El éter luminoso;

Bebe el aire su aliento delicioso,  
Y valle, y monte y selvas hermosa.

Vuelve el rostro sereno  
Del claro Bétis á la fértil vega,  
Y el bello prado que fecunda y riega  
Mira de ninfas y de amores lleno.

Mas vé á Celmira en su dichoso dia  
Almas mil cautivando,  
Suelta las alas á Favonio blando  
Y este saludo plácida le envia.

«Salve, Celmira hermosa;  
«Mil veces salve, celestial doncella,  
«Más que la reina de las flores bella,  
«Más que la madre del Amor graciosa.

«Tú, á quien cedió mi ruiseñor canoro  
«Su garganta divina,  
«Délio su ardor, su cítara Corina,  
«Y el dulce Anacreon su plectro de oro.

«Salve; y risueño el gusto  
«Volando en torno á tu nevada frente,

«El sombrío pesar de tí se ahuyente,  
«Cual de mis luces el invierno adusto.

«¿Á qué mis galas donde están tus ojos?  
«Su influencia hechicera  
«Alegría y verdor da á la pradera,  
«Y en lindas rosas torna los abrojos.

«Donde tu mano toca  
«Brotan un ramo de frescos alelíos,  
«Y si con dulce agrado te sonries,  
«¿Qué clavel hay mas bello que tu boca?»

Dijo la diosa del Abril: ligero,  
Á la ninfa halagando,  
Baña las alas en su aliento blando  
Y á su madre retorna el mensajero.

---



## VI.

Á LA BENDICION DE LA BANDERA

DEI PRIMER BATALLON

DE LAS MILICIAS NACIONALES DE VALENCIA

en 16 de Setiembre de 1821.

---

¡**Q**UÉ insólita alegría ;  
Qué falange marcial ; qué grato acento  
De bélica armonía ;  
Qué faustos vivos siento !  
¡Qué de plumas sin fin agita el viento !

Corred , hijas hermosas  
Del Turia , y de sus márgenes amenas  
Guirnaldas olorosas  
Traedme á manos llenas  
De frescos amarantos y azucenas ;

Que no los batallones  
Soberbios son del déspota que un día  
Domeñó cien naciones,  
Y con audacia impía  
La madre España encadenar creía.

Hermano, amigo, esposo  
Vereis entre ellos, plácida esperanza  
Del comunal reposo.  
Formad festiva danza;  
Resuene el aire en himnos de alabanza.

¿Veis cuál se ostenta ufano  
Su porte altivo y su ademan guerrero?  
¿Veis en la fuerte mano  
Con grato reverbero  
Doblar la luz del Sol el limpio acero?

¡Cómo la insignia vuela,  
Labor y ofrenda de gentil matrona (1)!  
La insignia que no anhela  
Destrozos de Belona,  
Ni de laurel sangriento se corona.

(1) La Excm. señora marquesa de Fuente el Sol.

Pacífica Bandera,  
En solo un ramo de modesta encina  
Cifrar su dicha espera,  
Y al templo se encamina  
Pidiendo humilde bendicion divina.

Allí con santo celo,  
Doblando ante el altar desnuda frente,  
Al Dios de tierra y cielo  
Alza la armada gente  
Sus tiernos votos, su oracion ferviente.

No palmas de victoria  
Implora de los santos tutelares;  
Sino la dulce gloria  
De honrar los patrios lares,  
Guardando en paz los civicos hogares.

Juran, sí, los primeros  
Verter su sangre por el libro amado,  
De los hispanos fueros  
Depósito sagrado,  
Al fulgor de mil bombas promulgado:

Que en él aun mas brillante

El sólio ibero indestructible dura ,  
Y en sello de diamante  
Perpétua se asegura  
La fé de Recaredo ilesa y pura.

Júranlo , y de repente  
Al fiel concurso músicas festivas  
Lo anuncian , que impaciente  
Las bóvedas altivas  
Del templo atruena en redoblados vivos.

¡Plegue á Dios que cumplido  
Por tiempo largo y próspero se vea  
Su anhelo , y el erguido  
Pendon , que al viento ondea ,  
Símbolo eterno de concordia sea!

---

## VII.

### AL FAUSTO NACIMIENTO

DE LA SERENÍSIMA SEÑORA INFANTA

Doña Maria Isabel Luisa. <sup>(1)</sup>

(1830.)

---

«¡CUÁN ciegos los mortales,  
Del esplendor del solio deslumbrados,  
Ventura tal de la Fortuna imploran!  
Si el ídolo que adoran  
Los oyese benévolo y el sumo  
Bien que ansiosos codician otorgara,  
Como el aroma vil que arde en el ara  
Su dicha vieran disiparse en humo.»

Así exclamaba un día  
Mi Rey amado en lágrimas deshecho,

(1) La misma que hoy felizmente reina con el nombre de ISABEL II.

Y el ay doliente al encumbrado techo  
Entre el oro y los mármoles subia.  
«¿Qué importan , proseguia ,  
Á la humana ventura el régio trono ,  
La pompa ni el poder? Oir gemidos ,  
Á la tierna amistad negado el seno  
Y á la verdad augusta los oidos ;  
Fingir rostro sereno  
Cuando la pena el corazon devora,  
Juguete ser de adulacion traidora  
Y ver mintiendo celo á la perfidia ;  
Tal es de los monarcas el destino  
Que fascinada envidia  
La ambicion de los hombres insensatos.  
¡Ah! ¿Qué vale, oh dosel, que al vulgo hechices,  
Si hasta el don celestial de hacer felices  
Lo acibara el temor de hacer ingratos?  
Solo es dichoso un Rey cuando , depuesta  
La púrpura enojosa ,  
Solaz le ofrece la filial ternura ,  
Y con su cara esposa  
De sus amables hijos circundado  
De inocente placer el vaso apura.  
Mas ¡ ay! que no fué dado  
Gozar tan alto bien al alma mia.

¡ Oh cuántas , cuántas veces  
Soñó mi fantasía  
Verlos correr con planta vacilante  
Por los jardines de Aranjuez floridos ;  
En puro estanque á los dorados peces  
Con el sabroso cebo seducidos  
Á su mano atraer ; sobre una rosa  
Sorprender la versátil mariposa ;  
Ó ya afectando varonil talante ,  
De caña armados ó sarmiento rudo  
Honrarme graves con marcial saludo !  
¡ Engañosa ilusion ! ¡ Fantasmas vanos  
De apariencia falaz ! Benigna suerte  
Da á mis caros hermanos  
En prole hermosa descendencia larga ,  
Y en su estancia feliz bulle festivo  
Rumor de inquieta y plácida alegría ,  
¡ Cuando tristeza amarga ,  
Silencio , soledad reina en la mia !  
Así mi angustia crece ,  
Y el curso de los años fugitivo  
Prolijo , eterno á mi dolor parece.  
¿ Y no es mejor que á compasion movida  
Dé fin la muerte á mi gemir cansado ,  
Que estar sin esperanza condenado

Á atravesar el yermo de la vida ,  
Como en el aire exhalacion ligera  
Que sin dejar señal cruza la esfera? »

Con tan lúgubre acento

Fernando se quejaba  
En las tinieblas de la noche umbria ;  
El son de su lamento  
Por las excelsas bóvedas vagaba  
Cual eco sordo de huracan lejano.  
Llamando al sueño en vano ,  
Que de sus mústios párpados huia ,  
Sintió que de repente  
Balsámica esperanza al pecho dando ,  
Una voz celestial así decia :  
« Alza , buen Rey , la congojosa frente ,  
Cese tu largo duelo  
Y el ya fecundo tálamo prepara ;  
Que en augusta doncella te depara  
La ansiada sucesion piadoso el cielo. »  
Oyó el Monarca atónito y ufano  
Los gratos ecos de la voz divina....  
Cuando improvisa al horizonte hispano ,  
Astro de amor , apareció Cristina.

De las playas amenas

Donde desagua el Ter entre jardines

Hasta el campo feraz que el Tajo baña ,  
La venturosa España ,  
Mostrando alegre su esplendor bizarro  
Con danzas y festines ,  
Recibe de su Rey la esposa bella.  
Siguen las Gracias la florida huella  
Que estampa el calce del triunfante carro ,  
Y en grupos mil la cercan los amores  
Jugando en torno en apacible vuelo.  
Luce en sus labios el carmin del alba ;  
Brilla en sus ojos el fulgor del cielo ;  
Hácela el coro de las aves salva ,  
Y al ver en su mejilla el dulce hoyuelo  
De la sonrisa y los donaires nido ,  
Bate las palmas el rapaz Cupido  
Que con su dedo le imprimió en la cuna ,  
Présago de su gloria y su fortuna.

Admiróla Madrid : sus bellos ojos  
La alborozada poblacion suspenden  
Por los vecinos campos extendida.  
El bronce truena ; la montaña herida  
Revoca el eco ; las esferas hienden  
Cien lenguas de metal , y hasta en la cumbre  
De las torres y alcázares se agolpa  
La inmensa muchedumbre

Gritos sin fin de aclamacion lanzando ;  
Calles , plazas y templos atronando  
Sube el clamor de vítores al cielo ,  
Á par que de los altos miradores  
Batiendo el blanco velo  
Rinden las damas á su Reina hermosa  
Tributo en vivas y homenaje en flores.  
Ella en tanto graciosa  
Aquí y allí con plácido saludo  
Su amable risa y su bondad ostenta  
Y el bullicioso júbilo acrecienta ,  
Mientras embebecido  
Al diestro lado el Rey la contemplaba  
Sobre un potró lozano ,  
Que blanca espuma en derredor lanzaba ,  
Temblando el suelo al asentar la mano.

Así la Corte ibera

Festejó Reina y hospedó Señora  
Á la ninfa gentil , á quien en breve  
Dará de madre el nombre venturoso.  
Sí , que la Diosa que á Endimion adora  
Ya el término cumplió de giros nueve ,  
Y el próspero momento  
Se acerca.... ¿Oís?... ¿Qué extraño movimiento,  
Qué rumor nuevo la quietud altera

De la régia mansion? Á la ancha plaza  
¿Por qué tan presuroso  
El pueblo corre y con ardor se abraza?  
¿Cuál anuncio dichoso  
Da fuego al bronce, el címbalo voltea?  
¿Qué cándido pendon al viento ondea?  
    ¡Oh claro, oh bello dia  
De almo consuelo y de memoria eterna!  
¿Cómo la lira mia  
Sabrá cantarte dignamente, y cómo  
Pintar al vivo la expresion sublime  
Con que ansioso Fernando,  
Padre feliz, en la mejilla tierna  
Del fruto de su amor el labio imprime  
Por la primera vez? Al dulce beso  
Con otros mil la acarició Cristina,  
Que lánguida mirada  
De vanagloria y regocijo llena  
Fijó en su esposo, y luego  
Su prenda idolatrada  
Se paró á contemplar con faz serena.  
¡Con qué inefable amor, con qué embeleso  
Los rasgos examina  
De aquel gracioso, angélico semblante!  
Sus facciones no vé; las adivina

Con maternal penetracion , en ellas  
La copia hallando de sus formas bellas ,  
Y en medio al gozo que su pecho siente ,  
El muerto brillo de sus labios rojos  
Y una cuajada lágrima en los ojos  
Reliquias son de su penar reciente.

Tal suele en Guadarrama  
Caliginosa tempestad formarse  
En seca tarde del ardiente estío.  
Véase la parda nube desplegarse  
Tendiendo el manto lóbrego y sombrío ,  
Y en ráfagas sin fin de viva lumbre  
El rayo serpear , crujir el trueno ;  
Hasta que abierto el seno ,  
Rompe sañuda en túrbidos raudales ,  
Que piedras , troncos , mieses arrebatan  
Con ímpetu feroz.... En breve empero  
La nube pasa , y por el bosque verde  
El sol esparce su esplendor primero ,  
Sin que otro indicio apénas le recuerde ,  
Que en las tranquilas hojas suspendida  
Gota brillante en perla convertida.

La nueva en tanto cunde  
En alas de la fama : de Isabela  
El claro nombre por los aires vuela

Y entre el público aplauso se difunde.  
¡Cuánto alborozo el pueblo Carpentano  
Ante el alcázar régio  
Ostenta amante en redoblados vivas!  
De músicas festivas  
Alternan el coro, y en jovial tumulto  
Los hijos todos del recinto hispano  
Celebran fieles á su Infanta bella.  
Óyese del lejano  
Confin del suelo astur el canto grave  
Que en círculo anchuroso  
Lento y seguro pié compasa y mide;  
El baile estrepitoso  
De la feliz Valencia, do preside  
La morisca dulzaina; allí resuena  
El erótalo andaluz al son alegre  
Que las béticas playas enajena;  
Allí cuantos la orilla  
Vió nacer del Jalon, del Miño y Segre  
Renuevan hoy en danzas y cantares  
Gratos recuerdos de los patrios lares.  
¡Oh tú, preciosa Niña, objeto caro  
De tanto aplauso y general contento;  
Tú que quizás con infantil quejido,  
Forzosa deuda que á natura pagas,

Respondes solo á mi cansado acento !  
Duerme , tierna Isabel , duerme , reposa ;  
Y las musas iberas  
Que en tu alabanza el júbilo reuna ,  
Para adornar tu cuna  
De mirto y lauro tejerán festones ;  
Y de heróicas acciones ,  
Que el timbre augusto de Borbon realzan ,  
Te servirá de arrullo el noble canto.  
Duerme , y permite que tu madre hermosa ,  
Hora asustada al eco de tu llanto ,  
Goce tranquila en dulces ilusiones  
De tu ventura el porvenir risueño ;  
Que la española fé te guarda el sueño.  
Y tú , sol de Fernando , Reina amada ,  
Que absorta y muda el ánimo recreas  
En tu cara Isabel , y en tal instante  
Ni el mismo trono olímpico deseas ;  
Gózala un siglo , y el afan materno  
Compense en gracias su niñez serena ,  
Como el susurro de Favonio tierno  
Paga en fragancia cándida azucena.  
Que allá en el tiempo que de veinte abriles  
Sus ojos vieren renacer las flores ,  
Y el mundo á sus encantos juveniles

Ofrezca adoracion , tribute amores ;  
Si de Iberia en el solio soberano  
Dieren las patrias leyes  
Asiento digno á más feliz hermano ,  
Cien poderosos Reyes  
De las lejanas y vecinas zonas  
Rendirán á sus plantas cien coronas.

---



# EPÍSTOLAS.

---



I.

AL EXCMO. SR. CONDE DE HARO,

ANIMÁNDOLE AL EJERCICIO Y BUEN USO DE LA POESÍA.

(12 de Junio de 1807.)

---

Aquí do vuelto á los maternos brazos  
Vivo felice , y del tropel de afanes  
En que la corte bulliciosa hierve  
Descansa el corazón ; donde engañosos  
Ni el oro corruptor pervierte al bueno,  
Ni el falso brillo del poder deslumbra ;  
Plácida ¡ oh Conde ! á regalar mi oído  
Llegó tu musa , y á sus tristes ayes  
Con débil voz de fúnebre elegía  
Responde Duero , y con doliente lloro  
Desgreñadas sus ninfas le acompañan.

Oyó de Antonio (1) el nombre, oyó tus ecos,  
Que suspirando el Céfiro difunde,  
La selva, el prado, y por do quier unidos  
Los aires pueblan su loor y el tuyo.  
¡Virtud, santa virtud!, sañuda en vano  
Su amarga hiel la envidia ponzoñosa  
Lanza en tu daño, y la calumnia infame  
Ruge y te acosa con feroz ladrido.  
Tú de modestia y de candor armada,  
Cual tras lóbrega nube más brillante  
Derrama su fulgor el rey del día,  
Tu faz ostentas, y los mónstruos viles  
Pálidos huyen y á tu luz se ocultan.  
¡Feliz aquel á quien seguirla es dado,  
y ensalzarla tambien! Su eterna antorcha  
Mostró luciente en su natal Sofía,  
Y risueñas las musas le arrullaron.  
Tu cuna, dulce amigo, cariñosas  
Mecer les plugo, y en el sacro fuego  
Benignas inflamarte, cuya llama  
Ni el tiempo ofusca, ni el poder consume,  
Y al templo augusto de la gloria guía.

(1) D. Antonio Tavira, obispo de Salamanca, á cuya muerte escribió el Conde la composición á que aluden estos versos. Fué un prelado sábio y virtuoso, pero calumniado y perseguido.

Sigue su impulso fiel. Tu acento puro,  
Debido á la verdad , nunca profane  
La torpe adulacion. Del que inflamado  
De ardiente caridad se afana y suda  
Por embotar las puntas aceradas  
De los abrojos ásperos que cubren  
La senda del vivir; del juez que, al oro  
La faz negando y al poder y al ruego,  
La balanza de Astrea igual mantiene;  
Del que en tenaz vigilia desvelado  
Ocultas fuentes del saber descubre;  
De la virtud , en fin', do quier brillare,  
Eterno galardón tu canto sea.

Mas no ceñuda y rígida presumas  
Que el eco dulce del amor desdeñe  
La apacible virtud: ella á sus juegos,  
Si la inocencia y el pudor los guian,  
Benigna ríe, y plácida le halaga.  
¿Quién es el triste que á su impulso blando  
Nunca cedió? ¿Qué mármol de una hermosa  
Desconoció el poder? Canta á tu amada;  
Canta sin miedo su gentil donaire,  
Su tez de rosa y sus cabellos de oro.  
Que yo en tu canto armónico la vea  
Batiendo el aire su cendal de nácar,

Triscar cual ninfa por la márgen verde  
Del régio Manzanares: de sus ojos  
Tiemble la luz en las fugaces ondas,  
Y las húmedas trenzas sacudiendo  
Oigan su voz las náyades del rio:  
Ó bien tus tiernos cánticos aplauda,  
Y una sonrisa de su linda boca  
Grata los pague, ó tímida suspire.

No es un mal el amor. Otros agobian  
Á la paciente humanidad: el fraude,  
La baja envidia, la impiedad horrible,  
El seco amor de sí, la fé violada,  
El tiránico orgullo, y la rabiosa  
Sed de mando... ¡Oh dolor! ¿Tiemblas, amigo,  
Tiemblas? ¿Será que el insolente ceño  
Del vicio entronizado te intimide?  
¡Nunca! Levanta el brazo, el duro azote  
De la sangrienta sátira descarga,  
Y abate la cerviz que alza impudente  
Con desenfreno audaz. Que el mundo vea  
De la calumnia vil la oculta trama  
En que ley y verdad envueltas gimen;  
Descubre el dolo con que mina astuta  
Pérfida seducción; arranca y huella  
La máscara al hipócrita; tu pluma

Rompa de un rasgo el reforzado cofre  
Del ávido usurero , y el tesoro  
Que el crimen hacinó patente brille.

No , empero , siempre mal y vicios veas,  
Amado Conde ; ni censor te ostentes  
Acre , adusto , mordáz ; ni la enojosa  
Pasion de deprimir tu pecho agríe.  
Tal Fabio con frenética locura  
Por negra lente el universo acecha:  
Todo á sus ojos es inícuo ; en todo  
Voraz se ceba su canino diente;  
Do quier de la maldad descubre el sello,  
Y el gesto frunce , y vomitando hieles  
El mundo infama con gritar de arpía.

Haz bien , y canta el bien. Al hombre el cielo  
Para el hombre crió ; que no , cual clama  
Torva misantropía , la inocencia,  
El honor , la piedad del orbe huyeron;  
Ni solo habitan los oscuros claustros,  
Las pajizas cabañas , ó el humilde  
Taller del menestral. Dígnanse á veces  
De honrar pintados techos, y entre el brillo  
Del oro y de los mármoles se hospedan.

Mas ya te oigo decir : «¿Dó están, amigo,  
«Dónde? De la virtud la sombra veo:

«Sí, la sombra, y no más.»—Cuando afanoso  
 Por la ancha Libia el infeliz viajante  
 Mares y mares de inflamada arena  
 Huella perdido y en sudor bañado,  
 Con vista inquieta y trémula, de horrible  
 Sed que le ahoga por templar la hoguera,  
 Mira angustiado el horizonte de oro  
 Pidiéndole un raudal; allá lejano  
 Le descubre á su ver; redobla ansioso  
 El paso y el teson; se afana el triste,  
 Y ve del agua la apariencia sola  
 Que al reflejo del sol le ofrece un mármol.  
 ¿Qué hará? ¡Infeliz! De su anhelar rendido  
 Junto á la roca aletargado cae,  
 Y frescos bosques y risueñas fuentes  
 Le brinda el sueño plácido y le adula,  
 Y aquel momento en la ilusion se goza.

Él tu norma será. Si el mal te aqueja,  
 Sueña al ménos el bien; que al Dios del Pindo  
 No plugo en vano electrizar tu frente  
 Con la chispa inmortal que endiosa al vate,  
 Feliz destello de su luz preclara.  
 Si la fria razon de piés de plomo  
 Entre escollos de error al hombre guia  
 Con certero compás, tú sola sabes,

Osada fantasía , mundos nuevos  
Darle , y á su pesar impetüosa ,  
Como torrente que feroz bramando  
Rocas y troncos y cabañas lleva,  
De la alta cumbre de Apenino al centro  
Del mar y al carro de Flegon ardiente  
Llevarle á tu placer. Del grande Homero  
¿Quién resiste á la voz? Con él recorro  
Los campos de Dardania ; entre la nube  
De polvo denso los caballos sigo  
Del implacable Aquiles , y al soberbio  
Airon del casco que agitado ondea  
Tiemblo azorado y pálido ; suspiro  
Con la mísera Andrómaca , y escucho  
Los estallantes látigos , el sordo  
Batallar de los héroes , el doliente  
Murmullo de Escamandro... ¿Y dónde , dónde,  
Soberano cantor , la magia hallaste  
Que me arrebató así? ¿Quién los colores,  
Milton sublime , y las etéreas luces,  
Con que el Arcángel esplendente brilla,  
Dió á tu pincel? ¿Cuál fuerza á los cerrojos  
Del malogrado Eden el diamantino  
Sello alzó para tí? Tú sola sabes,  
Fantasía feliz , mil mundos nuevos

Al hombre dar y engrandecer su mente.

Suelta, no temas, las brillantes alas  
À tu imaginacion, y nuevos orbes  
De ventura y bondad fecunda crée,  
Donde el amable jóven, que el impuro  
Soplo no encalleció del vicio infame,  
Al amor de la paz y las virtudes  
Abra su corazon. Que allí no vea  
Del odioso interes, que al hombre aisla,  
La ávida faz, ni el oropel del lujo  
Como al indio salvaje le fascine,  
Ni de ambicion frenética arrastrado  
À fuer de hiena por los campos corra  
De humana sangre y destruccion sediento.  
¡ Oh loca ceguedad! ¿ Quién contra el hombre  
Al hombre encarnizó?... Perdon, amigo,  
Perdon si en santa cólera me inflamo  
Contra ese azote carnicero, horrible  
De la inocente humanidad. La Patria  
Armó tu diestra del tajante acero  
De tus progenitores, y á sus filos  
Su defensa, su honor, su gloria fia;  
Mas no te ofenda que el furor deteste  
De la guerra insaciable. En sangre tintos,  
En sangre fraternal los lauros veo

Del tigre Macedon : de sus victorias  
No el himno infausto á mis oidos llega.  
¿Y cómo ha de llegar? ¿Cómo, si en ellos  
Resuena el grito de cien mil familias  
Que en la orfandad ó el cautiverio gimen?  
¿Y tú le cantarás? Si acaso un tiempo  
La belicosa trompa al labio aplicas,  
Solo para inflamar los pueblos suene  
En santa indignacion, si un nuevo Jénjis  
En su ambicion insana más terrible  
Que en su cólera el mar cuando furioso  
Naves y chozas y naciones traga,  
Á tu Patria dirige el cetro duro  
Con que hoy amaga audaz de los Triones (1)  
El remoto país; mas no con sangre  
En guerra injusta y bárbara vertida  
Las cuerdas de tu cítara salpiques,  
Ni el triste objeto de tu canto sean  
Luto y dolor, asolacion y estragos.  
Canta la dulce paz; canta á sus hijas  
Las artes bienhechoras, la abundancia  
Que ante su carro placentera rie

(1) Esto se escribió en 1807 durante la primera guerra de Napoleón contra el emperador de Rusia.

Su copia rica prodigando en torno,  
La industria activa, y el comercio, y cuantas  
Ciencias y nobles máximas conducen  
Á suavizar el belicoso gérmen  
Que hoy despuebla los campos, convirtiendo  
La culta Europa en horda de caribes.

---

## II.

# CONTESTACION

á unos tercetos improvisados por varios amigos (1).

---

**R**OCA, Vega, Breton, Diaz, Romea,  
Recibí vuestro métrico billete  
De prisa escrito en reunion pimplea,

Donde á favor del dulce pajarete  
Y al retintin de la espumante copa  
Hilvanabais tercetos siete á siete.

(1) Lo fueron de sobremesa en un fraternal convite, dispuesto el día 14 de diciembre de 1840 por el Sr. D. Mariano Roca de Togores, hoy Marqués de Molins, para celebrar los dias de nuestro insigne poeta, y son los siguientes.

Á DON JUAN NICASIO GALLEGO,

EN SUS DIAS.

Al salir de un opíparo banquete,  
Donde ha habido de todo, incluso dátiles,  
Y leche de las Navas por sorbete;

Lleno aún de los hálitos volátiles  
Que alego por disculpa á los errores  
En que abundan mis números tornátiles;

¡ Triste de aquel que condenado á sopa  
Seráfica y al néctar de las fuentes,  
Puede solo sentir fuego de estopa!

Tuve en verdad estímulos vehementes  
De acrecentar la alegre compañía;  
Mas la lluvia sin fin cayó á torrentes,

Y fuerza fué del natalicio dia  
Entre memorias tristes y confusas  
Pasar solo la tarde oscura y fria.

Más inflaman las mesas que las musas,  
Aun cuando, al escribir, trémula mano  
Trace en lugar de letras semifusas;

(Que los hiciera yo quizá mejores,  
Si hubiera sido en su festin más parco  
El magnífico Roca de Togores),

Antes de tropezar de charco en charco  
Por sucias calles en oscura noche,  
Malos versos escribo á un Aristarco;

Y no invoco ni á Apolo ni á su coche;  
Que para acreditar mi cariño  
Basta un metro ramplon á trochemoche.

Vale ¡oh Nicasio! Á desear me ciño  
Que recobres los ímpetus guerreros  
Con que incensaste á Vénus cuando niño.

Y no sé que tuviese el juicio sano  
 El que fingió disuelta en agua pura  
 La inspiracion de Apolo soberano.

Sube un pobrete , echando la asadura,  
 El Pindo arriba , ansioso de entusiasmo,  
 Sudando el quilo por ganar la altura ;

¿Y no será rechifla y aun sarcasmo  
 Que el Dios le ofrezca un vaso de Hipocrene  
 Que le corte el sudor y le dé un pasmo ?

Mejor quizá con la razon se aviene  
 De aquella chusma el delirar eterno  
 Que con brujas y espectros se entretiene.

Y que entre los mejores y primeros  
 De tus amigos numerosos cuentas  
 Á *Don Manuel Breton de los Herreros*.—

Yo tambien, el menor de los presentes,  
 Este terceto miserable empalmo  
 En los de Don Manuel antecedentes,

No inspirado del Dios que rige el alma  
 Coro de las hermanas, ni del régio  
 Poeta flébil inventor del salmo,

Para decirte en mala prosa, egrégio  
 Vate español, que escuches bondadoso  
 Este de mi laúd humilde arpegio,

Y atormentada de furor interno,  
 Desdeñando el favor del sacro monte, (1)  
 Su aciaga inspiracion pide al infierno.

Mas yo me atengo al padre Anacreonte,  
 Viejo tuno y maulon, que lo entendia  
 Más que el cantor de Gama ó Rodamonte,

Y con brándis de Chipre y Malvasía,  
 De las muchachas jónicas cercado,  
 Calentaba su dulce poesia.

Tendido sobre el césped de un collado  
 La cana sien de pámpanos corona  
 Con la botella ó el porron al lado.

Con que te felicita ¡oh gran coloso  
 Intelectual y fisico! hoy que llega  
 De tu natal el dia venturoso,

Este que al Dios del universo ruega  
 Te guarde á tus amigos, de los cuales  
 Es uno *Don Ventura de la Vega*.—

Pero ¿cómo entre plumas tan caudales  
 Podrá la mia descompuesta ahora  
 Buscando amigos encontrar rivales?

(1) Por supuesto, no es el Sacromonte de Granada.

Allí sus cantos báquicos entona,  
Á que , cual moscas á la miel , acude  
De las ninfas la turba jugueta:

A la que el beso ó el pellizco elude,  
Y sorda á los halagos de su Musa  
De sus traviosos brazos se sacude,

Deponiendo el rabel , ó cornamusa,  
Toma el porron el viejo marrullero  
Y con un par de sorbos la engatusa.

De tan sábia opinion os considero:  
Seguid del Teyo Anacreon las huellas  
En prez y gloria del Parnaso ibero.

¿Ni qué habré de decir á la canora  
Cítara que las *Victimas de Mayo*  
Canta á la par que el universo llora?

Tal vez el pueblo invicto de Pelayo  
Envejecido ve su brazo ardiente  
Primero que tu vena: así Moncayo

Corona en nieves la riscosa frente  
Cuando arrastra los pámpanos Octubre;  
Mas no del Ebro cesa la corriente.

Así la escarcha que tus sienas cubre  
El lauro, que ganara en los albores  
De la vida, perenne nos descubre.

Y aunque no os acaloren ninfas bellas  
(Más castos , si bien jóvenes , que el viejo),  
Tomad el plectro y destripad botellas ;

Que al dulce influjo del licor añejo  
Correrán vuestros versos , como ríos,  
Sembrados de agudezas y grãcejo.

En tanto yo , sin juventud , sin bríos,  
¿Qué gracias ¡ pésia tal ! quereis que siembre  
En estos metros lánguidos y frios,

Si á más del cierzo que corrió en Setiembre,  
Contra mi buen humor veis conjurados  
El hielo de mi edad y el de Diciembre ?

Pasó la primavera con sus flores:  
Recoge pues en el invierno el fruto  
Que te da de amistad *Roca Togores*.—

¿Con que yo he de escribir? Vamos, me inmuto.  
Con Breton, Roca y Vega ¿cómo lidio?  
Pues no hay remedio; de amistad tributo

Sean mis pobres versos; y el que envidio  
Cantor ilustre de las *Nobles Artes*,  
Y de *Oscar* y *Malvina* y de *Dermidio*;

El que por gran poeta en todas partes  
Reconocido está, con faz severa  
No los ha de acoger. ¡Oh! no, no apartes,

Solo á vosotros , jóvenes amados,  
Esperanza y honor de las Españas,  
De Cintio y de Lioo acariciados,

Os toca difundir por las extrañas  
El nombre de la patria , que os admira,  
Mientras envuelta en polvo y telarañas  
Descansa en un rincon mi pobre lira.

16 de Diciembre de 1840.

Nicasio , de mi epístola primera  
Los ojos, porque acaso no la midas  
Por los cantos enérgicos de Herrera.

No ricas galas á mi ingenio pidas,  
Que pobre y triste en su humildad rastréa;  
Mas sí del corazon las mas queridas

Flores son los recuerdos, cuando lea  
Nicasio estos renglones, que reciba  
Uno, y muy tierno, de *Julian Romea*.—

Y es justo, si, que la brillante oliva  
Del triunfo del saber orne tu frente,  
Que para gloria de tu patria viva.

Mi pobre musa en la ocasion presente  
Salud te envía, admiracion y canto,  
Que entusiasmo por tí gozoso siente.

Asi de la amistad el fuego santo  
El desagrado en ti, Nicasio, borre  
Que excite ahora con orgullo tanto  
*José Maria Diaz de la Torre*.



# **SONETOS.**

---



I.

## La Primavera.

---

SACUDE Abril su fértil cabellera  
Y el ancho suelo puéblase de flores;  
El alba le saluda, y mil colores  
En torno brillan de la clara esfera.

Anuncia alegre el soto y la pradera  
La vuelta de la risa y los amores,  
Y arroyos, aves, selvas y pastores  
Cantan la deliciosa Primavera.

Rie el zagal; alégrase el ganado;  
Todo el placer de su presencia siente;  
El bosque, el río, el páramo, el poblado;

Mas yo, que estoy de mi Pradina ausente,  
Suspiro solo y de tristeza helado  
Cual si bramara el Ábrego inclemente.



## Á Quintana,

POR SU ODA AL COMBATE DE TRAFALGAR.

(1805.)

---

¿Es la lira de Píndaro valiente  
La que en mi oído atónito resuena,  
Á cuyo son sublime, que enajena,  
Las glorias canta de la griega gente?

No, que es del gran Quintana el plectro ardiente  
Que del nombre español el mundo llena:  
Á su voz brama el mar, el bronce truena  
Y el combate inmortal se ve patente.

Goza á par de los héroes que ensalzaste,  
Píndaro nuevo, el lauro peregrino  
Con que sus sienes y la tuya ornaste ;

Pues al alto lugar que os da el destino,  
Si tú por sus hazañas le ganaste,  
Suben hoy por tu cántico divino.

## III.

## Á Corina en sus dias.

(1806.)

---

**I**d, mis suspiros, id sobre el ligero  
Plácido ambiente que el Abril derrama;  
Id á los campos fértiles do brama  
En ancho cauce el orgulloso Duero.

Id de Corina al pié sin que el severo  
Ceño temais del cano Guadarrama,  
Pues el ardor volcánico ós inflama  
Que en mí encendió la hermosa por quien muero.

Saludadla por mí; su alegre dia  
Gozad ufanos, y el cruel tormento  
Recordadle del triste que os envia;

Y en pago me traed del mal que siento  
Un ¡ay! que exhale á la memoria mia  
Empapado en el ámbar de su aliento.

## IV.

## A la memoria de Garcilaso.

(1807.)  

---

**R**IO, ¿dó está de Laso la divina  
Musa que un tiempo suspiraba amores;  
La que tu verde sien ciñó de flores  
Y suspendió tu linfa cristalina?

    Á tu márgen la alondra matutina  
Modula al son del agua sus loores,  
Y *el dulce lamentar de dos pastores*  
Resuena grato en la imperial colina.

    Zagales de Aranjuez, que en lastimera  
Voz recordais su muerte cada dia,  
*Vosotros los del Tajo en su ribera,*

    Dejad ¡ ay! que la humilde musa mia  
Dé flores á su cítara ligera  
Y tierno llanto á su ceniza fria.

## V.

## Á mi vuelta á Zamora

EN 1807.

---

CARGADO de mortal melancolía,  
De angustia el pecho y de memorias lleno,  
Otra vez torno á vuestro dulce seno,  
Campos alegres de la patria mia.

¡ Cuán otros ¡ ay! os vió mi fantasía  
Cuando de pena y de temor ajeno  
En mí fijaba su mirar sereno  
La infiel hermosa que me amaba un dia !

Tú , que en tiempo mejor fuiste testigo  
De mi ventura al rayo de la aurora,  
Sélo de mi dolor , césped amigo;

Pues si en mi corazon , que sangre llora,  
Esperanzas y amor llevé conmigo,  
Desengaños y amor te traigo ahora.

## VI.

## Al nacimiento de Pradina.

CUANDO al morir el polvoroso estío  
El otoño asomó la rubia frente,  
Frescura dando al congojoso ambiente,  
Vida á las plantas, movimiento al río,  
Nació Pradina, y celestial rocío  
Vivificó las flores de repente;  
Arrullólas Favonio blandamente,  
Y el sol brilló con nuevo señorío.  
Alegre al verla el rruiseñor trinaba,  
Y de su boca de coral salía  
Fragante olor que el aire embalsamaba.  
«¡ Triste de tí, Casinio! (cuando abría  
Los bellos ojos, el amor clamaba)  
¡ Ay de tu libertad, y aun de la mía! »  
Dijo: y sin que pudiese  
Contener Cupidillo su alegría,  
Llegó, se sonrió, besóla y fuese.

## VII.

## Á Glicera.

¿QUÉ imposibles no alcanza la hermosura?  
¿Quién no cede á su hechizo soberano?  
Adónde llega su poder tirano  
La fábula, la historia lo asegura.

Renuncia Adan la celestial ventura  
Su dulce halago resistiendo en vano:  
Por ella Páris el valor troyano  
Arma y conduce á perdicion segura.

De una manzana la belleza rara  
Causó de entrambos la desdicha fiera,  
Que de tu amor los gustos acibara;

Mas si á verte llegasen, mi Glicera,  
El uno de tu mano la tomara;  
El otro á tus encantos la rindiera.

## VIII.

## Al cumpleaños de Pradina.

---

¡P RADINA hermosa!, cuando Dios quería,  
Y yo feliz tus años celebraba,  
De tu presencia angelical gozaba  
Y en tu blando mirar me embebecia.

De tu boca dulcísima la mia  
En tiernos besos el maná gustaba,  
Á tu bella garganta me abrazaba,  
Y de amor y placer desfallecia.

Mas hora ¡ triste! de tu lado ausente,  
De la esperanza el mentiroso halago  
Es cuanto gozo en mi dolor vehemente.

Beso un papel; abrazo el aire vago;  
La hiel del tedio gusto solamente,  
Y en amargura y llanto me deshago.

## IX.

## A Pradina.

CUANDO mi bien el campo hermoseaba  
Que del Órbigo baña la corriente,  
Yo de su vista celestial ausente  
Solitario y lloroso me quejaba.

Hoy que la veo al fin , hoy que esperaba  
El dulce premio de mi amor ardiente,  
Hállola sin piedad , dura , inclemente,  
Y más mi angustia y mi dolor se agrava.

Pues bien , Pradina ; si al afecto mio  
Perpétuo llanto y desamor le espera,  
Culpa de ausencia ó del olvido impío,

Goce yo tu sonrisa placentera ,  
Y mas que en fuerza de tu infiel desvío  
Gimiendo viva , y suspirando muera.

X.

## Á Corina ausente.

(1808.)  

---

**M**I solo y dulce amor , Corina hermosa,  
Anhelada mitad del alma mia,  
De cuyos bellos ojos nace el dia  
Puro como en Abril purpúrea rosa:

El alma que sin ti jamás reposa,  
Sin ti , su única gloria y su alegría,  
En un gemido el parabien te envia,  
Pues Febo dió su vuelta presurosa.

Vuelan los años ¡ ay! y sin estruendo  
Fugaz los sigue juventud florida,  
Su mágica ilusion con ella huyendo.

¡ Feliz quien goza el sol de su querida ,  
Y triste aquel que en soledad gimiendo  
Ausente pasa el Mayo de la vida !

## XI.

## Á mi caramillo.

(1808)

**R**ÓMPASE ya la misera flautilla,  
Que entonando de amor tiernos cantares,  
Si no aplacó su voz soberbios mares,  
Supo alegrar los campos de Castilla.

En son festivo el Tórmes á su orilla  
Sonar la oyó sin sustos ni pesares,  
Y hora escucha sus quejas Manzanares,  
Y el llanto ve correr por mi mejilla.

Mas si cantar de aquella solo sabe,  
Que ya no osa nombrar el labio mio,  
La belleza gentil, los garzos ojos;

Como mi dicha y mi esperanza, acabe,  
Y envueltos con mis lágrimas el rio  
Lance al Tajo profundo sus despojos.

## XII.

## Á Zaragoza,

RENDIDA POR EL HAMBRE Y LA PESTE, MÁS BIEN QUE POR EL VALOR FRANCÉS.

(1809.)

---

**V**IENDO el tirano que el valor ferviente  
Domar no puede del Leon de España,  
Ni al lazo odioso de coyunda extraña  
Dobla el fuerte Aragon la invicta frente,  
Juró cruel venganza, y de repente  
Se hundió en el Orco, y con horrible saña  
Del reino oscuro que Aqueronte baña  
Alzó en su ayuda la implacable gente.

De allí el desmayo y la miseria adusta,  
De allí la ardiente sed, la destructora  
Fiebre salieron y el contagio inmundo.

Ellos domaron la ciudad augusta;  
No el hierro, no el poder. ¡Decanta ahora  
Tu triunfo, oh Corso, y tu valor al mundo!

## XIII.

## A Lesbia en su cumpleaños.

(1810.)  

---

**D**EL nacarado Oriente á los umbrales  
Entre ráfagas bellas de oro y grana  
Torna á lucir la espléndida mañana  
Que al mundo abrió tus ojos celestiales.

Pura brille y feliz : huyan los males  
De tí , divina Lesbia , como vana  
Niebla al sol estival , ó cual ufana  
Disipas la aridez si al campo sales.

Meció tu cuna en la estacion amena  
El arrullo del Céfito , y más flores  
Que sus halagos con tu aliento crias.

Arda á tus piés la juventud de amores,  
Y tu lozana edad goza sin pena;  
Que cuando gracias da , no aumenta dias.

## XIV.

## Al Lord Wellington

EN LA TOMA DE BADAJOZ.

(1812.)

A par del grito universal que llena  
De gozo y gratitud la esfera hispana,  
Y del manso, y ya libre, Guadiana  
Al caudaloso Támesis resuena;

Tu gloria ¡oh Conde! á la region serena  
De la inmortalidad sube, y ufana  
Se goza en ella la nacion britana;  
Tiembla y se humilla el vándalo del Sena.

Sigue; y despierte el adormido polo  
Al golpe de tu espada; (1) en la pelea  
Te envidie Marte y te corone Apolo;

Y si al triple pendon que al aire ondea  
Osa Alecto amagar, tu nombre solo  
Prenda de union, como de triunfo, sea.

(1) Alude á que el emperador de Rusia vacitaba en declararse contra Napoleon.

## XV.

## Al Excmo. Sr. Conde de Haro,

HIJO PRIMOGÉNITO DEL EXCMO. SR. DUQUE DE FRIAS, AL CUMPLIR UN AÑO.

(1814)

**P**RECIOSO niño, si á temprar mi pena  
Basta el recuerdo de tan fausto dia,  
Y al Cielo llega la plegaria mia  
En vez de lira al son de mi cadena;  
    Dará benigno á tu niñez serena,  
Delicias de tu casa y su alegría,  
Más que soñado néctar ó ambrosía  
De salud y placer la copa llena.  
    Tu brazo un tiempo blandirá brioso  
De tu padre el acero, cuando altivo  
Batas la ijada al alazan fogoso:  
    Docto cual él serás y ardiente y vivo;  
Cual tu madre, gentil, discreto, hermoso;  
Cual ambos bueno, amable, compasivo.

## XVI.

## Los hoyuelos de Lesbia.

(1815.)  

---

CRUZABA el hijo de la cipria diosa  
Solo y sin venda la floresta umbria,  
Cuando al pié de un rosal vió que dormia  
Al blando son del mar mi Lesbia hermosa;  
Y al ver pasmado que su faz graciosa  
Los reflejos del Alba repetia,  
Tánto se deslumbró, que no sabia  
Si aquella era mejilla ó era rosa.

Alargó el dedo el niño entre las flores  
Y en ambos lados le aplicó á la bella,  
Formando dos hoyuelos seductores....

¡Ay, que al verla reir, la dulce huella  
Del dedo del Amor mata de amores!  
¡Feliz el que su boca estampe en ella!

## XVII.

## Á la Excm. Sra. Duquesa de Frias

EN SUS DIAS.

(1815.)  

---

CUANDO improvisa mi prision oscura  
Tornó en vergel tu planta bienhechora,  
Y vió asombrada la naciente aurora  
En tus ojos su luz brillar más pura;  
No bastando mi pecho á tal ventura,  
Las Gracias viendo do el espanto mora,  
Así al perderte prorrumpí, señora,  
Bañando el cláustro en llanto de ternura:  
«¡Angel celeste, hechizo y ornamento  
Del mundo, vete en paz, y el cielo pio  
Sin fin te colme del placer que siento!»  
Este fué, dulce amiga, el voto mio:  
Hoy le renueva el alma y el acento,  
Y en pobres versos á tus piés le envío.

## XVIII.

# Á un barrilito de vino de Jerez

QUE ME REGALÓ UNA SEÑORA.

(1816.)

---

**J**UGO divino, honor de Andalucía  
 Y envidia del flamenco y del britano;  
 Tú por quien el Olimpo soberano  
 Torciera el gesto al néctar y ambrosía;  
 ¡ Cuál me colmara el verte de alegría  
 (Más que con Hebe Júpiter, ufano)  
 Si á henchir mi copa con su blanca mano  
 Se hallase aquí la hermosa que te envía !

El rubio Febo en sus collados tiene  
 Puro cristal: mi labio lo rehusa,  
 Que á tan helados sorbos no se aviene.

Sé pues mi númen tú, y ella mi musa,  
 Y al diablo doy los brándis de Hipocrene  
 Y el chorro de Castalia y de Aretusa.

## XIX.

## À D. Angel de Saavedra,

HOY DUQUE DE RIVAS.

(1817.)  

---

**T**ú, á quien risueño concedió el destino  
 (Digna ofrenda á tu ingenio soberano)  
 Manejar del Aminta castellano  
 La dulce lira y el pincel divino;  
     Vibrando el plectro y animando el lino,  
 Logres, Saavedra, con certera mano  
 Vencer las glorias del cantor troyano;  
 Robar las gracias del pintor de Urbino.  
     Lógralo, y logre yo, si más clemente  
 Me mira un tiempo la áspera fortuna  
 Que hora me niega en blando son loarte,  
     Tejer nuevas coronas á tu frente,  
 Ya esclarecida por tu ilustre cuna,  
 Ya decorada del laurel de Marte.

## XX.

## Al primer Pintor de Cámara

D. VICENTE LOPEZ.

POR HABERSE DIGNADO S. M. DE ACEPTAR SUS OBSEQUIOS  
 ASISTIENDO Á SU CASA CON LA REINA Y TODA LA REAL FAMILIA EN LA NOCHE DEL  
 4 DE FEBRERO DE 1824.

---

Si plugo á Cárlos con la régia mano,  
 Que á Marte arrebató palmas sin cuento,  
 Alzar del suelo el mágico instrumento  
 Á que gloria inmortal debe Ticiano;  
 Si vió Velázquez de su dicha ufano  
 Premiar todo un Filipino su talento,  
 Dando á su esfigie en ínclito ornamento  
 La roja insignia del patron hispano;  
 Hoy á despecho de la envidia injusta  
 Te ofrece, Lopez, tan feliz destino  
 De otro Monarca la bondad augusta,  
 Que en favor desusado y peregrino  
 Da á tus desvelos recompensa justa  
 Y nuevos timbres al pincel divino.

## XXI.

## Á Bernardina,

EL DIA QUE CUMPLIÓ CATORCE AÑOS.

(1828.)

**D**ORANDO alegre en la oriental ribera  
Frescos racimos que el otoño cria,  
Otra vez torna el apacible dia  
Que abrió tus ojos á la luz primera.

¡Oh si tan grande mi ventura fuera  
Que en él gozar te viese, Dina mia,  
Esa edad de inocencia y de alegría  
Triscando como sílfida ligera!

Si de tu vida en el risueño Oriente  
El dulce nombre de tu madre bella  
Formar te oí con labio balbuciente,

¿Por qué me ha de negar infausta estrella  
Te mire ufano en tu verdor naciente,  
Y en gracias tantas competir con ella?

## XXII.

## Parabien al Rey Fernando

POR SU ENLACE CON LA PRINCESA DE NÁPOLES MARÍA CRISTINA.

(1829.)  

---

AL clamor de la pública alegría  
En que el pecho español su aliento apura,  
De cuyos ecos á su cueva oscura  
Huye bramando la discordia impia,  
    Gozad ¡oh Rey! en tan dichoso dia,  
Nuncio veraz de siglos de ventura,  
La flor de gentileza y hermosura  
Que la bella Parténope os envia.  
    Nunca el vivo placer, Fernando augusto,  
Que en vuestra frente generosa brilla,  
Altere de Fortuna el ceño adusto;  
    Y á tan plácida union deba Castilla  
Un príncipe feliz, clemente, justo,  
Á quien doblen dos mundos la rodilla.

## XXIII.

À LA SEÑORITA

D.<sup>a</sup> Maria de la Encarnacion GayosoEL DIA DESPUES DE HABER CANTADO EN CASA DE SU HERMANA LA EXCMA. SEÑORA  
CONDESA DE TORENO.

(1831.)

AUN en mi corazon , con fuego impreso,  
Y en mi atónito oído resonando,  
Dura el suspiro de tu acento blando,  
Más dulce que de amor el primer beso.

Al donoso ademan , al embeleso  
De tu expresion y tus miradas , cuando  
Cantas el aire bético imitando,  
¿Quién , Corila gentil , no pierde el seso ?

Bella , sensible , juguetona , esquivá,  
Me exalto , y río , y me estremezco , y lloro  
Al eco de tu voz tierna ó festiva.

¡ Feliz quien goce el mágico tesoro  
De tantas gracias , y contigo viva ,  
Y escuche de tu labio un *yo te adoro.*

## XXIV.

## Al Ilmo. Sr. Obispo de Zamora

EN SUS DIAS.  

---

(22 de Diciembre de 1831.

**H**oy que sus rayos el mayor planeta  
Mustios y oblicuos á la tierra envia  
Y envuelto en nieblas y en escarcha fria  
Del trópico tocó la helada meta;

Para dar vado á la emocion secreta  
Que el alma siente en vuestro fausto dia,  
Sin invocar á Euterpe ni á Talía,  
Sola mi gratitud me hará poeta.

Gozadle un siglo, y por el santo celo  
De tal pastor, que honrara al Vaticano,  
De las sagradas ínfulas modelo,

Hoy para bien del pueblo zamorano  
Más bendiciones os conceda el cielo  
Que tiene repartidas vuestra mano.

## XXV.

## A Judas.

(1831.)  

---

CUANDO el horror de su traicion impía  
Del falso apóstol fascinó la mente,  
Y del árbol fatídico pendiente  
Con rudas contorsiones se mecía;  
    Complacido en su mísera agonía  
Mirábale el demonio frente á frente,  
Hasta que ya del término impaciente  
De entrambos piés con ímpetu le asía.

Mas cuando vió cesar del descompuesto  
Rostro la convulsion trémula y fiera,  
Señal segura de su fin funesto,

    Con infernal sonrisa placentera  
Sus labios puso en el horrible gesto,  
Y el beso le volvió que á Cristo diera.

## XXVI.

## Á una Señorita

QUE ME PIDIÓ VERSOS CUANDO, EN MEDIO DE LA LUCHA FRATRICIDA DE  
D. PEDRO Y D. MANUEL DE PORTUGAL, APARECIÓ EL CÓLERA EN AQUEL  
REINO Y SE PROPAGÓ POR ANDALUCÍA.

(1833.)

**D**EL padre Tajó el agua cristalina  
Con su puñal sacrilego ensangrienta,  
De estragos siempre y lágrimas sedienta,  
Civil discordia en la nacion vecina.

La ambicion , que á dos príncipes fascina,  
De Montiel los escándalos ostenta  
A la asombrada Europa ; y muda y lenta  
Peste voraz sus pueblos extermina.

¡ Ay , que ya el mónstruo la comarca huella  
De los hijos del Bétis , que á millares  
Abandonan su hogar despavoridos !

¿ No escuchas sus lamentos , Dina bella ?  
¡ Y hora me pides himnos y cantares !  
Pideme llanto , indignacion , gemidos .

## XXVII.

## Plegaria á Nuestra Señora,

ESTANDO DE PARTO LA REINA CRISTINA EN 10 DE OCTUBRE DE 1834.

---

**D**ULCE consuelo del linaje humano,  
 Madre excelsa de Dios, sacra Lucina,  
 Humillado á tus piés la frente inclina  
 Con ardiente fervor el pueblo hispano.

Si nunca vierte lágrimas en vano  
 El que se acoge á tu bondad divina,  
 Vuelve, Señora, al lecho de Cristina  
 Los bellos ojos, la piadosa mano.

Muévate de Fernando la agonía,  
 Que en zozobra cruel pregunta, espera,  
 Teme, se afana, alienta, desconfía.

De su penar los plazos acelera,  
 Y ántes que su fulgor esconda el día  
 Agite el viento la feliz bandera (1).

(1) Estaba anunciado que una bandera puesta en las azoteas de Palacio designaría al público el nacimiento de un príncipe, siendo roja y amarilla, y el de una infanta, siendo blanca.

## XXVIII.

## Mis deseos.

Á LA EXCMA. SRA. CONDESA DE TORENO, EN EL DÍA DE SUS BODAS.

(1835.)

---

**S**IEMPRE, bella Pilar, siempre risueño  
Luzca á tus ojos el solemne día  
Que de tus gracias su ventura fia  
Quien se envanece de llamarte dueño.

Cien veces Mayo ofrézcate halagüeno  
Las flores, que sin él tu aliento cria:  
Corra tu edad en plácida alegría  
Como un sabroso y bonancible sueño.

De amables niños, lisonjero adorno  
De matrona feliz, fórmete en breve  
Séquito digno turba bulliciosa,

Que al agruparse de su padre en torno,  
Entre blandas caricias le renueve  
Rasgos y hechizos de su madre hermosa.

## XXIX.

## A la terminacion de la guerra civil

EN LOS CAMPOS DE VERGARA.

(1840.)  

---

¿QUÉ inusitada aclamacion festiva  
Convierte en gozo de mi patria el duelo?  
¿Por qué de mar á mar con raudo vuelo  
Suena sin fin centuplicado el *viva*?

La Paz, sí: ¿no la veis, de fresca oliva  
La sien ornada, descender del cielo,  
En su diestra agitar cándido velo  
Y ahuyentar la Discordia vengativa?

¡Oh momento feliz! Su horrible tea  
De la nacion magnánima española  
Maldita siempre y execrada sea;

Y anuncie el blanco lino que hoy tremola,  
Y en que la cifra de Isabel campea,  
Un grito, un pensamiento, un alma sola.

## XXX.

EN LA TRASLACION

## de los restos de D. Pedro Calderon

AL CEMENTERIO DE SAN NICOLÁS.

(1841.)

GLORIA y delicia de los patrios lares,  
 ¡ Buen Calderon!, de tu fecunda vena  
 El copioso raudal el orbe llena  
 Venciendo espacios y cruzando mares.

Difunden hoy tus dramas á millares  
 Las prensas de Leipsick, los oye Viena,  
 Y hasta en las playas bálticas resuena  
 El cisne del modesto Manzanares.

¡ Oh hispana juventud! Si al arduo empeño  
 De hollar del Pindo la sublime altura  
 No te alentare porvenir risueño,

Esa pompa, ese mármol te asegura  
 Con muda voz que, si *la vida es sueño*,  
 Siglos de siglos el renombre dura.

## XXXI.

## En el Album

DE LA SEÑORA DOÑA TOMASA ANDRES DE BRETON.

(1842.)

¡CUÁL como tú feliz, bella Tomasa,  
 En quien Breton extático se mira,  
 Y en tu amor quinquenal (no, no es mentira;  
 Vuelve la hoja y lo verás) se abrasa! (1)  
 «Hermosa, mucho más, la tengo en casa,»  
 Dice á toda beldad que el vulgo admira.  
 Tus ojos son el númen que le inspira;  
 Tuyo el hechizo que á sus versos pasa.  
 Solo falta ; oh dolor ! que en la terneza  
 De sus deliquios conyugales, cuando  
 Á la madre de Amor, no á Febo, invoque,  
 La gran fecundidad de su cabeza,  
 La *unidad de lugar* atropellando,  
 En ménos alto punto se coloque.

(1) Alude á otro soneto de D. Manuel Breton de los Herreros, escrito en la primera hoja de dicho *Album*, y en que celebra su ventura conyugal al cabo de cinco años de matrimonio.

## XXXII.

## Á San Fernando.

(1842.)  

---

**D**ESCIENDE de las fúlgidas mansiones,  
Ilustre leonés, santo guerrero;  
Muévate á compasion el trono ibero  
Que en el Bétis plantaron tus legiones.

No tiene ya Corteses ni Colones  
Que rindan á sus piés otro hemisfero:  
El que era envidia ayer del orbe entero  
Ludibrio es hoy de reyes y naciones.

Mira á tu Nieta cándida, inocente,  
Que en infantiles juegos divertida  
Ni aun el rumor de la borrasca siente.

Guarda y protege su preciosa vida,  
Y esa corona trémula en su frente  
De mil contrarios vientos combatida.

## XXXIII.

## Á Margarita en sus dias.

(1845.)  

---

**D**os veces y no más , Márgara mia,  
Dos veces y no más plugo al destino  
Que á tu lado me hallase el matutino  
Plácido ambiente de tu fausto dia.

Gozoso entónces admirar solia  
Los rasgos de tu ingenio peregrino,  
Y al eco de tu labio purpurino  
Colmaba el pecho insólita alegría.

Todo cambió. Por términos extraños  
Perdida ya de verte la esperanza,  
Me acosan males , tedio , desengaños.

Solo en mi corazon no hallo mudanza;  
Que el poder de las penas y los años  
En él tu imágen á borrar no alcanza.

## XXXIV.

## Para el Album de D. P. de C.

Á TULITA DE AVELLANEDA.

(1847.)

Hoy que sus rayos el mayor planeta (1)  
 Mustios y oblicuos á la tierra envía,  
 Y envuelto en nieblas y en escarcha fría  
 Del trópico tocó la helada meta, (2)

Tula cruel, ¿pretendes indiscreta  
 Que salga á relucir la musa mía?

¿Dónde hallará calor mi fantasía?

¿Quién con setenta abriles es poeta?

¡Ay, que del estro se extinguió la llama!  
 Pasó la edad del canto y los amores,  
 Y ya la ávida huesa me reclama.

Solo del crudo invierno en los rigores  
 Trocar es dado al númen que te inflama  
 Las nieblas en fulgor, la escarcha en flores.

(1) *Vieux stile.*

(2) El primer cuarteto de este soneto es igual al de otro que antecede dirigido al Obispo de Zamora.

## XXXV.

À MI SEÑORA

D.<sup>a</sup> Dolores Perignat de Pacheco.

¡ LO QUE PUEDE EL TIEMPO !

(1848.)

**V**OLVIÓME loco una mujer hermosa  
 Diez lustros há : lloré , seguí su huella,  
 Ví el soberano bien cifrado en ella,  
 Y ensalcé su beldad en verso , en prosa.

Dije que sus mejillas á la rosa  
 Prestaron su carmin ; que no tan bella  
 Fué la madre de Amor ; llaméla estrella,  
 Cielo , sol , querubin , arcángel , diosa.

Mas hoy ¡ qué diferencia , cara amiga !  
 ¡ Tanto pueden los años !... ¡ Ay ! perdona  
 Que tan amarga sequedad te diga :

Siempre que veo tu gentil persona  
 Exclamo , cuando más , ¡ Dios te bendiga !  
 Y vuélvome tranquilo á mi poltrona.

## XXXVI.

À LA SEÑORA

**D.<sup>a</sup> Josefa Espinosa de los Monteros.**

PARA EL ALBUM DE LA SEÑORITA DOÑA FLORA FERRER.

Si, Pepa, bien lo sé: Flora es tan linda,  
 Que pocas competir podrán con ella;  
 Descubre cada párpado una estrella,  
 Y es cada labio suyo media guinda.

Ríome yo de la gentil Florinda  
 Que fascinó á Rodrigo, y aun aquella  
 À quien dió París la manzana bella  
 Dudo que á sus encantos no se rinda.

Por Dios que, si me pongo, en breve rato...  
 Sí, sí, ¡pereza fuera! ¡Vive Cristo,  
 Que voy á hacer al punto su retrato!

Pincel, tintas, marfil, todo está listo...  
 Pero, Pepa, ¿no soy bien mentecato?  
 ¿Cómo la he de pintar, si no la he visto?

## XXXVII.

Al Excmo. Sr. Marqués de Molins. (1)

SI no brindo con vino á tu *salud*,  
 Como lo manda el uso *inmemorial*,  
 Caro Mariano, en Pascua ó *Carnaval*,  
 Es senil impotencia; no es *virtud*. (2)

Observante me han hecho del *talmud*  
 Los años con su rígido *ritual*;  
 Mas te festejaré desde el *portal*,  
 Como la murga, al son de mi *laud*.

¿Quién pudo imaginar que soy *aquel*  
 Que pudiera engullir por *colacion*  
 Hasta el arco y la tripa del *rabel*?

Y hoy debo confesarte ¡oh *confusion*!  
 Que si á la verdad santa he de ser *fiel*,  
 Puches piden mis dientes; no *turron*.

(1) El Excmo. Sr. D. Mariano Roca de Togores, Marqués de Molins, rogó á varios literatos, amigos suyos, y entre ellos á Gallego, que le acompañasen á celebrar en su casa la Nochebuena del año de 1854. Al efecto les dirigió en forma de circular un festivo soneto, al cual, y sujetándose á las mismas rimas, contestó con otro soneto cada uno de los convidados. Por esta singularidad, y por ser el que publicamos, aunque un juguete á que el autor no dió ninguna importancia, el último acento de su bien templada lira, se le ha dado lugar en la presente coleccion.

(2) El autor acababa de cumplir 74 años.



# **POESÍAS VARIAS.**

---



## LA DULCE VENGANZA.

(1890.)

---

**R**IÑÓ conmigo mi Corina un día;  
Gritó y mesó los nítidos cabellos;  
Torció las manos y los brazos bellos,  
Y al amor y sus gustos maldecía.

En su venganza y frenesí furiosa  
Juró negarme el brillo de sus ojos,  
De sus mejillas la naciente rosa,  
Y el dulce néctar de sus labios rojos.

Yo que la adoro y por sus gracias muero  
Temblé al oír el juramento impío,  
Y ofuscando la voz el llanto mío  
Así la dije en tono lastimero:

«Si de tu amante la pasión te aira,  
«¿Por qué el vengarse tu furor retarda?  
«Oprime el cuello que tu amor respira;  
«Traspasa el pecho que tu imagen guarda.

«Justo es que en mí tu cólera desfogues ;  
«Que quien no supo complacerte muera:  
«Yo halagaré la mano que me hiera,  
«Ó besaré el dogal con que me ahogues.»

Ella la vista en el florido suelo  
Fijó , depuesta su fiereza brava,  
Y en su regazo sobre el blanco velo  
De aroma un ramo deshojando estaba.

«¿Por qué sin causa , proseguí , te enojas,  
«Cruel?» Y en tanto levantó la frente,  
Miró hácia mí ; rióse blandamente,  
Y del aroma me arrojó las hojas.

Luego enjugó mis húmedas mejillas;  
Luego officiosa me alinó el cabello;  
Despues jovial sentóse en mis rodillas;  
Despues los brazos enlazó á mi cuello.

Risueña entónces , con su ardiente labio ,  
Más vivo que el carmin , selló mi boca,  
Y en pos del beso que mi ardor provoca,  
Ufana prorrumpió : ¡ *vengué mi agravio!*

Modelo eterno á los amantes sea  
La atroz venganza de mi dulce amiga.  
¡ Quien no perdona , que perdon no vea,  
Y odiado espire quien el odio abriga !

**EL VATICINIO.**

Á LESBIA.

(1800.)  

---

**P**RONTA á dejar la bética ribera  
Que ya en ardor bañaba el blondo Estío,  
Un ¡ ay! lanzó la madre Primavera,  
Un ¡ ay! envuelto en flores y rocío.

Del llanto del Abril nació la rosa;  
De la espuma del mar Vénus divina;  
De aquel dulce suspiro Lesbia hermosa  
Más linda que la rosa y que Ciprina.

Nació, y del Alba anticipó el saludo  
La turba alada, al rayo de la Luna,

Al par que asidas en airoso nudo  
Las Gracias vuelan á mecer su cuna.

Amor las palmas de placer batia  
Cuando los tiernos párpados alzaba,  
Y al ver la nueva luz, que afrenta al dia,  
Ciego á sus piés depositó la aljaba.

Y «¡ Oh niña!, dijo, á tu beldad despojos  
«Son ya las flechas del Amor divisa :

«¡ Cuántas más almas herirán tus ojos !

«¡ Cuánto más fuego encenderá tu risa !

«¡ Oh qué deseos rondarán lascivos

«Tu fresco labio y tu mejilla pura !

«¡ Oh qué miradas y ayes fugitivos

«Tu blanco seno y tu gentil cintura !

«Ciego á tus piés y en lágrimas deshecho,

«Uno entre tantos rendirá el destino;

«Uno á quien baste á derretir el pecho

«Con solo un rayo tu mirar divino.

«Hijo de Apolo, en flébiles querellas

«Dará á tu nombre armónicos cantares,

«Que al alumbrar de fúlgidas estrellas

«Difunda el viento por los anchos mares.

«¡ Ay, cuánto afan al misero le espera,

«Sin fin luchando con su ingrata suerte,

«Continuo cebo de mi ardiente hoguera,

«Viviendo el triste en prolongada muerte!

«¡Felices ambos si tu seno abrasa

«Chispa fugaz del suyo desprendida ! ;

«Que no es beldad la que sin mí se pasa,

«Ni en pechos duros el placer se anida.

«No quieras ver marchita tu belleza,

«Como en el yermo inútil amapola,

«Que intacta vive en eternal tristeza,

«Y nace y muere desamada y sola.

«Mas no será ; que un alma hermosa veo

«Unida al cuerpo angélico y bizarro,

«Y en ti la gloria y el mayor trofeo

«Que el orbe admire en mi triunfante carro.»

Así dijo el Amor. ¡Ay Lesbia amada !

Cumplida está su prediccion funesta ;

Cumplida en mí , que el alma embelesada

Rendí á tu gracia y tu virtud modesta.

Dentro del pecho siento al inhumano

De su pérfido triunfo hacer alarde;

Si; que una hoguera me anunció el tirano ,

Y es un volcan el que en mis venas arde.

¿Sabes , oh Lesbia , comparado al mio,

Qué es el ardor de tu apacible llama?

Tibio lucir de fósforo sombrío

Junto al globo inmortal que el aire inflama.

¿Y eterno habrá de ser? ¿Me niega el cielo  
Que este incendio voraz se temple un día?  
¿Dónde hallará mi padecer consuelo?  
¿Dónde?—En tus brazos, ó en la tumba fría.

---

**Á UNA TÓRTOLA.**

ANACREÓNTICA.

(1800.)  

---

**D**ICHOSA tortolilla,  
Que en inocentes juegos  
Las horas entretienes  
De mi adorado dueño;  
Tú, á quien ofrecen gratos  
Copa sus labios tiernos,  
Taza su mano bella,  
Cuna su lindo seno;  
Que del gentil regazo  
Subiendo al albo cuello,  
Mueves sus rizos de oro  
Con revolar inquieto;

Tú, que sin tasa gozas  
La luz de sus luceros,  
Y el néctar de su labio,  
Y el ámbar de su aliento;

Cuéntame por tu vida,  
Pues sabes sus secretos:  
¿Suspira cuando parto?  
¿Se alegra cuando vuelvo?

¿No acusa la inconstancia  
Del caprichoso tiempo  
Para mi bién tan tardo,  
Para mi mal tan presto?

¿Se acuerda de quien triste  
Por ella está muriendo,  
O á más remotos climas  
La lleva el pensamiento?

Mas ¡ay, que ayer airada,  
Con ademan severo  
De irrevocable muerte  
Me fulminó el decreto!

¿Y cuál, cuál es mi crimen  
Para rigor tan fiero?  
Si amarla no es delito,  
Culpable no me siento.

Sé tú mi intercesora;

Súbete al hombro bello,

Y con arrullos blandos

Repítela estos versos :

«No guardes , Lesbia hermosa,

«Tan implacable ceño,

«Que ardidés inocentes

«No son engaños negros.

«Yerros de Amor , señora,

«Son perdonables yerros.

«¿ Qué mucho que tropiece?

«¿ No ves que es niño y ciego?

«Ni es la venganza halago

«De generosos pechos;

«Que amar es dulce cosa,

«Y odiar , cruel tormento.»

---



## Á LA AUSENCIA DE CORINA.

ENDECHAS.

(1804.)

---

**P**OBRE lira mia,  
Que entre juncia y flores  
Dulce son de amores  
Modulaste un dia;  
    Risueña corriente  
Que en silencio vagas  
Y al jazmin halagas  
La cándida frente;  
    Verde prado ameno,  
Perezoso rio,  
Bello bosque umbrío  
De mis ayes lleno;

Fuente cristalina,  
Césped venturoso,  
Que sombra y reposo  
Brindaste á Corina:

Ya de mí se esconde;  
Que mi mal no siente:  
Lira , prado , fuente,  
¿ Me direis en dónde?

Llámola afligido,  
Búscola azorado  
Del valle al collado,  
Del monte al egido.

Dobla mis congojas  
El Céfito blando,  
Que así suspirando  
Dice entre las hojas :

«Más flores hubiera  
«Si aquí se acercara,  
«Que es su linda cara  
«Sol de primavera.»

Mas ¡ ay Dios ! que en tanto  
De su amor me priva,  
Mis quejas esquiva,  
Desprecia mi llanto.

Huye y no responde;

Yo sin ella muero:  
Náyades de Duero,  
¿Me direis adónde?

En pos de sus huellas  
Voló mi contento  
Cual se lleva el viento  
Mis hondas querellas.

Tú, que mal templada  
Yaces hora y triste,  
Y un tiempo te viste  
Por la infiel ornada,

Si alegres amores  
Modulaste un día,  
Gime, lira mía,  
Gime mis dolores.

---



**EL PUDOR.**

ANACREÓNTICA.

(1806.)

---

**C**UANDO en su concha Vénus  
Salió de entre los mares,  
Brilló la luz del dia  
Más pura y rutilante.

Entónces de las plantas  
Nació el olor sūave,  
La pompa de las selvas,  
El aura de los valles.

Entónces aprendieron  
Á modular las aves,  
Y el plácido murmullo  
Las fuentes y raudales.

Al verla se disipan  
Huyendo por los aires  
Las nubes procelosas,  
Las negras tempestades.

¡ Cuán bella resplandece  
La diosa ! ¡ Cuán fragantes  
Donde sus ojos fija  
Nardos y rosas nacen !

Ufana se recrea  
Ciprina al contemplarse,  
Bañando la sonrisa  
Sus labios celestiales.

Al amoroso fuego  
Que en sus miradas arde  
El universo todo  
Se anima y se complace.

¡ Cómo su frente brilla !  
¡ Qué hechicero contraste  
Forman los rizos de oro  
Que el cefirillo bate !

Jugando rodeaban  
Su carro de corales  
Amores y placeres,  
La risa y el donaire.

Abrió el excelso Olimpo

Sus puertas de diamante,  
Y el coro de los dioses  
Á recibirla sale.

Estaba Citerea  
Sin velo que ocultase  
De la admirada turba  
Sus formas virginales;

Y al ver que así la miran  
Y la belleza aplauden  
Del pecho alabastrino,  
Del delicado talle,

Bajó los lindos ojos  
En actitud cobarde,  
Y el fuego de sus labios  
Enrojeció el semblante.

De este ademan de Vénus  
Nació el pudor amable  
Dando á su tez de nácar  
Espléndido realce.

Pudor, pudor divino,  
De la inocencia esmalte,  
¡Qué gracias, qué embelesos  
Te deben las beldades!

---



## EL PADRE Y SUS DOS HIJOS,

APÓLOGO DE FLORIAN.

TRADUCCION LIBRE.

(1803.)

---

**D**EL opaco Diciembre en noche fria  
Un padre con sus hijos en mi aldea  
Al calor de la humilde chimenea  
Las perezosas horas divertia.  
Á su lado el menor se entretenia  
De naipes fabricando un edificio  
Con más cuidado y atencion severa  
Que el famoso Ribera  
Trazando el plan del madrileño hospicio,  
El mayor repasaba  
(Pues ya en la edad de la razon rayaba)  
Una mugrienta historia,

Depósito de cuentos y dislates,  
Su lengua atormentando y su memoria  
Con nombres mil de reyes y magnates.  
Mas juicioso notando  
Que unos llamaba el libro *fundadores*  
Y otros *conquistadores*,  
¿Cuál es, dijo al papá, la diferencia?  
Aquí llegaban, cuando  
Con feliz inocencia  
Su travieso hermanito,  
Que acababa gozoso  
De coronar su alcázar ostentoso,  
Saltaba de alegría y daba un grito.  
Colérico el mayor se alza violento  
Al verse interrumpido,  
Y de un solo revés arroja al viento  
El palacio pulido,  
Dejando al pobre niño el desconsuelo  
De ver su amada fábrica en el suelo.  
El padre entónces con amor le dijo:  
La respuesta mejor está en la mano:  
El *fundador* de imperios es tu hermano  
Y tú el *conquistador*. ¿Lo entiendes, hijo?

---

**GANGION****PARA EL ANIVERSARIO DEL DOS DE MAYO,**

PUESTA EN MÚSICA POR D. MARIANO LEDESMA.

(1812.)  

---

CORO.

*En este infausto día ,  
Recuerdo á tanto agravio ,  
Suspiros brote el labio ,  
Venganza el corazon ;  
Y suban nuestros ayes  
Del Céfitro en las alas ,  
Al silbo de las balas  
Y al trueno del cañon .*

Miradnos , sacros Mánes ,  
Gemir en triste coro

La faz bañada en lloro,  
Y el alma en odio y hiel.  
Mas sangre en vez de llanto  
Se os debe por tributo;  
Y en vez de adelfa y luto  
Trofeos y laurel.

*En este infausto , etc.*

¡Quién ¡ ay ! del negro día  
Que hoy dobla nuestras penas  
Las bárbaras escenas  
Renueva sin terror?  
Erízase el cabello;  
Se agolpa el llanto ardiente,  
Y el pecho hervir se siente  
De cólera y furor.

*En este infausto , etc.*

¡Oh colmo de la infamia !  
No osando los malvados  
Lidiar con desarmados  
En lucha desigual;  
Mintiendo en el semblante

Su rabia vengativa,  
Cubrieron con la oliva  
Su pérfido puñal,

*En este infausto , etc.*

No paz con los tiranos,  
Que es muerte solapada:  
Afilan más la espada  
Brindando su amistad.

Mirad los infelices  
¡Cuál mueren entre horrores!  
Mirad á los traidores  
Gozarse en su maldad.

*En este infausto , etc.*

Quien vió la sangre y ropas  
Sembradas por el suelo,  
Que exprese el desconsuelo  
Que el alma le enlutó.

Los aires ensordecen  
Las víctimas que gimen;  
Á tan horrendo crimen  
Su luz el sol perdió.

*En este infausto , etc.*

Cautivo aquel recinto  
Nos grita al alto ejemplo:  
Él es de España el templo;  
Él es el patrio altar;  
Y al lauro del que al Sena  
Los vándalos ahuyente  
En voto reverente  
Sus aras debe honrar.

*En este infausto, etc.*

¿Qué vale que hoy nos vean  
Los mares gaditanos  
Cercar en ayes vanos  
Fingido panteon?  
Formemos de pendones  
En más dichosos dias  
Á sus cenizas frias  
Más digno pabellon.

*En este infausto dia, etc.*

En tanto á sus verdugos  
Persiga en triste sueño  
Del Prado madrileño

Espectro aterrador.

Sangrienta el agua beban,  
Sangriento el cielo miren,  
Y en sangre al cabo espiren  
Por hierro vengador.

*En este infausto día,  
Recuerdo á tanto agravio,  
Suspiros brote el labio,  
Venganza el corazón;  
Y suban nuestros ayes  
Del Céfito en las alas,  
Al silbo de las balas,  
Y al trueno del cañon.*

---



## PLEGARIA AL AMOR.

---

¡SALVE, divino Amor, del hombre vida,  
Fuego dulce y fecundo,  
Deidad amable que á placer convida  
Por todo el ancho mundo !

¡Salve, luz celestial, perpetua llama  
De cuanto existe y dura,  
Raudal perenne, que do quier derrama  
Alegria y ventura!

¿Qué, di, sin tu favor del orbe fuera?  
La fresca pradería,  
El bosque hojoso, la feraz ribera  
Yermo horrible sería.

Por ti gozamos las purpúreas rosas  
Del Céfito halagadas;  
Por ti cantan las aves amorosas  
Sus tiernas alboradas.

Por ti ostenta su gala y gentileza  
El alazan ligero;  
Por ti se humilla y doma su braveza  
El leopardo fiero.

Por ti colores mil la flor esmaltan;  
Por ti brilla el rocío;  
Por ti en el valle los corderos saltan;  
Por ti murmura el río.

Por ti sin tregua juventud lozana  
Se agita y se alborozan;  
Por ti la bella jóven se engalana  
Y en su beldad se goza.

Tú solo el dios entre los dioses eres,  
Y tu mirar risueño  
Más alcázares rinde cuando quieres  
Que del Olimpo el dueño.

Contra el furor de mis atroces penas  
Tu alto favor imploro;  
Que al incesante son de tus cadenas  
De Lesbia ausente lloro.

Tú, niño alado, que en su linda boca

Mi sumo bien pusiste,  
Y enternecer su corazón de roca  
En premio me ofreciste,  
    Guárdame, en pago del pesar que siento,  
En su pecho nevado  
Pura como el aroma de tu aliento  
La fe que me ha jurado.  
    Haz que sus ojos dulces y serenos,  
Do bebe luz el día,  
Viertan dos tiernas lágrimas al ménos  
    À la memoria mía.

---

## LA HOJA DE LENTISCO.

ALEGORÍA.

(1826.)

---

**H**OJA seca y solitaria  
Que ví tan lozana ayer,  
¿Dónde de polvo cubierta  
Vas á parar? — No lo sé.

Léjos del nativo ramo  
Me arrastra el Cierzo cruel  
Desde el valle á la colina,  
Del arenal al verjel.

Voy donde el viento me lleva,  
Resignada por saber  
Que ni suspiros ni ruegos  
Han de templar su altivez.

Hija de un pobre lentisco  
Voy adonde van tambien  
La presuncion de la rosa,  
La soberbia del laurel.

**EL CONDE DE SALDAÑA.**

ROMANCE.

(1826.)  

---

**Q**UIÉN es aquel caballero  
Que en las márgenes del Esla  
El potro ardiente fatiga,  
La dura lanza maneja?  
Coraza y almete adornan  
Roja banda, plumas negras;  
Bruñido paves embraza  
Y osada divisa ostenta:  
Es un corazón alado  
Que se remonta á la esfera  
Y encima un rótulo dice:  
*No subas más, que te quemas.*  
Ninguno en el ancho circo

Se le opone; que ya deja  
En doce altivos encuentros  
Doce contrarios en tierra.  
¡ Viva de Saldaña el conde!  
De boca en boca resuena;  
Todos vencedor le aclaman  
Y admirados le contemplan.  
Desde la alta galería  
Ornada de ricas telas  
El Rey su valor aplaude,  
Y á darle el premio se apresta.  
Él de un salto se derriba  
Desde el arzon á la arena,  
Y del Monarca las plantas  
Bizarro y modesto besa.  
Dame, gallardo mancebo,  
Dijo el Rey, la fuerte diestra;  
Que es justo apriete la mía  
Mano que tan bien pelea.  
Con esta luciente espada  
Que fue del rey don Frúela,  
En premio de tu victoria  
Honre al valor la belleza,  
Y del toledano adarve  
Á las torres de Antequera,

De los turbantes moriscos  
Estrago y asombro sea.  
Dijo; y sonrojado el Conde  
Bajó humilde la cabeza;  
Que al querer darle las gracias  
Trabó el respeto su lengua.  
¡ Oh cuántos pechos enciende !  
¡ Con qué afán las damas bellas  
Los blancos velos agitan  
Y al cielo su triunfo elevan !  
Entre todas sobresale  
La infanta doña Jimena,  
Que á la voz del Rey su hermano  
Ceñirle la espada intenta.  
¿ No veis cómo sus mejillas  
Ántes de carmin cubiertas,  
Palidecen , y en sus manos  
Cinturon y espada tiemblan ?  
¿ No advertís que el caballero  
De hinojos en su presencia  
Estatua inmóvil parece  
En triste lucillo puesta ?  
No es mucho que así se turben  
Cuando Alfonso los observa,  
Cien cortesanos los miran,

Mil curiosos los acechan.  
Dias ha que en viva llama  
Amor con veloz saeta,  
Atropellando respetos,  
Inflamó sus almas tiernas.  
Fe de esposos se juraron  
Entre las doradas rejas  
De un jardin, sin mas testigos  
Que una esclava y las estrellas.  
Mas ¡ ay, que en excelso alcázar  
Mal un secreto se alberga,  
Y á par de los régios tronos  
El suyo la envidia sienta!  
Ya el palacio lo murmura:  
¡ Ay de entrambos si es que llegan  
Al alma de Alfonso el Casto  
Tan mal celadas sospechas!  
Del Rey, cuyo indócil cuello  
De amor el yugo desdeña,  
Y como atroces delitos  
Sus dulces yerros condena.—  
Mas ya la callada noche  
Cubre el mundo de tinieblas,  
Y vencedor y vencidos  
Toman de Leon la vuelta.

Sañudo en tanto va jurando al cielo  
Su desdoro vengar Nuño de Arlanza,  
Que al primer bote de la ardiente lanza  
Vencido por el Conde , cayó al suelo.  
Estaba solo el Rey , de lid sangrienta  
El plan trazando contra el moro un día,  
Cuando con alma llena de falsía  
Nuño en el regio alcázar se presenta.  
Secreta audiencia pide , y admitido  
En la estancia do mora el Rey potente,  
Así comienza á hablar el fementido  
Con triste faz y labio balbuciente. —  
Hay quien osa , Señor , con vil mancilla  
Profanar de este alcázar el decoro,  
Mientras vos , esgrimiendo la cuchilla,  
Triunfais con gloria del soberbio moro. —  
¿Y quién es el traidor , Alfonso exclama,  
Que á tal se atreve? Di : pronto castigo,  
Como del rayo asoladora llama,  
Acabará á tan pérfido enemigo. —  
Jamás , dice el hipócrita , este arcano  
De mi pecho saldria , si no fuera  
El honor de tan digno soberano  
Quien al remiso labio aliento diera.  
Tal vez será imprudencia : infausta suerte

Me amenaza tal vez ; pero en buen hora  
Caiga el mal sobre mí , venga la muerte  
Con tal que vos sepais quién os desdora.  
El conde de Saldaña hasta la altura  
Del regio solio se remonta ufano  
En alas del amor , y su locura  
Escandaliza al pueblo castellano.  
Vuestra hermana , Señor... — ¡ Cómo ! la Infanta  
¿ Amar al Conde ? ¡ Nuño , vive el cielo... !,  
Clama el sañudo Rey , y en su garganta  
La voz se anuda convertida en hielo.  
Mas luego se reporta , y mesurado,  
Si es cierto , añade , el crimen , pena dura  
Castigará tan pérfido atentado ;  
Mas ¡ ay , Nuño , de ti , si es impostura !—  
¿ Impostura , Señor ? Si tal agravio  
Cualquiera otro que vos... Haced empero  
Pesquisa cual monarca justiciero,  
Y hallaréis que verdad os dice el labio.  
Ejecutólo Alfonso , y convencido  
De que Nuño de Arlanza no le engaña,  
Su enojo reprimiendo , comedido  
Así habla cierto dia al de Saldaña:  
« De Navarra al monarca en propia mano  
Quiero que entregues , Conde , a questo pliego,

Y del fuerte de Luna al Castellano  
Estotro al pasar deja : parte luego. »  
Apénas brilla la rosada aurora  
Y ya el Conde se apresta á la partida ,  
Mientras Jimena solitaria llora  
Sin abrazarle en tierna despedida.  
Al castillo de Luna prontamente  
Llega el desventurado caballero,  
Y la carta entregando , de repente  
Cae el rastrillo y queda prisionero.  
¡Traidor ! , ¿ qué intentas ? , irritado dice  
Echando mano de su acero el Conde ,  
Y el Alcaide excusándose , ¡ infelice ! ,  
Preso estás por Alfonso , le responde.  
Quítanle al punto la luciente espada ,  
Que terror de los moros era un día ,  
Y una mano le arranca despiadada  
Los ojos do la Infanta se veía.  
Ella entre tanto en la mansion oscura  
Gime de un claustro y por su esposo clama ;  
Mas ¡ ay , que en perdurable desventura ,  
No verá más al infeliz que llama !

---



## EPITAFIO Y DÍSTICOS LATINOS

ESCULPIDOS EN EL SEPULCRO DE MELENDEZ EN EL CEMENTERIO DE MOMPPELLER

adonde fueron trasladados sus huesos en 1825.



D. O. M.

JOANNIS. MELENDEZ. VALDES  
 HISPANI. POETAE. CLARISSIMI  
 AN. MDCCCXVII. DIE XXIV. MAII  
 MONSPELII. SUBITO. EXINCTI  
 MORTALES. EXUVIAS  
 PER. UNDECIM. AN. SPAT. INDECORE. SEPULTAS  
 AC. OBLIVIONI. FERE. TRADITAS  
 IN. HUNC. DIGNIOREM. LOCUM  
 BERNARDINUS. FERNANDEZ. DE. VELASCO  
 DUX. DE. FRIAS  
 ET. JOANNES. NICASIVS. GALLEGO  
 ARCHIDIACONUS. VALENTINUS  
 NON. SICCIS. OCULIS  
 TRASFERENDAS. CURARUNT.

R. I. P. A.

(Aqui hay un trofeo compuesto de una lira y caramillo rotos y entrelazados con una corona de laurel, y por bajo los disticos siguientes.)

Quam dederant dulci charites arguta Batillo  
 Fistula, Volcarum litore fracta jacet.  
 Digna siracosio calamo, citaràque Properti,  
 Dum repetit moestus carmina blanda Tagus,  
 Te, Lede, qui niveis lambis felicior undis  
 Hunc tumulum, serves pignora cara rogat (1).

(1) D. Alberto Lista dió noticia de la indicada traslacion, y tradujo el epitafio y los versos latinos en la Gaceta de Madrid de 11 de Setiembre de 1835. Su traduccion es esta:

Á Dios óptimo máximo.

Bernardino Fernandez de Velasco, duque de Frias, y Juan Nicasio Gallego, arcedianos de Valencia, cuidaron, no sin lágrimas, de que los restos mortales de Juan Melendez Valdés, esclarecido poeta español, que murió repentinamente en Mompeller el 24 de Mayo de 1817, sepultados indecorosamente por espacio de once años, y casi entregados al olvido, fuesen trasladados á este más digno monumento.

Descanse en paz, amén.

TRADUCCION DE LOS DÍSTICOS LATINOS.

Aquel, que á su Batilo concedieran  
 Las Gracias, caramillo sonoro,  
 Roto en la playa de los Volcas (\*) yace.  
 Mientras repite el Tajo entristecido  
 Sus blandos versos, dignos de la avena  
 Sicula y de la lira de Propercio,  
 Te ruega, oh Ledo, (\*\*) á tí, pues más felice  
 Bañas con frescas ondas esa tumba,  
 Que tan queridas prendas le conserves.

(\*) Nombre que tenian los antiguos habitantes de la parte litoral del Languedoc.

(\*\*) Nombre antiguo del rio que pasa junto á Mompeller. Hoy se llama Lez.

## EN EL ALBUM DE UN VENTRILOCUO.

EPIGRAMA.

(1831.)  

---

**C**AUSA tal placer á todos  
Oírte hablar *por la panza*,  
Que el público en tu alabanza  
Habla despues *por los codos*.

---

## PARA EL ALBUM DE LA CONDESA DE LA TOUR MAUBOURG,

Á SU SALIDA PARA ROMA EN MAYO DE 1840.

---

**D**EL Turia y Bétis el fecundo suelo,  
Donde á nunca morir nacen las flores,  
Ni pone grillos á la fuente el hielo,  
Imágen del Eden , mansion de amores;  
Dulce morada , y de tus gracias digna  
fuera , Condesa , en el confin de España,  
Cuando la suerte la miró benigna,  
La cruda suerte que en su mal se ensaña.  
Mas hoy que , ardiendo en fratricida guerra  
Rencores , sangre , asolacion te ofrece,  
Deja , señora , tan aciaga tierra,  
Y su fatal destino compadece.

Huye , y salvando sus nevadas cimas  
Cruza la falda del gigante alpino,  
Y allá descansa en los amenos climas  
Que el mar circunda , y parte el Apenino.

Mas cuando ufano en valles y florestas  
Con la pompa de Mayo engalanadas  
Un pueblo alegre en bulliciosas fiestas  
Te salude con vivas y alboradas,

Merezca algun recuerdo á tu ternura  
Y una piadosa lágrima á tus ojos  
De mi patria infeliz la desventura,  
Donde tan solo ves ruinas y abrojos.

---

## EN EL ALBUM

DE LA

EXCMA. SRA. DOÑA GERTRÚDIS GOMEZ DE AVELLANEDA.

**S**I mi memoria honrar de este volúmen  
En las más nobles páginas deseas,  
Fuerza , Tula , será que tú mi númen,  
Mi sola inspiracion , mi Apolo seas.  
Mi fatigado espíritu consumen  
Hondos cuidados , tétricas ideas,  
Al torcedor de duros desengaños  
Rendido aun más que al peso de los años.

Un rayo solo préstame , te ruego,  
De los que dió á tus ojos Sirio ardiente,  
Ó un fúlgido destello de ese fuego  
Con que natura electrizó tu mente;

Que ya ni del arpon del niño ciego  
Mi yerto corazón la punta siente,  
Ni el ardor todo de las nueve hermanas  
Basta á templar el hielo de mis canas.

Solo me es dado de tu voz divina  
Mudo admirar la fuerza encantadora,  
Que vibrando en la esfera cristalina  
Oye admirada al despertar la Aurora.  
Émula de los lauros de Corina,  
Que te legó su cítara sonora,  
Haz que tu canto armónico se encumbre  
Adonde enciende el sol su viva lumbre.

---

**A MR. FRÉDÉRIC MADRAZO,**

EN LE VOYANT FAIRE LE PORTRAIT DE MAD. LA MARQUISE DE.....

PLACÉ DANS UNE BELLE TERRASSE DE FLEURS.

MADRIGAL.

---

**D**is moi , cher Frédéric , par quel prestige heureux  
Quand tu fais un portrait, j'en vois paraître deux ;  
L'un dans ce beau jardin , par ton pinceau fidèle,  
Et l'autre dans mon coeur , par les yeux du modèle.

---

**OSCAR,**

**TRAGEDIA.**



# OSCAR, HIJO DE OSIAN,

TRAGEDIA.

ESCRITA EN FRANCÉS POR MR. ARNAULT.

PUESTA EN VERSO CASTELLANO Y ACOMODADA Á NUESTRO TEATRO.

*Representada en los teatros de la Corte.*

---

## INTERLOCUTORES.

---

OSCAR.

DERMIDIO.

GAÛL.

FILLAN.

MALVINA.

UN BARDO.

CARIL.

CÓMPARSA DE SOLDADOS.

ACOMPAÑAMIENTO.

El asunto pertenece á los antiguos tiempos de Escocia.—La escena en el palacio de Selma y sus cercanías.



## ACTO PRIMERO.

---

El teatro representa un pais montuoso y silvestre, terminado por una cadena de rocas, por entre cuyas quiebras se verá el mar. Al principio se figurará el crepúsculo de la mañana.

### ESCENA PRIMERA.

*MALVINA aparece sentada en un peñasco, de que descende pausada y melancólicamente al alzarse el telon.*

¡No vuelven, ay! En vano por las playas  
Y por el ancho mar la vista tiendo;  
En vano, en vano á cuanto ven mis ojos  
Hablo y pregunto sin cesar por ellos.  
Hijo, esposo y amigo, todo ¡ay triste!  
Feneció para mí. Falaz deseo  
Un dia y otro al risco me conduce.  
Allí la nube transparente observo  
Formarse en derredor, bajar sonando,  
Ó errar ligera á la merced del viento.

Las olas de otras olas impelidas  
 Correr medrosas á la playa veo,  
 Depositando en la movible arena  
 De cien bajeles míseros los restos,  
 Que el Noto dispersó. Pero Dermidio,  
 Fillan, Oscar... En balde los espero:  
 ¡Ya jamás los veré!

## ESCENA II.

MALVINA, GAUL.

GAUL.

¿Será posible  
 Que en esa roca te hallen los reflejos  
 Del alba soñolienta, y á la noche  
 Te encuentre en ella el cazador gimiendo?  
 Á este lugar ¿cuál causa te conduce?

MALVINA.

¡Aquí, Gaul, de mí se despidieron!

GAUL.

Vuelve de Selma á los cercanos muros,  
 Y las fiestas verás que todo un pueblo  
 Á su libertador prepara alegre.  
 Ya de los bardos el marcial concierto

Celebra al grande Oscar, y por los aires  
Vuela su nombre en sonoros ecos.  
Todos al héroe vencedor ensalzan  
Que estas riberas de los torpes hierros  
Salvó de Caírbar. Vamos, Malvina;  
Únase nuestro gozo á sus acentos.

MALVINA.

Con llanto amargo y fúnebres gemidos  
Pudiera solo responder.

GAUL.

Te ruego

Que no al dolor en que sumida yaces  
Se abata tu valor. Tal vez no léjos  
Está la dicha del pesar, y acaso  
De tu felicidad se acerca el tiempo.

MALVINA.

¡ Ah! No pretendas de esperanzas vanas  
Mi triste corazon llenar de nuevo:  
¡ No las hay para mí !

GAUL.

¡ Que así turbada

Se ofusque tu razon! ¿ Qué anuncios ciertos,  
Qué pruebas hay, Malvina, que aseguren  
De tu esposo la muerte? Del invierno  
Tres veces ya los montes encumbrados

La nieve encaneció, desde que huyendo  
De Selma y sus indignos opresores,  
Salvó Dermidio en climas extranjeros  
Su vida y su virtud, y á los tiranos  
Burló cruzando por el golfo inmenso.  
Si desde entónces á Morven su suerte  
En las tinieblas escondió el silencio,  
¿Por qué tanta aflicción? En lo que todos  
Motivo solo de esperanza vemos,  
¿Por qué has de ver en tu fatal delirio  
Motivo solo de amargura y duelo?  
Vive tu esposo; no lo dudes, vive;  
Pero se oculta con sagaz misterio  
Que en los peligros la prudencia suele  
Al prófugo inspirar. Su antiguo riesgo  
Cesó desde que Oscar salvó la patria;  
Y así no dudes que al rumor volviendo  
De la victoria que alcanzó su amigo,  
Entre tus brazos le verás muy presto.

MALVINA.

¡Quién pudiera, Gaul, tan halagüeña  
Perspectiva abrazar! Pero mi pecho  
Se resiste á tu voz, y á pesar mio  
Tímido el corazón gemir le sienta.  
Luego que Oscar de su amistad guiado

Se partió de Morven con el intento  
De buscar á Dermidio y á aquel hijo  
Que ya jamas estrecharé en mi seno,  
Entónces fue cuando olvidada y sola  
Sentí la fuerza de mi mal acerbo.  
De Oscar la compasion consoladora  
Moderaba el horror de mis tormentos,  
Y hora sin él en amargura eterna  
De mi largo penar me agobia el peso.  
¡ Ah! Más que todos juntos desgraciada,  
¡ Yo la postrera moriré! ¡ Qué intenso  
Mi mal será, cuán justo el llanto mio  
Miéntras que de mi fin llega el momento!  
¡ Tal era ya, tan dulce la costumbre  
De gemir con Oscar!

GAUL.

Si de este suelo  
Pudo ausentarse, la esperanza sola  
Le separó de tí. Confuso, inquieto  
Por tu esposo y su amigo ha suspirado  
Tres años sin cesar. En vano al cielo  
Libre el pueblo su gloria levantaba.  
De sus afanes todos otro premio,  
Otro placer no ansió, que de Dermidio  
Las penas disipar: por él los riesgos

Brioso despreció; por él las huestes  
Venció de Caírbar; mas nunca ha vuelto  
Á sus ojos Dermidio. Ya juzgaba  
Verle á sus plantas traspasado y yerto;  
Ya gritaba asombrado que su amigo,  
Por él clamando , entre pesados hierros  
Allá en lejanos términos gemia.  
Triste , lloroso y de su suerte incierto,  
¿Qué no padeció Oscar? ¡Cuál el martirio  
Fué de aquella alma ardiente , de aquel pecho  
Que del yugo de amor exento y libre  
Solo de la amistad abrasa el fuego !  
Así le vimos pálido y sombrío,  
Con los ojos en lágrimas envueltos  
Vagar perdido por la opaca selva  
Dando sus quejas lúgubres al viento.  
Ora cruzando la áspera montaña,  
Ora el torrente rápido siguiendo,  
Sin tregua en su afliccion , noches y dias  
Pasaba el triste en frenesí perpetuo.  
Si alguna vez en las espesas matas  
Su bárbaro penar calmaba el sueño,  
El nombre de Dermidio á cada paso  
Débil se oía entre sus labios secos.  
Partió al fin en su busca , y si por dicha

Llega su suerte á descubrir , no temo  
Se agrave su dolor ; que no es tan duro  
Sobrellevar un mal , como temerlo.

MALVINA.

Demasiado lo sé desde aquel día  
Que volver debió Oscar. De Selma léjos  
¿Qué extraño acaso detenerle puede ?  
Mal cumplió su palabra... Me estremezco,  
Gaul , cuando el dolor me le figura  
Entre enemigos bárbaros sufriendo  
Los males todos que sufrió su amigo.  
Tal vez por manos alevosas preso  
Yace espirando entre silvestres rocas ;  
Tal vez se rinde al huracan soberbio,  
Y tal vez son los de su rota nave  
Esos despojos por el mar dispersos.

GAUL.

¿Presumes... Mas ¿no miras dos lebreles  
Correr á Selma alegres y ligeros,  
Y allí del bosque junto al pardo risco  
Lentamente hácia aquí venir su dueño?  
¡Qué pensativo está ! ¡Cómo suspira !  
Parece que el pesar le agobia el cuello.  
¿Es cazador , Malvina , ó es soldado ?  
Acerquémonos más. ¿Será extranjero,

Ó bien un hijo de Morven ?

MALVINA.

¿Qué miro!

¿No es Oscar ?

GAUL.

Sí ; no hay duda.

### ESCENA III.

*Los mismos y OSCAR.*

MALVINA.

¡Al fin te veo!

¡Oscar!

GAUL.

¡Amigo mio!

MALVINA.

¡Cuánto , cuánto

Por tu vida temí ! ¡ Qué tarde has vuelto !

OSCAR.

¿ Tarde?... Pronto quizá. (*Para sí.*)

GAUL.

Tu rostro , amigo,

De pena miro y palidez cubierto.

MALVINA.

¿Qué te aflige?

GAUL.

¿Suspiras? ¿No respondes?

MALVINA.

¡Oh Dios! Su vista inquieta, su silencio;  
Su turbacion, sus ayes, todo ¡ay triste!  
Las desdichas publican que recelo.

OSCAR.

Tranquilizáos, amigos. El cansancio...  
El disgusto tal vez... Ni yo me entiendo...  
La soledad, sin duda, y el camino  
Que entre áridos peñascos y altos cerros,  
Al paso que estos campos descubria,  
Se dilataba más, mi abatimiento  
Causaron. Mas ¿llorais? ¡Con qué dulzura  
Mi pena disipais! Ya no la siento.

MALVINA.

Si tu rostro desmiente tus palabras,  
Oscar, ¿qué valen frívolos rodeos?

OSCAR.

¿Mi rostro? ¿Qué te anuncia?

MALVINA.

Lo que en vano  
Procuras ocultar. ¡Ya no hay remedio!

¡Desventurada esposa! ¡Triste madre!  
 ¡Oh Dermidio infelice!

OSCAR.

¡Cómo! ¿Es muerto?

MALVINA.

Tú lo sabes.

OSCAR.

No á fé. Remotos climas  
 He corrido; por ásperos desiertos  
 De nuestros bosques las profundas cuevas  
 Mil veces penetré, montes espesos  
 Sin fin cruzando y tormentosos mares;  
 Mas todo en balde. De mi afan el premio  
 Rumores fueron y sospechas vagas  
 Opuestas entre sí. Junto al extremo  
 Le hallaron de Morven... Hacia las costas  
 Arribó de Loclin, donde le vieron  
 Con Caril y Fillan... En fin, la suerte  
 De tu esposo, el lugar de su destierro  
 Es para todos un arcano obscuro.  
 Los bardos que mis órdenes siguieron  
 Y mis pasos inútiles, quedaron  
 Buscándole officiosos, miéntras vengo  
 Á cumplir, oh Malvina, la palabra  
 Que de volver te dí. Mas hoy de nuevo

Saldré , y montes y selvas y ciudades  
 Registrando otra vez , nunca ese puerto  
 Me verá sin que Oscar de su Dermidio  
 Sepa el destino próspero ó adverso.

MALVINA.

¿Y no será mejor que aquí seguros  
 La vuelta de los bardos esperemos?  
 ¿Mandan acaso de amistad las leyes  
 Lo imposible arrostrar? No más espero  
 Ver á mi esposo ya , ni al hijo amado;  
 No más, querido Oscar. Pasóse el tiempo  
 Que de esperanzas fútiles fiada  
 Le aguardaba mi amor. Los males nuestros  
 Tan graves no serán , si combatimos  
 Su furor con recíprocos consuelos.  
 ¿No es ya menor tu mal? Habla.

OSCAR.

¡Malvina!

MALVINA.

¿Te quedarás conmigo?

OSCAR.

¡Ay!... No; resuelvo

Partir.

MALVINA.

Hijo de Osian , ¿por qué alejarte

De mi presencia , dí? ¿Tan grave peso  
Es para tí mi gratitud ardiente?

OSCAR.

Ídolo de Morven , ¿podrás creerlo,  
Cuando esa gratitud es la ventura  
Sola que oso esperar? ¡Ah! yo te ruego  
No me prives , Malvina , de esa dicha  
De que indigno no soy. Tan dulce afecto  
Es el único bien que en mi abandono  
Me puede acompañar.

MALVINA.

Mas ¡qué funesto  
Lenguaje!, ¡qué tristeza!... Me confundes...  
¿Cuál es tu pena? Explicate.

OSCAR.

No puedo.

MALVINA.

¿Por qué de nuevo de Morven te alejas?  
¿Recelas tú que sepa tus secretos?

OSCAR.

Me es forzoso partir. No está en mi mano  
Decirte más.

MALVINA.

¿Y adónde? ¿Con qué intento?

OSCAR.

Me es forzoso partir , ¡ forzoso !

MALVINA.

¿Y cuándo

Á Selma volverás ?

OSCAR.

Adios. ¡ Oh abuelos

De Malvina !, velad en su defensa

Desde las altas nubes. Yo os la vuelvo:

Su inocencia salvad de las borrascas

Que la amenazan hoy.

MALVINA.

¿Qué hablas? ¡Oh cielo !

GAUL.

De sus profundos males acosado

Oscar esquivo al universo entero.

De todo cuanto en él ántes amaba,

De sí propio , de tí , de Selma huyendo;

Su razon y su gloria despreciando;

Continúa presa del letal veneno

Que le consume en flor , guarda y encubre

La causa de sus penas en el pecho.

Habla á su corazon : tú sola puedes

El arcano arrancar que oculta dentro.

## ESCENA IV.

MALVINA, OSCAR.

MALVINA.

Recuerda , Oscar , recuerda aquellos dias  
Que yo , afligida y al dolor cediendo,  
Sin palabras , sin llanto ni esperanza,  
Anonadada en mi cruel tormento,  
Ya de tanto sentir era insensible.  
Entónces me decias : ¿ No merezco  
Tu infortunio saber para que pueda,  
Ya que templarle nó , llorarle al ménos?  
Al oírte mis lágrimas brotaban,  
Y en tí y en ellas encontré consuelo;  
Mas tú... ¿ temes llorar?

OSCAR.

No, no , Malvina:

Solo ceder á tus instancias temo.  
Temo que mi virtud á tus encantos  
No sepa resistir. Á par con ellos  
Mi corazon ansioso la combate;  
Mas no , no vencerán. Á tus deseos  
Tiembra tú propia que me rinda ; tiembra

Que yo descubra arcano tan funesto;  
Arcano , arcano que abismar quisiera  
Para siempre jamas , aunque recelo  
Que á pesar mio el indiscreto labio  
Le descubra , y tal vez... Mas ¿qué profiero?  
Yo deliro , Malvina. No hay motivo  
De ocultar mi intencion. Ni ¿qué misterio  
Habrá en callar que de tu ausente esposo  
De aquí me aleja el fraternal afecto?  
¿No es ya su amigo Oscar? ¡Qué! ¿será extraño  
Que le busque mi amor? ¿No es un precepto  
De la amistad? Su voz irresistible  
Me impele á discurrir de yermo en yermo,  
Y el llanto que á mis párpados se agolpa  
Por lo que tardo yá quizá le vierto.

MALVINA.

Pues bien, no te detengas: tus deberes  
Mido por tu impaciencia , y no recelo.  
Vete; mas sin excusas ni ficciones  
Sé franco, cual lo fuiste en todos tiempos.  
Que un cuidado, un deber de mí te aparten,  
Ya no lo dudo, Oscar; mas que el anhelo  
De buscar á Dermidio, de repente,  
Sin esperanza, sea, algun derecho  
De extrañarlo me da. Si; lo que ahora

Pasa en tu corazon lo sé, lo leo.  
Oscar, de mis angustias fatigado,  
Á la voz de la gloria y de los fieros  
Combates corre á peregrinos climas  
De los sollozos de Malvina huyendo.

OSCAR.

Huyo de tí; es verdad, y nunca, nunca  
Hizo mi corazon más grande esfuerzo,  
Sacrificio mayor. Mil veces supe  
Las llamas arrostrar, la muerte, el hierro;  
Mas un deber tan duro, tan terrible  
No me impuse jamas. Si á mis deseos  
Todo mi brio y mi razon opongo,  
¿Por qué imprudente avivas un incendio  
Que mi ventura y mi virtud destruye?  
¿Por qué apurar con importuno acento  
Mi ya débil y lánguida constancia?  
¿Por qué llorar, en fin? Sí; en llanto envueltos  
Se ven tus ojos. ¡Ah! ¿Sabes, Malvina,  
Que está mi suerte y mi desdicha en ellos?  
Tal era tu afliccion y tus miradas  
Cuando en el alma atónita encendieron  
Fuego devorador que la consume.  
Entónces conocí que bajo el celo  
De la piedad en ella se ocultaba

La furia del amor; amor violento,  
 Amor digno de Oscar y de ti propia,  
 Activo, ardiente, impetuoso, eterno,  
 Que sin duda los lazos estrechara  
 De la amistad que hoy mismo romperemos,  
 Si de tu corazon y de tu mano  
 Pudieras disponer. He aquí el secreto.

MALVINA.

Oscar, Oscar!, ¿qué osas decir?

OSCAR.

¡Dermidio!...

¡Fatal, fatal amigo! Bajo un velo  
 Impenetrable su vivir se oculta  
 Y su muerte tambien; mas si de nuevo  
 Volviere á Selma, quien vengarle supo  
 ¿Le podrá ver sin odio? Desde el tiempo  
 Que esta pasion tirana me subyuga,  
 Loco, sin albedrío, errante, ciego,  
 Ni mando en mí, ni soy Oscar. Veria  
 En él á mi rival; no al dulce, al tierno  
 Amigo que adoraba; y de este duro  
 Suplicio, que otros males y tormentos  
 Acaso nos prepara, un medio solo  
 Hay de evitar la saña, solo un medio;  
 Mi fuga. Ya en los bosques solitarios

Que en las cumbres de Arven tocan al cielo;  
 Ya en las hondas entrañas de Inistora,  
 Ó allá en las tristes márgenes del Légon  
 Mi despecho y mi vida sepultando,  
 Con gritos mil fatigaré los vientos.  
 Si á mi furia un combate se ofreciera,  
 Por las huestes frenético rompiendo,  
 Correr la sangre, y el feroz destrozo  
 Mirara con placer. ¡Feliz si encuentro  
 El fin de una pasión desesperada  
 Que ahogar tan solo con la muerte puedo!

### ESCENA V.

*Los mismos y GAUL.*

GAUL.

De los horrores del naufragio huido  
 Un bardo llega á Selma, y el congreso  
 Reunido á su voz de los ancianos,  
 Hablar desea con Oscar primero.

OSCAR.

¡Un bardo! ¿Y con qué fin á Selma viene?

GAUL.

Lo ignoro. Solo sé que allá en el puerto  
 Se embarcó de Loclin, y que á Dermidio  
 Nombra.

MALVINA Y OSCAR.

¿Á Dermidio?

GAUL.

Al mismo.

MALVINA.

¡Santos Cielos!

OSCAR.

No falaz ilusion me deslumbraba.  
Ese bardo, Malvina, el mensajero  
Será sin duda que la vuelta anuncie  
De tu esposo á Morven. La fama, el eco  
De mi victoria por el mar vagando,  
Resonaron tal vez en su destierro.  
Dermidio los oyó, y á Selma torna  
De gratitud y de esperanza lleno,  
Y el golpe que su afan ha terminado  
Con herida mortal me pasa el pecho.  
¿Y habré de arrepentirme? No, Malvina.  
Todo el rigor de mi infortunio siento;  
Mas nunca de su amigo la ventura  
Podrá sentir Oscar. Antes deseo  
Que la goce sin fin, y me complace  
Ver que la debe al filo de mi acero.  
Mas nada, nada exijas de tu amigo,  
Y déjame ocultar en los desiertos

Léjos del mundo la vergüenza mia  
Y el estado infeliz en que me veo.

GAUL.

Detente, Oscar, detente. ¿Qué delirio  
Á una fuga tan vil te arrastra ciego?  
Lo que el honor y la amistad te ordenan  
¿Olvidarlo podrás en un momento?  
Sí; la amistad que por mi voz te grita.  
¿Quieres hollar sus sacrosantos fueros  
Por la primera vez?

OSCAR.

¡Yo!...

GAUL.

No pretendas

Envilecerte con baldon perpetuo.  
¿Qué de tu huida arrebatada y loca  
Los ancianos dirán y el extranjero  
Bardo que ya solícitos te aguardan?  
¿Y qué Dermidio pensará, si es cierto  
Que ya te espera de abrazarte ansioso?  
No, no puede Gaul en tanto riesgo  
Abandonar á Oscar. Si no te vences,  
Podré quizá llevarte á tu despecho;  
Pues aunque la amistad pase á aspereza,  
De tu debilidad salvarte quiero.

Mas no ; tu honor y tu razon imploro ;  
 Ve de Malvina el congojoso duelo ;  
 Y si mi voz y súplicas desoyes ,  
 Sus lágrimas escucha por lo ménos .

OSCAR.

Malvina , ¿qué me ordenas ?

MALVINA.

¡ Miserable !

¡ Ay tristes de nosotros ! No hay remedio :  
 Este acaso fatal nos pierde á entrambos .  
 Si los anuncios espantosos creo  
 Que mi inocente corazon destrozan  
 Y á cada paso duplicarse sientos...  
 ¡ Corazon inocente !... Sí , no hay duda .  
 Mas , con todo , no esperes... ¿ Qué consejo  
 Pudiera darte yo ? ¡ Desventurada !  
 ¿ Qué he de decirte , Oscar ? En tal extremo  
 En vano busco á la razon por guia .  
 Crece mi turbacion á par del riesgo ,  
 Y la tuya tambien .— Sigue , obedece  
 Á Gaul , triste amigo .

GAUL.

¡ Oscar !

OSCAR.

Marchemos .



## ACTO SEGUNDO.

---

El teatro representará un pórtico del palacio de Selma.

### ESCENA PRIMERA.

MALVINA, GAUL.

GAUL.

Tu esposo falleció; mas este dia  
Que de inquietud y sustos agitado  
Predijo el corazon, y ya tus ojos  
Con lágrimas sin término anunciaron,  
Otra nueva más próspera ha traido  
Que consolarte debe; pues si el fallo  
Irrevocable sorprendió á Dermidio,  
Á su hijo perdonó.

MALVINA.

¡Hijo adorado!

¿Y será cierto que tu triste madre  
Tus brazos gozará?

GAUL.

Su tierna mano,  
Disipando las penas que te afligen,  
En breve tiempo enjugará tu llanto.

MALVINA.

¡Dulce esperanza por mi mal perdida!  
¡Cuál hoy suaviza mi destino amargo  
Tu lisonjera voz! ¡Ah, esposo mio!  
De esta agradable conmocion ¿acaso  
Se ofenderá tu sombra generosa?  
No, no es posible: el título sagrado  
Del amor maternal mi gozo abona;  
Gozo de un corazón en que inhumano  
Se cebaba el dolor, y de repente  
De la felicidad se ve en los brazos.  
Mas ¿dónde está Fillan?

GAUL.

Por largo tiempo  
El y Caril los hierros arrastraron  
De una penosa esclavitud.

MALVINA.

¡Qué escucho!  
¿Caril y el hijo mio han sido esclavos?

¿Habrá en el mundo un hombre tan perverso  
Que el duro oído á la piedad negando,  
Pueda indefensos un infante débil  
Y las canas hollar de un triste anciano?  
¿Quién fué el vil opresor de su inocencia?

GAUL.

El cruel Esvaran, ese tirano  
De Loclin, más terrible al extranjero  
Que arriba á su país, que los peñascos  
Del bravo mar y el huracan furioso.  
De la hospitalidad los fueros santos  
Insultos son y duro cautiverio  
Que al náufrago infeliz guarda el malvado.  
Así Dermidio padeció y su amigo  
Y el hijo tierno en hondos subterráneos,  
Donde gimiendo en sempiterna noche  
Para solo penar vida gozaron.  
Allí tu esposo á la esperanza muerto,  
Sus pesadas cadenas quebrantando,  
Libre al fin se miró; pero ¡infelice!  
La desdicha tenaz siguió sus pasos.  
Caril entónces y el amable niño  
Con mayor vigilancia custodiados,  
Por salvarlos solícito buscaba  
Recursos mil inútilmente, cuando

El torvo Cairbar de sus delitos  
Halló muriendo el merecido pago.  
De su muerte el rumor, que á los perversos  
Un grito fué de confusion y espanto,  
Volvió á tu esposo el ánimo abatido,  
Y placer y venganza respirando  
De Morven en los héroes confiaba,  
Que juntos á su voz, terror y estragos  
De Loclin en los términos sembrasen,  
Y el amigo infeliz y el hijo amado  
Viesen la luz del día, de sus grillos  
Rompiendo alegres los indignos lazos.  
Con tal intento hácia la dulce patria  
El inconstante Occéano surcando,  
Ya de Morven las rocas distinguia  
Y abetos de Cromlá. Mas ¡cuán en vano  
Sus agudos pesares adormece  
La grata vista del nativo campo,  
Vista que siempre el corazón del bueno  
Inflama de placer! Un velo opaco  
De sus lares la hermosa perspectiva  
De repente ocultó. Corre bramando  
El Noto mugidor; ábrese el cielo;  
Serpean los relámpagos y el rayo  
Rápido cruza con estruendo horrible;

Brama furioso el mar; en montes altos  
Junta y eleva las hinchadas ondas  
Espantoso huracan, y en los cercanos  
Riscos, que fácil puerto prometian,  
Solo la muerte halló. Del frágil barco  
Aquí y allí por las volubles olas  
Se ven los restos míseros nadando,  
Sin que ninguno en la comun desgracia  
Haya el furor del piélago evitado,  
Sino el bardo extranjero que lloroso  
La historia cuenta del fatal naufragio.

## MALVINA.

¡Desgraciado Dermidio! Así los mares  
De su patria al umbral le arrebataron,  
Y la muerte que un tiempo deseara  
Del bien tan cerca le atajó los pasos.  
Mas ya huella feliz las altas nubes  
De sus abuelos inclitos al lado,  
Y en la azulada bóveda su sombra  
Plácida rie en eternal descanso.  
Pero el hijo infeliz, triste heredero  
De su infortunio, en términos lejanos  
Al ronco son de las cadenas gime,  
Sin que le arrulle el maternal regazo.  
Él es, él es por quien llorar debemos.

¿No tendrá fin su mal? El malogrado  
 Dermidio al bien de su nacion querida  
 ¿Qué no sacrificó? Si á afanes tantos,  
 Que vieron estos muros; si á los riesgos  
 Que en mil combates despreció lidiando;  
 Si al valor con que el mar impetuoso  
 Por su pueblo arrostró, no sois ingratos,  
 Fillan cautivo el galardón reclama  
 Que á su padre debeis.

GAUL.

Solo en dudarlo

Ofendes á la patria. Oscar por ella  
 Sus grillos romperá: su fuerte brazo,  
 Que la amistad y la venganza animan,  
 Juró á tus ojos conducirle salvo.  
 La libertad tu esposo en la agonía  
 Le encargó de Fillan; pero su amparo  
 No fué la sola obligacion que impuso  
 Á Malvina y á Oscar.

MALVINA.

Prosigue: ¿acaso

Temes que un punto obedecerle dude?  
 Habla, dime cuál es: ansiosa aguardo  
 Sus órdenes, Gaul. Serán cumplidas;  
 Si, lo serán. Preceptos soberanos

Los de los muertos son, y que debiera  
Proteger el terror, si á ejecutarlos  
El amor y el respeto se negasen.  
¡Ay del mortal que los desprecie osado!

GAUL.

Así el bardo lo dijo, cuando en Selma  
La voluntad del héroe declarando,  
Sus últimos acentos repetía  
Que entre las ondas trémulos sonaron.  
«Bardo, gritó Dermidio, si la furia  
Del borrascoso mar con que batallo  
Y á sumergirme va vencer lograrés,  
Lleva á Oscar de un amigo desgraciado,  
De un padre y de un esposo los deseos.  
Di que á su celo y su virtud encargo  
Mi familia afligida; en él encuentre  
Cuanto hoy le roba mi destino infausto;  
Y si por dicha de amistad la llama  
En su pecho brillare, y otros lazos  
No ha formado más dulces, á Malvina  
Esposa más feliz haga su mano.  
Di que á Fillan el padre restituya  
Que ya más no ha de ver, y que jurando,  
Á par de amor nupcial, pronta venganza,  
Sienta Esvaran al escuchar sus pasos

Aquel temblor continuo y espantoso,  
Precursor de la muerte de un tirano.»

MALVINA.

¿Qué ha dicho Oscar?

GAUL.

Él llega: de su boca

Puedes saberlo.

## ESCENA II.

MALVINA, OSCAR.

MALVINA.

Al corazon pasmado

Mi sangre toda arrebatada siento.

¡Oh Dios!

OSCAR.

¡Qué agitacion! Tal sobresalto  
¿De qué nace Malvina? ¿Por qué abates  
Los bellos ojos silenciosa? ¿Cuándo  
Turbarte pudo la presencia mia?  
Si la nueva tal vez que te preparo  
Á tu oido llegó, mayor desgracia  
Debo temer. ¿La sabes?

MALVINA.

Hora acabo

De dejar á Gaul...

OSCAR.

¿Y bien?

MALVINA.

Perdona,

Perdona, y compadézcate mi estado.

OSCAR.

¿Sabes que vive tu Fillan querido?

MALVINA.

Bien lo sé, Oscar.

OSCAR.

¿Y sabes qué mandatos

Me impuso al tiempo de espirar tu esposo?

MALVINA.

Los sé.

OSCAR.

¿Y deberá Oscar ejecutarlos?

MALVINA.

¿Qué me preguntas?

OSCAR.

Habla.

MALVINA.

Oscar, soy madre.

OSCAR.

Tus órdenes, Malvina, solo aguardo:

Dispon de mí.

MALVINA.

Soy madre: el hijo mio  
Libre por tu valor vea en mis brazos.

OSCAR.

Sí le verás. Los grillos que le oprimen  
Sabré despedazar. Aunque el espacio  
Inmenso de los mares lo impidiera ;  
Aunque el vil Esvaran por estorbarlo  
Opusiese el poder del mundo todo,  
Yo solo, no lo dudes, contra cuantos  
Ejércitos armase, ni un momento  
Pudiera vacilar. Mas no tu mano  
Incita mi valor, ni así pretendo  
Tu amor comprometer. El grito santo  
De la piedad me mueve; y si mi vida  
Á la defensa de Fillan consagro,  
Por cualquier infeliz la prodigara  
Que se acogiese á mi favor y amparo.  
Cuando Dermidio en la fatal tormenta  
Unirnos quiso con perpetuo lazo,  
Para que mi deber mejor cumpliese  
De tan precioso vínculo obligado,  
Dudó de mi virtud. Quizá tu propia  
De ella dudas tambien; mas este agravio  
¿Podrále merecer el pecho mio,

Donde se ven con indelebles rasgos  
 La piedad y el honor de mis mayores  
 En mil empresas inclitas grabados?  
 Socorrer al opreso, al infelice ;  
 Proteger la virtud ; tender el brazo  
 Á la cansada ancianidad, y apoyo  
 Ser del mísero huérfano angustiado,  
 De un nieto de Fingal son los deberes  
 Y de un hijo de Osian, que celebrando  
 Los héroes de Morven, dió á sus hazañas  
 Modelo su valor, gloria su canto.

MALVINA.

En nombre de esos héroes no te ofenda,  
 Oscar, mi turbacion. Tu vista acaso  
 La aumenta sin cesar ; ni yo su origen  
 Puedo explicar, ni á comprenderle alcanzo.  
 Mas sé muy bien lo que á tu amor le debo,  
 Lo que debo á mi esposo, á sus mandatos,  
 Á Fillan, á mí propia, al mundo ; todo  
 Lo sé. ¿Qué más he de añadir? Llorando  
 Pido no culpes mi silencio, y sabe  
 Que está dispuesto á obedecer mi labio.

OSCAR.

Óyeme : yo te adoro ; mas un fuego  
 Comparable al volcan en que me abraso

Beldad ninguna le encendió, ninguna.  
Eternamente disfrutar tu lado;  
Vivir contigo; respirar tu aliento;  
Ser de la envidia universal el blanco;  
Á tí enlazarme en delicioso yugo,  
Es mi solo anhelar. Que tus encantos  
Vea, que ausente de tus ojos llore,  
No te apartas de mí, y este tirano  
Deseo ocupa el pensamiento mio  
Donde quiera que estoy. Los dulces lauros  
De la victoria, las mayores dichas  
Que á los mortales alcanzar es dado,  
Como la niebla al sol desaparecen  
Si con esta ventura las comparo.  
Los nobles ejercicios que algun dia  
Delicias fueron de mis verdes años  
No alivian mi dolor, ni de las armas  
Al belicoso estruendo me arrebató.  
En continua batalla me consumo,  
Y ambicioso de un bien que busco en vano,  
Nada esperé de la constancia mia,  
Nada, Malvina. ¿Y piensas que al helado  
Impulso de la tímida obediencia  
Mi dicha he de fiar? Yo, yo, insensato,  
¡Deberla á nadie, sino á tí! Sumisa

De un esposo á las órdenes, temblando,  
Fria como su tumba, ¿habré de verte  
Ofrecer á mi ardor tu yerta mano?  
¿Habré de ver que á mis suspiros tiernos  
Con sollozos respondes, y que al sacro  
Juramento de Oscar estén tus ojos  
De turbacion y lágrimas cargados?  
Ántes que débil proferirle pueda,  
¡Celestiales espíritus, al rayo  
De vuestra indignacion caiga en cenizas!  
Primero errante, ciego, solitario,  
Al cielo odioso y á la tierra toda,  
De la hiel del dolor apure el vaso,  
Que condenarme al hórrido suplicio  
De estrechar en mi pecho apasionado  
Un corazon de hielo, que si ahora  
No abriga la pasion en que me inflamo,  
Ya nunca me amará.

MALVINA.

¿De qué lo sabes,  
Cruel? Mas ¡ay de mí! ¿qué estoy hablando?  
Tú que conoces mi desdicha acerba,  
¿Osas pedirme en días tan aciagos  
Otros afectos que tristeza y lloro?  
¡Otros afectos! ¡Ah! Si el angustiado

Corazon los sintiera, si á los tuyos  
Correspondiese yo, ménos amargo  
Fuera sin duda á la infeliz Malvina  
Espirar á tus piés que declararlos.  
No de mi gratitud hablarte debo;  
Bien sabes tú cuál es; no ignoras cuánto  
Mi pecho enciende en plácida ternura,  
Si tan fogosa nó, más dulce acaso  
Que tu ardiente pasion. Si ella bastase  
Tu inquietud á calmar... Su influjo blando  
Es de mis penas celestial alivio;  
Y si no logra disipar mi llanto,  
Lo amargo de su hiel benigno endulza.  
Si, Oscar, en repetirlo me complazco,  
Y en todas partes á la faz del mundo  
Pronta estoy sin rubor á confesarlo.  
Yo así pensaba al ménos; mas ahora  
Siento una agitacion... Á cada paso  
Crece y se aumenta la zozobra mia;  
Se aumenta más y más. Yo me arrebató;  
Si, me enajeno, y á tus piés me arrojo.  
¡ Oh tú, que así me ves, Oscar amado;  
Cruel y amado Oscar, que inmóvil miras  
Las lágrimas de fuego que derramo;  
Tú que presumes que el deber me obliga

Á ofrecerte mi fé!, ¿podrás ingrato  
 Juzgar aún que la obediencia helada  
 Más parte tiene que tu amor?

OSCAR.

¡Qué acabo

De escuchar!

MALVINA.

Más tal vez que hablar debiera.

OSCAR.

Prosigue.

MALVINA.

Oscar, con imperioso mando  
 Contra mi la razon su grito lanza.  
 Calma tú su rigor, y embota el dardo  
 De este remordimiento que me hiere.  
 No más me punzará cuando en tus brazos  
 Padre pueda llamarte el hijo mio.

OSCAR.

Pronto en los tuyos le verás ufano...  
 Mas ¿quién, caro Gaul, tus huellas sigue?

### ESCENA III.

*Los mismos, GAUL, EL BARDO, y acompañamiento.*

GAUL.

La comitiva popular que al bardo

Siguiendo viene. Vedle aquí.

EL BARDO.

Malvina,

¿Qué respuesta me dais? Decidme: ¿cuándo  
La orden cumplireis de vuestro esposo?

MALVINA.

Mañana. *Vase.*

GAUL.

Y vos, Oscar, ¿cuándo estos campos  
Dejar determinais?

OSCAR.

Mañana.

GAUL.

Apénas

De este alcázar el pórtico dorando  
La aurora vuelva á desterrar las sombras  
De la próxima noche, y en los ramos  
Del bosque espeso su fulgor penetre,  
De nuestros héroes lúgubre descanso;  
Allí donde una lápida insensible  
Cubre los restos de Fingal sagrados,  
Del heróico Fingal cuyas hazañas  
El arpa celebró de ilustres bardos,  
Á presenciar la sacra ceremonia  
Del sol naciente me verán los rayos. *Vase.*

OSCAR.

Compañeros de Oscar, la luz del día  
Dispuestos halle los veleros barcos  
Á dividir los mares espumosos:  
Burlemos su furor, el eco grato  
Siguiendo de la gloria y los gemidos  
Que triste lanza el inocente esclavo.

*Vánse los soldados.*

## ESCENA IV.

OSCAR *solo.*

Si á mi valor y mi esperanza creo,  
Pronto verás el maternal regazo,  
Amable niño, que desde hoy adopta  
El venturoso Oscar. Y tú, que amparo  
Y compañero en su infortunio fuiste,  
Venerable Caril, á quien tres años  
De afanes y miserias no pudieron  
Separar un instante de su lado;  
Ya llega el fin de tus desgracias todas.  
Si ayer creí vencer, hoy lo afianzo:  
Mio es el triunfo ya. Tú, que previste  
Mi fogosa pasión, Dermidio caro;  
Tú, cuyo voto y súplica postrera

De nuevos beneficios me colmaron ,  
 No de Fillan en balde la ventura  
 Depositaste en mí. Como en los claros  
 Días que la amistad hermoseaba ,  
 Hora también , que por tu amor batallo ,  
 La gloria , el fruto , el interés es mío ,  
 Cual entonces lo fué. Gozoso parto  
 Rápido á hendir el piélago insondable  
 Por conquistar la hermosa que idolatro .  
 Mas digno ya de su ternura , nadie  
 Robármela podrá... ¿Quién es ?

### ESCENA V.

OSCAR , CARIL.

CARIL.

Dignáos

De recibirme , alcázares de Selma ,  
 En el recinto vuestro , de mi amado  
 Príncipe habitación , y en otros tiempos  
 Del excelso Fingal.

OSCAR.

Misero anciano ,  
 Si reclamais tal vez las santas leyes  
 De la hospitalidad , este palacio  
 Jamás niega al pacífico extranjero

Acogida y amor.

CARIL.

En estos atrios

No siempre fui extranjero, que algun día  
Vieron sus muros mi verdor lozano.

OSCAR.

¡Cómo!... Mas ¡qué! ¿llorais?

CARIL.

¿Quién, hijo mio,  
Tan duro habrá que á los umbrales patrios  
Vuelva sin derramar lágrimas dulces?

OSCAR.

¿Quién sois? ¿Cómo os llamais?

CARIL.

Y vos... acaso...

¡Ah! Perdonad... si el tiempo...

OSCAR.

¿Qué facciones

Se ofrecen á mis ojos?

CARIL.

El gallardo

Oscar, el fuerte Oscar debe sin duda  
Ser de esa edad.

OSCAR.

¡Caril!

OSCAR,

CARIL.

¡Oscar amado!

*Se abrazan.*

Hijo mio, de ilustres ascendientes  
 Glorioso sucesor, tu nombre claro,  
 Si bien terrible, atravesó los mares.  
 Entónces los verdugos inhumanos  
 De Loclin al rumor de tus hazañas  
 Medrosos mis cadenas desataron.

OSCAR.

¿Y el hijo de Dermidio?

CARIL.

Ya está libre.

OSCAR.

¿Mas dónde, dónde está? Quiero abrazarlo.  
 Su nuevo padre soy. ¡Que yo le vea,  
 Caril, que de su madre á los halagos  
 Le restituya Oscar!

CARIL.

Verásle en breve.

Pero Malvina, dime, ¿no ha dejado  
 Las rocas de Morven?

OSCAR.

Conmigo errante

Anduvo la infeliz de campo en campo,  
De desierto en desierto, hasta aquel punto  
Que del perverso Caírbar triunfando  
De su infame opresion libré la patria.  
Desde aquel fausto dia su palacio  
Jamás abandonó.

CARIL.

¿Los infortunios  
Ignora de Dermidio?

OSCAR.

En tiempo tanto  
Como duró su esclavitud, en Selma  
Todos vuestras desgracias ignoramos.  
Mas hoy mismo su muerte desastrosa  
Un bardo le anunció, que del naufragio  
Pudo el riesgo evadir.

CARIL.

Pero ¿otro enlace  
No ha contraido, Oscar?

OSCAR.

Así que el manto  
Alce y recoja la callada noche,  
De su esposo cumpliendo los mandatos  
Otro padre á Fillan dará Malvina.

OSCAR,

CARIL.

Conque ¿no es tarde aun?

OSCAR.

Caril, ¿qué extraño

Misterio encierran tus preguntas?

CARIL.

Presto

A Dermidio vereis.

OSCAR.

¿Á quién?

CARIL.

Ansiando

Por abrazarte ya...

OSCAR.

Caril, ¿deliras?

¿No le dió muerte el piélago irritado?

CARIL.

Salvarse pudo al fin, y está en el puerto.

OSCAR.

¿Quién lo ha visto?

CARIL.

Yo propio.

OSCAR.

¿Cómo?

CARIL.

Acabo

De dejarle en la playa , y en el bosque  
 Me espera de los túmulos. Sus pasos  
 El dulce peso de Fillan detiene ,  
 Y recela que el voto temerario  
 Que en el riesgo formó cumplido sea.  
 ¡Qué gozo, al ver que su temor fué vano,  
 Su pecho llenará ! ¡Cuánta dulzura  
 Despues de tales penas y quebrantos  
 Os guarda la amistad ! Corro á buscarle.  
 ¡Qué instantes, qué alegría espera á entrambos !

## ESCENA VI.

OSCAR *consternado.*

¡ Misero ! Yo fallezco... Y ¡ qué ! ¿ presumes  
 Privarme impunemente de su mano ?  
 ¡ Impunemente ! Me verás primero...  
 Sí, me verás, cruel... ¡ Oh amigo caro !  
 ¿ Amigo ? Mi asesino ; el que en un punto  
 De la cumbre del bien, del soberano  
 Bien al abismo de los males todos  
 Me despeña feroz. ¿ Es este el pago  
 De mi amistad sin límites ; el premio

Del que entre nubes de enemigos dardos  
Con firme pecho á costa de su sangre  
Compró tu libertad? ¿Vienes, ingrato,  
Á gozarte en mi angustia, las cadenas  
Sobre mi cuello con placer cargando  
Que yo arranqué del tuyo? No; mi acero,  
Mi fuerte acero atajará tus pasos.  
¿Quién? ¡Yo!... ¡Contra Dermidio! Y á tal crimen  
¿Podrá arrastrarme mi furor insano?  
Me estremezco de horror. ¿Pudiera el odio  
Triunfar de mí? ¡Jamás! ¡Ah! En riesgo tanto  
¿Qué hacer? ¿dónde partir? ¡Dónde! En su busca:  
Iré á abrazarle, y moriré en sus brazos.

---

## ACTO TERCERO.

---

Bosque lúgubre, donde se verán varios sepulcros groseramente  
construidos, entre ellos el de FINGAL, con algo mayor grandeza  
en su forma. Luz, la de la luna.

### ESCENA PRIMERA.

DERMIDIO, FILLAN.

DERMIDIO.

Serénate Fillan: la clara luna,  
Desterrando del bosque las tinieblas,  
Brilla en las ramas trémulas, y en vano  
La hermosa luz del sol dejó la tierra.

FILLAN.

¿No llegamos aún?

DERMIDIO.

Ya es, hijo mio,  
Menos cerrada y áspera la selva.

OSCAR,

FILLAN.

¡Qué fatigado estoy!

DERMIDIO.

Vuelve á mis brazos.

FILLAN.

¿Otra vez, padre mio?

DERMIDIO.

Ven, no temas;

Ven á mi corazon.

FILLAN.

¿No estás cansado?

DERMIDIO.

Para tan dulce carga aun tengo fuerzas.  
 Mas si no es ilusion, este es sin duda  
 El fúnebre lugar en que la vuelta  
 Debo esperar del venerable anciano.  
 Aquí, oh noble Fingal, bajo estas piedras  
 En sueño helado tus cenizas duermen.  
 Tumba, mansion de muerte y paz eterna,  
 Do nuestra planta á su pesar camina;  
 Tumba, patria comun, á ti mi lengua  
 Hoy se dirige, y el primer saludo  
 Te ofrece el alma en afliccion deshecha.

FILLAN.

¿Con quién hablas, señor?

DERMIDIO.

Con estas losas  
Y con los héroes ínclitos que encierran.

FILLAN.

¿Qué es un héroe?

DERMIDIO.

Hijo mio, héroe se llama  
El animoso que ni esclavo fuera  
Ni bárbaro opresor; aquel que osado  
Mueve al perverso interminable guerra ,  
Y magnánimo siempre , en la desgracia  
Mayor su calma y su valor ostenta.

FILLAN.

Y ¡ qué! ¿no lo eres tú?

DERMIDIO.

Tan alto nombre  
Debo tal vez á la fortuna adversa ,  
Y si de brio y de constancia armado  
Opuse el pecho á su indomable fuerza ,  
Lo debo á los malvados...

FILLAN.

¿Los malvados?

DERMIDIO.

Sí , los malvados; los que en vil cadena  
Con férrea mano al infeliz oprimen ;

Los que roban injustos las riquezas  
 Del indefenso, y con altivo orgullo  
 Al hombre honrado y bueno menosprecian ;  
 Los que su pecho á la piedad negando  
 Ni tierna infancia ni vejez respetan.

FILLAN.

Alguno he visto ya. Mas, dime, oh padre,  
 ¿Ningun castigo á su maldad espera?

DERMIDIO.

Sí, mi Fillan. Sus sombras aherrojadas  
 De Légon cubrirá la oscura niebla :  
 Mas ya en el mundo del primer delito  
 Nace el castigo, y su tormento empieza.  
 De su injusticia el torcedor oculto  
 El alma atroz del pérfido atormenta ;  
 Turba su sueño, y sin cesar le hiere,  
 Sin que del corazon lanzarle pueda.

FILLAN.

¡Ay, padre, qué infeliz es el malvado!

DERMIDIO.

Sí; tenle compasion.—Pero se cierran  
 Tus ojos ya, hijo mio. Si por dicha  
 Pudieras descansar...

FILLAN.

Sí; en estas piedras...

Pero no me abandones.

DERMIDIO.

¡Pobre niño!

¡Cuán presto se durmió! La losa misma  
Une á la muerte con el blando sueño;  
La paz sobre ella mora; la paz reina  
En su seno tambien; en todas partes:  
Solo en mi pecho la inquietud se alberga;  
En este pecho que la suerte impía  
Inútilmente en abatir se empeña.

¡Cuánto tarda Caril!... ¡Que en lo futuro  
Por siempre mi razon vague y se pierda!

¿Si el rumor de mi muerte por desgracia  
Hora en los campos sonará de Selma?

¿Si por el bardo que en mi mal piadosa  
Á estas playas lanzó la mar inquieta,

Del obediente Oscar á los oidos  
Llegado habrá mi súplica funesta?

¡Tiemblo, infeliz de mí! De amor la llama,  
Que en mis entrañas no entibió la ausencia,

Harto me dice que con odio injusto  
Pagara su amistad, y me creyera

De su obediencia fácil ofendido.

De saña ardiendo con tan triste idea

Late mi corazon. Mas ¡ah! ¿qué digo?

¡Celos injustos!, ¡infundadas quejas!  
 Cuando ya sin aliento en la borrasca  
 Luchaba con las olas turbulentas,  
 El triste enlace que en furor me enciende  
 Mi solo anhelo y esperanzas era.  
 ¿Y osaré ingrato de su amor en premio  
 Á mi amigo acusar de mi imprudencia?  
 Pronto de mis mayores el alcázar  
 Gozoso me verá. ¡Con qué terneza  
 Hijo, esposa y amigo entre mis brazos  
 Estrecharé feliz! Tu recompensa,  
 Oscar amado, encontrarás en breve,  
 Pues ya mi corazón se goza en ella.  
 Dulce esperanza, lisonjero alivio  
 De mi triste anhelar... Mas se oyen cerca  
 Pasos entre las ramas y el silencio.  
 Es sin duda Caril. ¡Caril!... ¿Quién llega?

## ESCENA II.

DERMIDIO, OSCAR, *el NIÑO durmiendo.*

OSCAR.

Oscar.

DERMIDIO.

¡Qué escucho! ¿El vencedor glorioso

De Cairbar? ¿Es cierto? ¿No me ciega  
 Vano fantasma que tu imágen roba?  
 Ven á mis brazos, ven porque lo crea. *Se abrazan.*

OSCAR.

Oscar es, Oscar es quien llora en ellos;  
 No lo dudes.

DERMIDIO.

Un siglo recompensa  
 De infortunios instante tan dichoso.  
 ¿Qué mal, qué angustias la amistad no templa?

OSCAR.

¡La amistad!

DERMIDIO.

Mas ¿qué tienes? ¿No respondes?

OSCAR.

¡La amistad!

DERMIDIO.

¡Caro amigo!.. ¡Ay Dios! Tú tiemblas;  
 ¡Lloras tambien, y hasta mi pecho el llanto  
 Corre abundoso y de terror me llena!  
 ¿Donde está mi Malvina, el dulce objeto  
 De mi tierna inquietud? ¿Dónde?

OSCAR.

No temas:

Vive.

OSCAR,

DERMIDIO.

¿Es tu esposa?

OSCAR.

No.

DERMIDIO.

¿Cuál, pues, la causa

De tus pesares es? ¿Qué aguda flecha

Clavó tu corazón? ¿Qué atroz veneno

Perturba tu razón, arde en tus venas?

OSCAR.

Fin dará la amistad á nuestros males:

¿No lo has dicho?

DERMIDIO.

¿Quién hoy lo experimenta

Cual yo, querido Oscar?

OSCAR.

Pues bien; al punto

Borre y disipe la amistad mis penas.

DERMIDIO.

Nunca en mi corazón brilló más pura.

Habla: ¿cuál es tu mal?

OSCAR.

Terrible.

DERMIDIO.

Sepa

Yo la ocasion...

OSCAR.

¡Dermidio!

DERMIDIO.

¿No hay remedio?

OSCAR.

Uno solo; no hay más.

DERMIDIO.

Dilo: aunque vierta

Mi sangre toda...

OSCAR.

Á costa de la mia

Vuélveme la quietud.

DERMIDIO.

¿De qué manera?

OSCAR.

Clava esa espada en mi inflamado pecho,

Y vuélvela á clavar.

DERMIDIO.

¡Cómo! ¿Qué intentas?

¿Qué osas pedirme?

OSCAR.

Un beneficio inmenso;

El último que Oscar de ti desea.

Serás ingrato y pérfido, Dermidio,

Si este favor á mi amistad le niegas.

Libra á tu amigo, librale del riesgo  
De que de sí se olvide y te aborrezca.

## DERMIDIO.

¿Aborrecerme? ¡Tú! ¿Qué es lo que dices?  
De solo oírlo el corazón se aterra.  
El tuyo, Oscar, el tuyo te extravía,  
No tu razón. ¡Odiarme! ¿Lo deseas?  
¿Lo lograrías, bárbaro? ¿Cuál crimen  
Me hizo merecedor de tanta pena?  
¿En qué Dermidio te ofendió? Mi mente,  
Si fiel recorre la veloz carrera  
De nuestros días y amistad, en ellos  
¿Qué ve, ingrato, qué ve que así te ofenda?  
Solo nos ve partícipes, testigos  
De cuantos infortunios, cuantas penas,  
Virtudes y placeres la han cercado,  
Y favores recíprocos me acuerda;  
Pero ni sombra, ni ocasión de agravio,  
Desde que el dulce lazo nos estrecha  
De la amistad, me ofrece, que del odio  
Con que me amagas hoy ser causa puedan.  
¡Ay! Hasta el día en que fortuna instable  
Nos separó cruel, ¿cuándo tuvieron  
Ni Dermidio ni Oscar gozo, deseo  
Que no fuese comun? En paz, en guerra

Un techo siempre, un pabellon tuvimos,  
 Y una sola aficion, y un alma mesma.  
 ¿Deberáse romper el firme lazo  
 Que tanto tiempo desunió la ausencia?  
 ¿Querrás hacer eterno su tormento?  
 ¿No le has sufrido tú? Solo, en las selvas  
 De mi destierro, ¡cuánto he suspirado  
 Por la dulce mitad de mi existencia,  
 Por mi querido Oscar, que no me oia!  
 Hora que me oyes, y desdichas nuevas  
 Á mi afligido espíritu preparas,  
 Pues en odiarme ó en morir te empeñas,  
 Contigo moriré: ¿qué otra esperanza,  
 Qué otro recurso á mi amistad le queda?

OSCAR.

¿Tú morir? No; vivir, vivir mereces,  
 Y yo tu compasion. La hermosa tea  
 De la amistad que abriga el alma mia  
 Y hallaste siempre á tu querer dispuesta,  
 No se apagó jamas. Para que brille,  
 Fuerza es que al punto á dividirnos vuelva.  
 ¡Dividirános; sí! Tú, cuyo golpe  
 Oscar implora, en nombre de las prendas,  
 Bienes y dichas que al morir dejaras,  
 Prométeme vivir. Borra, desecha

Tan infundado y bárbaro deseo.  
¡Esposo de Malvina!, ¿quién debiera  
Amar su estado, apetecer la vida  
Si tú insensato la aborreces? Piensa  
Cuán grandes dichas el vivir te guarda,  
Y á solo el nombre de la muerte tiembla.  
Sí, gózalas feliz, y muera solo  
Quien de afliccion y angustia se alimenta,  
Y agobiado del mal suelte en la tumba  
La dura carga que en sus hombros pesa.  
No quieras ser contigo más injusto  
Que la suerte lo fué. Si su fiereza  
Á un abismo de males te arrastrara;  
Si con la copa del placer risueña  
Te brindase benéfica, y al punto  
De tus ojos se huyese como niebla;  
Si de repente en crímenes odiosos  
Tu gloria y tu virtud trocados vieras;  
Y en fin si mal tu grado te abrasara  
Á par del fuego de amistad la horrenda  
Furia de amor, tu pecho destrozando  
La garra del dolor que en mí se ceba,  
No estorbaras tal vez...

DERMIDIO.

¡Oscar, detente,

Detente, no prosigas!

OSCAR.

Pues penetras  
 Todo el misterio, hiéreme: ¿Qué tardas?

DERMIDIO.

¿Por qué no me tragó la mar soberbia?  
 ¡Miserable de mí!

OSCAR.

Para que hallases  
 En este amigo que te implora y ruega  
 Otro mortal más triste y miserable.  
 Tú de mi padecer la saña acerba  
 No conoces aún. Es un martirio,  
 Una pasión frenética, una hoguera  
 Que no basto á explicar. Aquí me abrasa,  
 En este corazón que ansioso alienta.  
 Acércate, Dermidio, y á mi pecho  
 Llega esa mano que ha de abrir mis venas;  
 Llégala y estremécete. ¿No sientes  
 Cuál palpita de horror? ¡Con qué violencia  
 Corre hirviendo la sangre, y el incendio  
 Que arroja el corazón bebe sedienta!  
 Este ardiente volcán, no te figures  
 Que es una llama débil, pasajera,  
 Obra de un día, ó frívolo capricho;

Eslo de una pasion única, eterna,  
 Con el silencio y soledad cebada,  
 Que ya en despecho y en furor se trueca  
 Muriendo mi esperanza. Sí, Dermidio;  
 Y á su impulso fatal ceder es fuerza.

DERMIDIO.

¡Oh caro amigo!

OSCAR.

¡Amigo! En ti no veo  
 Sino un rival que con mi suerte juega,  
 Cediéndome y quitándome una dicha  
 Que más que honor y ser el alma aprecia.  
 Mas sin que huelles mi cadáver frio  
 No juzgues nunca que á tus brazos vuelva.  
 Sácamela del pecho ensangrentado  
 Do retratada está. ¿Lloras? En esta  
 Terrible situacion, no llanto, sangre  
 Debe solo correr.

DERMIDIO.

¿Sangre?... Pues sea;  
 Que con tan triste confesion á un tiempo  
 No podemos los dos hollar la tierra.

OSCAR.

No hay duda.

DERMIDIO.

Tu furor mi saña excita.

OSCAR.

Pues ¿cómo inútil á tu lado cuelga  
 Tu espada aun? La mia ya impaciente  
 Veo que á mi pesar corre á la diestra.  
 Defiéndete.

DERMIDIO.

Si, Oscar. Véngate; es justo  
 Que en mi daño tu cólera se encienda,  
 Pues yo que tus desgracias he causado  
 Ser puedo sin morir testigo de ellas.  
 La muerte busco; por la muerte anheló;  
 Dentro y fuera de mí todo me aterra.  
 En todo hallo un tormento irresistible.  
 El fuego que en tus ojos centellea  
 Provoca mi furor. Rabiosos celos  
 Del alma atormentada se apoderan  
 De un padre y de un esposo.—Mas primero  
 Que al rival que mis dias envenena  
 Reciba con la espada, al caro amigo  
 Deja que estreche por la vez postrera.  
 Vuelve á abrazarme, Oscar. *Se abrazan.*

OSCAR.

¿Y quién ahora

El bárbaro será que al otro hiera?

DERMIDIO.

¿Quién? El más infeliz.

OSCAR.

¿Á dónde es ida

Mi furia?

DERMIDIO.

Un nombre volverá á encenderla.

OSCAR.

No le digas.

DERMIDIO.

¡Malvina!

OSCAR.

¡Desgraciado!

DERMIDIO.

Hiéreme.

FILLAN *despertando.*

¡Padre!

OSCAR *huyendo.*

Niño, nada temas.

¿Por qué das gritos?

DERMIDIO.

Ya te sigo.

OSCAR.

Corre,

Huye, Dermidio; en su delirio ciega  
Se ofusca mi razon.

FILLAN.

¡Ay, padre mio!

¿Te va á matar?

OSCAR *al entrarse, y* DERMIDIO *detras.*

¡Jamás, jamás!

### ESCENA III.

FILLAN, CARIL.

CARIL.

En esta  
Soledad ¿quién da voces? Y Dermidio?

FILLAN.

¿Vas tambien á matarle tú?

CARIL.

Sosiega,  
Depon ese temor. ¡Qué! ¿desconoces  
Á Caril? ¿Y tú padre?

FILLAN.

¡Corre, vuela,  
Caril amado, á defenderle!

OSCAR,

CARIL.

¡Cómo!...

¿De quién?

FILLAN.

De un hombre que matarle intenta.

CARIL.

¿Y á dónde fueron?

FILLAN.

Por el bosque entraron.

CARIL.

Pues guíame, Fillan: vamos apriesa.



## ACTO CUARTO.

---

### ESCENA PRIMERA.

MALVINA, GAUL.

GAUL.

En esta selva y venerable tumba,  
Donde los restos de Fingal descansan,  
Debes jurar al malogrado esposo  
Lo que de ti y Oscar su sombra aguarda.

MALVINA.

¡Oh Dios!

GAUL.

¿Dudas aún? ¿Por qué vacilas?  
¿Qué importuna ilusion te sobresalta?

MALVINA.

Siempre, siempre me sigue y acongoja.

GAUL.

Teme, Malvina, que el deliquio abata  
Tu espíritu otra vez.

MALVINA.

¡Que esta zozobra  
No pueda yo, infeliz, lanzar del alma!

GAUL.

Ese temor, que al criminal persigue,  
Que á Malvina afligiése no extrañara  
Y al insensible Oscar, si de Dermidio  
Desoyendo la súplica sagrada,  
Cumplir el voto ardiente rehusasen  
Que hizo espirando entre las ondas bravas;  
Pero vuestra obediencia...

MALVINA.

Mi obediencia

Mal mi grado fatídica me espanta,  
Y desde el punto que pisé cobarde  
Esta mansion de muertos solitaria,  
En triste y puuzador remordimiento  
Vi que mi antiguo susto se trocaba.  
Contúrbame el deber, y oscura idea  
Desde entónces me inquieta y acobarda.  
¡Ah! Si á pesar del piélago irritado  
De su furor mi esposo se librara,  
¿Fuera inocente yo? ¡Duda funesta,  
Duda terrible que do quier me asalta;  
Hasta en los brazos del tranquilo sueño!

Oye, y tiembla, Gaul. En la pasada  
Noche soñé que al resplandor sombrío  
Con que la luna pálida las ansias  
Del infeliz descubre, y triste lloro,  
Ante ese propio tùmulo postrada  
Vine á ofrecer á Oscar mi yerta mano.  
Él como tigre que su presa arrastra  
Me llevaba al altar, cuando Dermidio  
Súbito pareciendo entre las ramas,  
Dame, grita, el depósito sagrado  
Que yo te confié; y Oscar exclama:  
Muerte, muerte será. Dijo, y al punto  
Duro combate entre los dos se traba.  
Mas como del furor no se revoca  
La sentencia jamas, yo que su rabia  
Contener quise atónita, ¡ay! en vano  
Lo intenté; hasta mi pecho sus espadas  
Se encendieron cruzándose, y ya entre ellas  
Iba á espirar. Entónces, disipada  
La sangrienta ilusion, un tierno infante  
Llamándome su madre me abrazaba,  
Volviendo con caricias inocentes  
Su paz al corazon, su esfuerzo al alma.  
¡Qué consuelo balsámico vertian  
En mi pecho sus lágrimas! ¡Cuán blanda

La fugitiva imágen á mi sueño  
 Restituyó feliz la antigua calma,  
 Y al despertar despues, con qué dulzura  
 Su agradable memoria me halagaba!

GAUL.

Ese recuerdo lisonjero y grato  
 Con fausto auspicio vuestra union consagra;  
 Que, no tu esposo ya; Fillan, Malvina,  
 Por tu obediencia y juramento clama,  
 Pues en el punto que le dicte el labio  
 Cuanto perdió recobra y afianza.

MALVINA.

Tienes razon. Yo débil demasiado  
 Temí de un sueño las ficciones vanas.  
 ¿Quién sino Oscar el hijo de mis ojos  
 Podrá volverme? ¿Quién? Dió su palabra,  
 Y sabrála cumplir. Todo lo espero  
 De su amor y virtudes; ellas bastan  
 Á que Malvina como tierna amiga  
 Le ame, y le ame sin fin. ¡Qué digo, ingrata!  
 ¿Como amiga no más? ¡Ah! Como madre  
 Amo, idolatro en su triunfante espada  
 El solo apoyo, el único consuelo  
 Que al hijo mio en su orfandad aguarda.

## ESCENA II.

*Los mismos, OSCAR asombrado, fuera de si.*

OSCAR.

No; no me seguirá... ¡Vanos temores!—  
Mas ¿qué nuevo terror me sobresalta?  
No; no me seguirá; lo ha prometido.

MALVINA.

¿Seguirte? ¿Quién? Mas ¡ay desventurada!  
¡Tú deliras, Oscar!

OSCAR.

En vano quiere  
Obligarme á un delito: tal infamia  
Huyendo evitaré. ¡Jamás me vea!—  
Mas hele aquí. Extranjeros, sin tardanza  
Corred, salvadle, y oponed piadosos  
Entre el crimen y Oscar una muralla.  
¡Quiero inocente ser!

GAUL.

¿Quién te persigue?

*OSCAR siempre enajenado.*

Del ciego frenesí que me arrebató  
¿No tienes compasión, bárbaro, y siempre

En seguir obstinado mis pisadas  
 Quieres imágen ser de mi desdicha,  
 Que de cebarse en mí jamas se cansa?  
 ¡Oh suplicio! ¡Oh furor!

GAUL.

Falaz quimera  
 De sueño aterrador, Oscar, te espanta.  
 Reconoce á Gaul; oye, procura  
 Recobrar tu razon. ¡Amigo!...

OSCAR.

¡Calla!  
 ¿Qué osaste pronunciar? ¡Nombre asesino!  
 ¡Oh! Nunca, nunca de tu labio salga.

MALVINA.

¿Y Oscar podrá no amarle?

OSCAR á MALVINA.

Si por dicha  
 Vos lo sabeis, decid: ¿podré yo hallarla?  
 ¡Malvina! ¿Dónde está? ¡Malvina!

MALVINA.

Ingrato,  
 ¿Cuándo con mas ardor, con mayor ansia  
 Á tí se presentó? ¿Dónde, en qué tiempo  
 La voz que hoy desconoces por desgracia  
 Sonó más tierna, y á tu mal extraño

Más compasiva fué? ¿Cuándo mezclaran  
Tan vivo llanto de afliccion mis ojos  
Al que por tu semblante se derrama?

OSCAR.

¡Lloras!

MALVINA.

Vuelve en tu acuerdo, y á Malvina  
Reconoce en sus lágrimas amargas.

OSCAR *más sosegado.*

Si; verdad es... No hay duda. Si; tu llanto  
Hasta mi corazon benigno baja,  
Y al eco de tu voz ¡siento un consuelo!...  
¿Dejarte yo? ¡Jamás! ¿No eres el alma  
Tú, y el objeto y la ocasion y el móvil  
Del fuego oculto que mi pecho inflama?  
Ya no pienso morir. La suerte mia  
Contigo está. Donde Malvina se halla,  
La vida mora; donde nó, la muerte.  
Di: ¿me abandonarás?

MALVINA.

Antes que ingrata  
Concebir pueda tan infiel deseo,  
Muera mil veces yo.

OSCAR *mirando al rededor.*

¡Qué espesas ramas!

¿Dónde estoy? ¿Quién aquí me ha conducido?  
 ¿No era esta selva fúnebre... Ó me engañan  
 Confusas ilusiones, ó esta noche...  
 Sí; junto á aquel sepulcro... Yo jurara  
 Que de un deliquio fúnebre despierto.

GAUL.

Tan solo un sueño turbacion tan rara  
 Pudo causar en tí.

MALVINA.

Sueño; no hay duda.  
 Disipe tu razon su niebla vana.

OSCAR.

Sueño debió de ser; pero el asombro,  
 El fantástico horror que me acosaban,  
 Mi triste pecho aterran todavía.  
 Gritos, sollozos, lágrimas, espadas,  
 Sangre... No puede ser: jamas á tanto  
 La barbarie llegó. Sí; yo soñaba.  
 Ni á tal atrocidad fuera posible  
 Que de otro modo Oscar se abandonara.  
 Mas ¡cuán culpable y bárbaro sería  
 Si fuese realidad!... Durmiendo estaba,  
 Durmiendo, no dudeis.—Pero... Dermidio...

GAUL.

¿Dermidio?

OSCAR.

Di: ¿no vive?

GAUL.

¿Qué es lo que hablas?

¿Has podido olvidar que de las ondas  
 Fué victima infeliz junto á esas playas  
 Que le vieron nacer, y que sumiso  
 Á su postrer deseo y esperanzas,  
 Vienes hoy á formar el dulce nudo  
 Por que anheló muriendo? ¿No pensabas  
 Jurar al niño cuya madre adoras  
 Su padre ser y apoyo de su infancia?

MALVINA.

¿Temes, Oscar, tan delicioso lazo?

OSCAR.

¿Quién?... ¿Yo?... *Aterrado.*

GAUL.

Mirad que el bardo se adelanta  
 Á autorizar el sacro juramento.

OSCAR *más aterrado.*

¿Cuál juramento?...

GAUL.

Oid.

## ESCENA III.

*Los mismos, el BARDO, Acompañamiento.*

EL BARDO.

Oscar, las ansias  
De un padre moribundo, un tierno niño,  
Y su madre infeliz juntos reclaman  
Tu virtud, y te ruegan que piadoso  
Pongas fin á su misera desgracia.  
Ya de este bosque el fúnebre silencio  
Tu voz está esperando; ya en las altas  
Nubes se asoman á escuchar tus votos  
Las sombras de mil héroes, y señala  
La de tu amigo el anhelado instante  
En que debes jurar.

*OSCAR fuera de sí otra vez.*

Él la arrebató  
De mis manos... ¿Lo veis? He aquí su sombra  
Que sigue á todas partes mis pisadas.  
Ayer mi bienhechor, y hoy mi verdugo,  
¡Deja la tumba, y vuelve á recobrarla!

MALVINA.

¡Oscar!

BARDO.

¿Será que tu deber olvides?

Una yo vuestras manos...

OSCAR.

Tente, aguarda;

Que está en sangre teñida.

BARDO.

¿De qué nace

Tan extraño terror?

OSCAR *horrorizado*.

¡Cruel fantasma

Se opone entre los dos! ¿Dónde pudiera

Su cólera evitar? ¿Dónde?

#### ESCENA IV Y ÚLTIMA.

*Los mismos, CARIL, FILLAN.*

CARIL.

¡Venganza,

Venganza, amigos, si la voz doliente

De la piedad oís! Por ella clama

La sangre de Dermidio, y los sollozos

De este infelice que de verle acaba

Vilmente muerto en lo interior del bosque.

OSCAR,

MALVINA.

¡Caro esposo! ¡Hijo mio! *Cae desmayada.*

GAUL.

¿Qué villana

Mano le asesinó?

CARIL.

Lo ignoro: Sólo

Dijo espirando que la herida infausta  
 Recibió combatiendo; pero el nombre  
 Jamas quiso decir de quien le mata.  
 Mas este acero, en la reciente sangre  
 Teñido de la víctima, declara  
 Quién fué el traidor.

OSCAR.

¿Cuál es?

CARIL.

Vedle.

OSCAR.

¡Es el mio!

MALVINA *volviendo en sí.*

¡Ay! ¡Dermidio murió! Tú que le amabas,  
 Y ya tu brazo en su defensa armaste;  
 Tú, mi sola defensa, sin tardanza  
 Véngale, amado Oscar; jura á su sombra,  
 Á su hijo, que de hoy más tuyo se llama;

Jura verter la sangre del impío  
 Que hundió el hierro alevoso en sus entrañas.  
 Y tú, caro Fillan, mira á tu padre...

FILLAN.

¡Huyamos, madre, huyamos!

MALVINA.

¿Qué te espanta?

FILLAN.

Él fué quien le mató.

OSCAR.

Yo fui; yo he sido.

Esta sangrienta y espantosa espada,  
 Y el grito fiel de la amistad, que agudo  
 Mi corazón atruena y despedaza,  
 Me acusan sin cesar. ¡Delito horrible!  
 ¡Impío asesinato! ¿Cuándo el alma  
 Le pudo concebir? De furia ciego,  
 Vil asesté la punta sanguinaria  
 Al seno de mi amigo. Yo ¡infelice!  
 La muerte sólo en medio de mi saña  
 Mil veces le pedí, y él en retorno  
 También la muerte con ardor buscaba.  
 ¡Y este fué el galardón.... ¡Oh amor, tirano  
 Del miserable Oscar; tú, que retardas  
 Mi despecho y furor!... Yo te detesto,

Cual me detesto á mi. Tuya mi infamia ,  
 Tuya fué mi maldad. Odioso ahora  
 Al tierno amor y á la amistad sagrada ;  
 Siendo terror y espanto de mí propio;...  
 Y la fria razon, funesta carga  
 Que me agobia cruel... ¿Dónde esconderme  
 Podré? ¡En la tumba! En ella mi esperanza  
 Está; mi único asilo. *Se hiere y cae.*

GAUL.

¡Oscar! ¿qué has hecho!

OSCAR *moribundo.*

¿Á Dermidio no oís que ya me llama?  
 Voy á unirme con él. ¡Adios, Malvina!  
 Fillan te queda. ¡Adios!... La voz me falta.

FIN.

# ÍNDICE.

---

	<i>Páginas.</i>
Apuntes sobre la vida y escritos del autor.....	v

## ELEGIAS.

---

El Dos de Mayo.....	3
A la muerte del Duque de Fernandina.....	11
A la muerte de la Reina de España Doña Isabel de Braganza.....	17
A la muerte de la Duquesa de Frias.....	25

## ODAS.

---

El rizo de Corina.....	41
A Corina ausente.....	45
A la defensa de Buenos-Aires.....	49
A la influencia del entusiasmo público en las artes.....	59
A Celmira en sus días.....	69
A la bendicion de la bandera del primer batallon de las Milicias Nacionales de Valencia.....	73
Al fausto nacimiento de la Serenísima Señora Infanta Doña María Isabel Luisa.....	77

## EPISTOLAS.

---

Al Excmo. Sr. Conde de Haro, animándole al ejercicio y buen uso de la poesía.....	91
Contestacion á unos tercetos improvisados por unos amigos.....	101

## SONETOS.

La Primavera .....	111
A Quintana, por su oda al combate de Trafalgar.....	112
A Corina en sus días.....	113
A la memoria de Garcilaso.....	114
A mi vuelta á Zamora en 1807.....	115
Al nacimiento de Pradina.....	116
A Glicera.....	117
Al cumpleaños de Pradina.....	118
A Pradina.....	119
A Corina ausente.....	120
A mi Caramillo.....	121
A Zaragoza.....	122
A Lesbia en su cumpleaños.....	123
A lord Wellington, en la toma de Badajoz.....	124
Al Excmo. Sr. Conde de Haro, al cumplir un año.....	125
Los hoyuelos de Lesbia.....	126
A la Excmo. Señora Duquesa de Frias, en sus días.....	127
A un barrilito de vino de Jerez.....	128
A D. Angel de Saavedra, hoy Duque de Rivas.....	129
Al primer pintor de Cámara D. Vicente Lopez.....	130
A Bernardina, el día que cumplió catorce años.....	131
Parabien al Rey Fernando por su enlace con María Cristina.....	132
A la Señorita Doña María de la Encarnacion Gayoso.....	133
Al Ilmo. Sr. Obispo de Zamora, en sus días.....	134
A Júdas.....	135
A una Señorita.....	136
Plegaría á Nuestra Señora, estando de parto la Reina Cristina.....	137
Mis deseos, á la Excmo. Señora Condesa de Toreno, en el día de sus bodas.....	138
A la terminacion de la guerra civil en los campos de Vergara.....	139
En la traslacion de los restos de Calderon.....	140
En el <i>album</i> de la Señora Doña Tomasa Andres de Breton.....	141
A San Fernando.....	142
A Margarita, en sus días.....	143
Para el <i>album</i> de D. P. de C., á Tulita de Avellaneda.....	144
A mi Señora Doña Dolores Perignat de Pacheco. ¡Lo que puede el tiempo!.....	145
A la Señora Doña Josefa Espinosa de los Monteros, para el <i>album</i> de la Señorita Doña Flora Ferrer.....	146
Al Excmo. Sr. Marqués de Molins, con piés forzados.....	147

**POESÍAS VARIAS.**


---

La dulce venganza.....	151
El Vaticinio. A Lesbía.....	153
A una tórtola.....	157
A la ausencia de Corina.....	161
El pudor.....	165
El padre y sus dos hijos, apólogo.....	169
Cancion para el aniversario del Dos de Mayo.....	171
Plegaría al amor.....	177
La hoja de lentisco.....	180
El Conde de Saldaña.....	181
Epitafio y dísticos latinos esculpidos en el sepulcro de Melendez.....	189
En el <i>album</i> de un ventrílocuo.....	191
Para el <i>album</i> de la Condesa de La Tour Maubourg.....	192
En el <i>album</i> de la Excm. Señora Doña Gertrúdis Gomez de Avellaneda.....	194
A Mr. Frédéric Madrazo, madrigal, en frances.....	196
Oscar, tragedia.....	197

---



## ERRATAS.

---

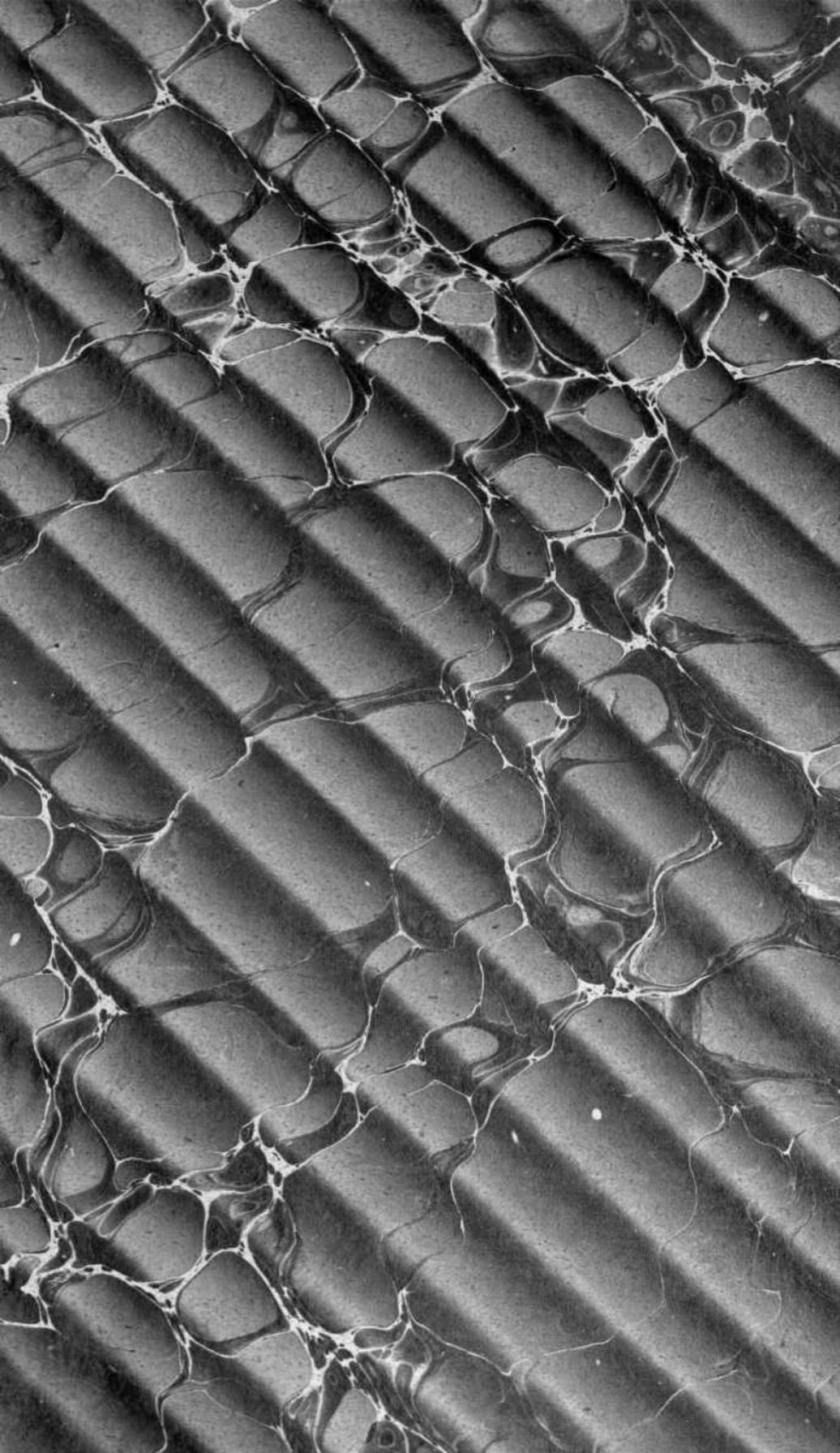
PÁGINA.	LÍNEA.	DICE.	LEASE.
136	4	MANUEL	MIGUEL
226	14	Océano	Océano
240	8	hendir	hender

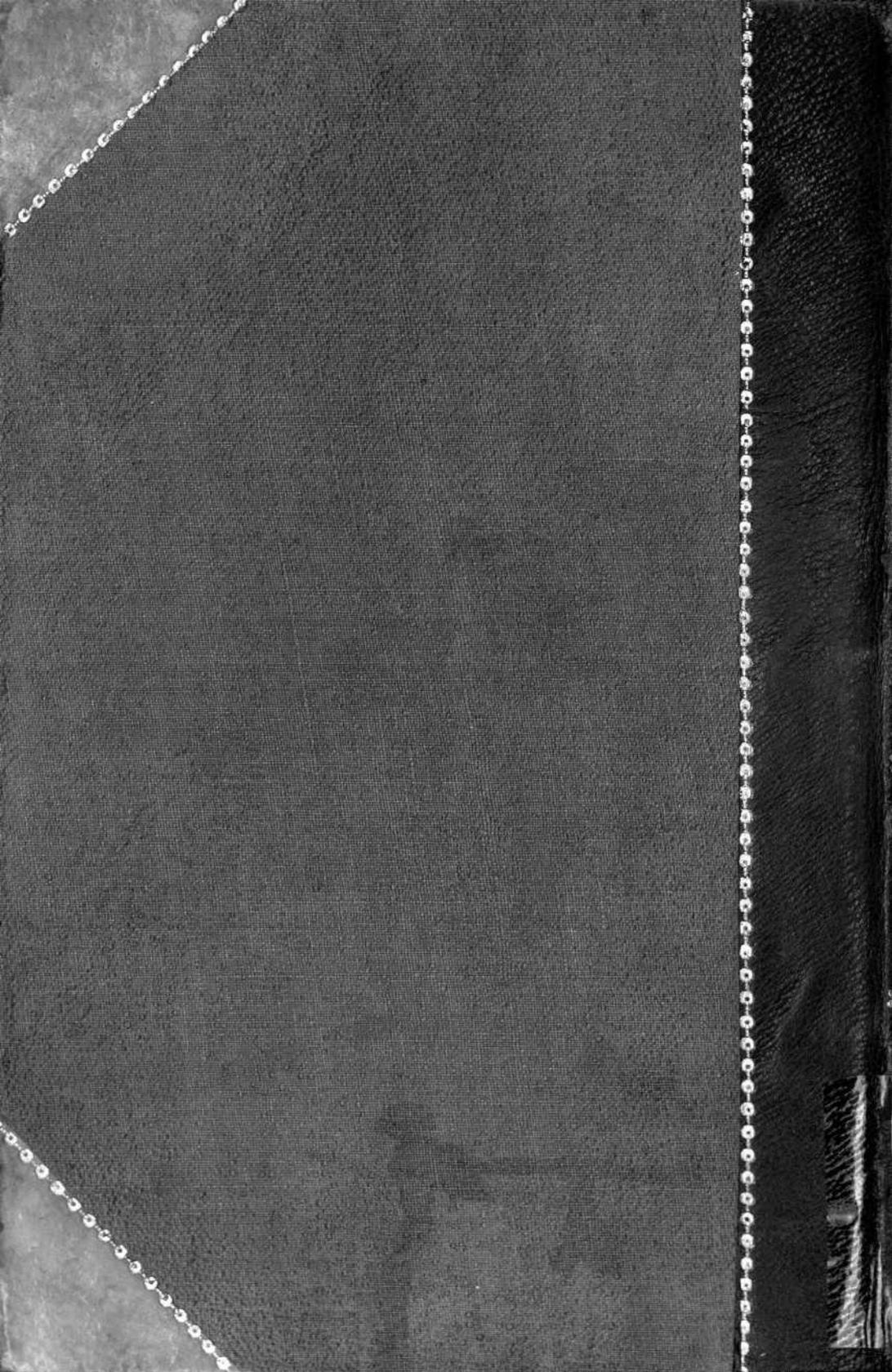
10.000 Plus  
60 10 e

Ref: 958









GALLEGO

OBRAS

NOVISSIMAS

G21A10